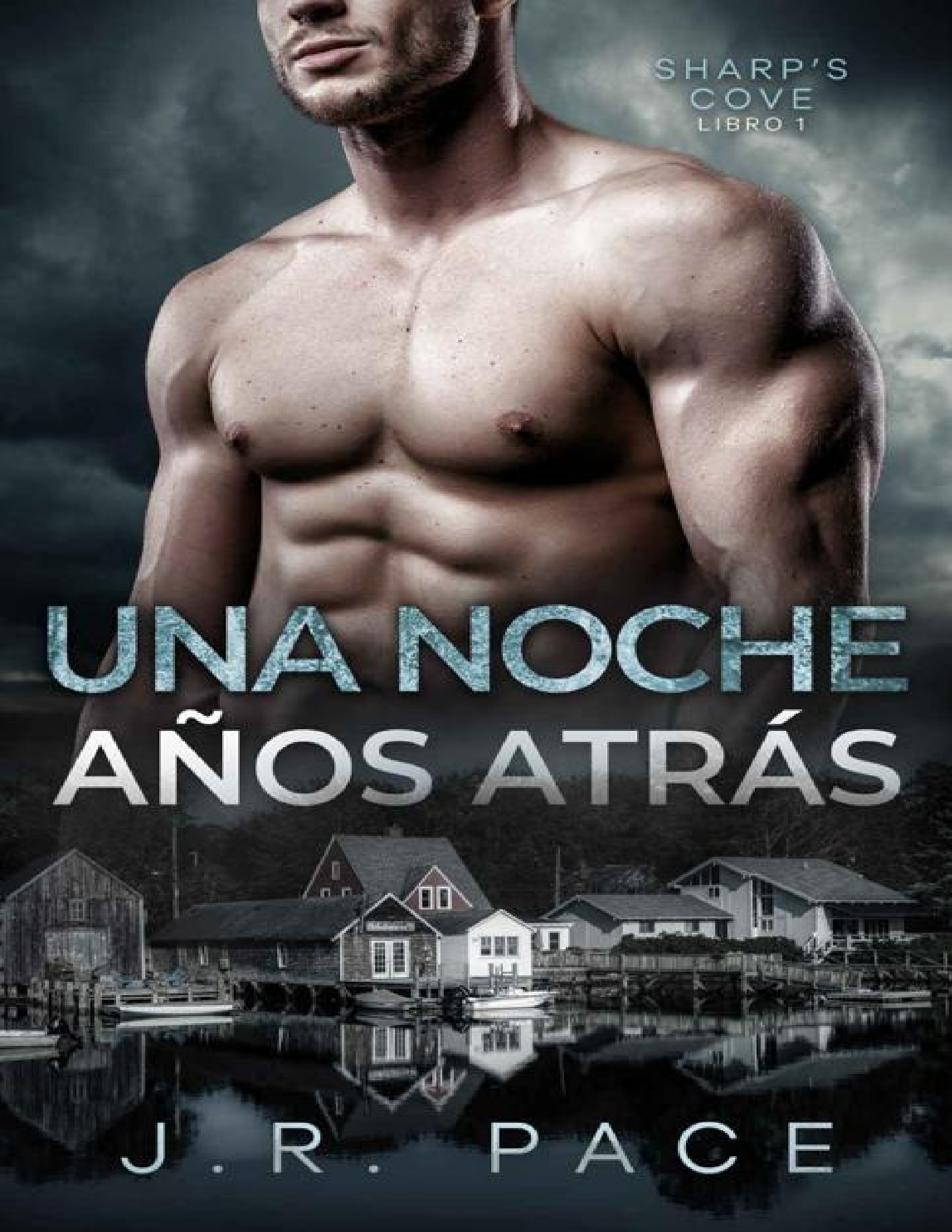


The background of the cover is a composite image. The upper half features a close-up of a man's bare, muscular torso and shoulders, with his head partially visible at the top. The lower half shows a coastal town at night, with several houses and a large barn reflected in the calm water. The sky is dark and cloudy.

SHARP'S  
COVE  
LIBRO 1

# UNA NOCHE AÑOS ATRÁS

J . R . P A C E

# UNA NOCHE AÑOS ATRÁS

---

LIBRO 1 DE SHARP'S COVE

J.R. PACE

Una noche años atrás

Copyright 2020 J.R. Pace

Copyright 2022 J.R. Pace, por la traducción

Título original: One Night Years Ago

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Ana Vacarasu

Diseño de portada de Maria Spada

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma digital o impresa.

Advertencia: esta es una obra para adultos. En ella aparecen temas que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)

[Adelanto: libro 2 de Sharp's Cove](#)

[Agradecimientos](#)



## **Hunter**

Hunter Fowler se despertó a las cinco y cincuenta y cuatro, como había hecho cada día durante los últimos doce años. Eso le daba seis minutos para prepararse para el día que tenía por delante. A las seis en punto sonaba la alarma, lo bastante fuerte como para oírse en todos los rincones de la prisión.

Hunter esperó pacientemente.

«Tres. Dos. Uno».

Bum. Ahí estaba, el sonido de un cuerpo golpeando el suelo.

—Joder —dijo una voz malhumorada.

—¿Estás bien, Mac? —Hunter se sentó en la cama y dejó que sus largas piernas colgaran durante un segundo, antes de saltar desde la litera de arriba. Se incorporó hasta alcanzar su altura máxima: seis pies y casi dos pulgadas.

—Estoy bien. Creo que, por un momento, me olvidé de dónde estaba.

—Menos mal que duermes en la litera de abajo.

«Todos los días la misma conversación».

Se inclinó para echar una mano a su compañero de celda, tirando con facilidad de él para levantarlo. Mac tenía sesenta años y era un saco de huesos. Estaba allí por asesinato. Hunter no podía imaginárselo asesinando a nadie, pero se trataba de un tema que nunca habían comentado.

Se quedó mirando la enorme camisa kaki y los pantalones de segunda mano que descansaban sobre la única silla de la celda. Jamás entendería por qué ambos presos debían compartir silla, cuando había dos ejemplares de todo lo demás.

—¿Qué tal sienta, chico? —preguntó Mac mirando la ropa. Un guardia la había traído la noche anterior, justo antes de que apagaran las luces.

Hunter no contestó. No se sentía un «chico». Había entrado en la cárcel con veinte años y quizá por eso, Mac todavía lo consideraba un crío. Ahora, con los treinta y dos cumplidos, la verdad es que se sentía muy mayor. Y para ser sincero, no solo mayor, también sorprendido por haber sobrevivido durante tanto tiempo.

Empezó a quitarse ropa hasta quedarse en *boxers*. Le habían ordenado que, al marcharse, dejara en la celda todo lo que fuera propiedad de la penitenciaría, excepto la ropa interior y los calcetines. Al parecer, eso podía quedárselo. Dobló el mono naranja de la prisión y lo dejó en la litera de arriba.

«Espero no volver a ver este color nunca más».

En cuanto el pensamiento cruzó su mente, se estremeció y trató de dar marcha atrás. La esperanza no traía nada bueno.

—¿Qué tal sienta, chico? —repitió Mac. El viejo sonaba genuinamente interesado.

Hunter se echó agua en la cara y se observó en el pequeño espejo oxidado que había sobre el lavabo. El rostro que le devolvió la mirada le resultaba familiar, pero al mismo tiempo no le pertenecía del todo. Reconoció la mandíbula cuadrada y los pómulos altos que le habían vuelto tan popular entre las chicas del instituto, pero la cicatriz que recorría su cuello era nueva. Se la había ganado allí dentro. Sus ojos también parecían distintos; aún eran del mismo gris pétreo, pero mucho más maduros.

Su cuerpo también era más recio. Estiró los hombros y flexionó los grandes bíceps. Había entrenado mucho mientras estaba encerrado. No porque no tuviera nada mejor que hacer con su tiempo, sino porque cada onza de músculo reducía las probabilidades de que, un buen día,

alguien pidiera a su madre que viniera para identificar su cadáver.

Se puso la camisa. Pese a su gran tamaño, la prenda lo cubrió prácticamente por completo.

«¿Para quién demonios la hicieron? ¿Para André “el Gigante”?».

Se arremangó, revelando las cicatrices casi invisibles de sus brazos.

Entonces se percató de que Mac todavía le miraba.

«Estoy asustado».

Nunca, en todo el tiempo que había pasado entre rejas, había confesado sentir miedo, y no iba a hacerlo ahora.

Se encogió de hombros.

Mac asintió, comprensivo. Había vivido aquello antes, con otros compañeros de celda.

—Empieza a creértelo, chico. Ya han venido a por ti.

El guardia permanecía impasible.

—Es la hora, Fowler. Enséñame las manos.

Hunter las sacó por uno de los huecos entre los barrotes y esperó mientras este le ajustaba las esposas a las muñecas. Estaban muy apretadas. Dominó su pánico antes de girarse hacia Mac.

—Me alegro de que te largues, Hunter. —Era una de las pocas veces que Mac le había llamado algo que no fuera «chico».

—Vendré a visitarte, Mac —respondió.

Con una fuerza sorprendente, Mac atrajo a Hunter para darle un abrazo y acercó los labios a su oreja.

—No —susurró—. Márchate y no mires atrás. Vuelve a esa granja y cuida de tu familia. Es lo que tienes que hacer.

—Apártate, Mac —le advirtió el guardia, pero el tono con el que interpelló al viejo era más amable que el que había usado con Hunter.

Hunter sintió una presión tras los párpados. Había muchas cosas que quería decirle a Mac. Recordó que no habría sobrevivido a sus primeras semanas en la cárcel de no ser por el viejo. Pero el guardia todavía los observaba y golpeaba suavemente los barrotes de la celda con la porra, como si tocara un instrumento, así que se tragó sus palabras.

—Adiós, Mac —dijo, sabiendo que, probablemente era la última vez que vería al viejo con vida.

—No olvides tus cosas —dijo el guarda, derrochando sarcasmo. Hunter no poseía nada. Había un libro en su esquina del estante, pero era propiedad de la biblioteca. Contempló su cepillo de dientes que había visto días mejores y lo tiró al pequeño cubo de basura.

—¡Camina, Fowler! —ordenó el guardia, con la voz cargada de veneno. Avanzaron en silencio por el largo pasillo. Hunter ignoró los abucheos de los otros presos. No había hecho muchos amigos allí.

El guarda hizo una señal a uno de sus compañeros para que abriera la puerta. Hunter esperaba seguir recto, pero este abrió una segunda puerta a la derecha y le condujo en otra dirección. Hunter miró al corredor desierto, intentando no manifestar su aprensión. Aquel pasillo no llevaba a la salida.

—Vamos a dar un pequeño paseo, Fowler —dijo el guardia. Sonaba casi amigable, otra vez.

—¿Dónde vamos? Esto no es la salida, tío. Tengo los papeles en regla. —Hunter bajó el tono una octava para evitar el temblor de su voz.

—Entra ahí, Fowler. No intentes liármela —dijo el guardia, mientras su mano pálida se movía hacia la porra que colgaba a su costado.

Hunter se imaginó dándole un cabezazo al guarda, pero descartó la idea e hizo lo que le había

ordenado. Las cosas eran así. Aquello solo le traería más complicaciones.

Por eso la esperanza era una compañera tan peligrosa. Cuando uno la tenía, los demás podían utilizarla para destrozarle de nuevo. Se preguntó si todo aquello no sería algún tipo de broma perversa.

El guardia empujó a Hunter a través de una puerta abierta y luego la cerró, permaneciendo al otro lado. Hunter estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se enderezó en el último momento y alzó las manos esposadas para protegerse.

La habitación estaba vacía a excepción del sheriff Bowmann, que aguardaba junto a la ventana. Aunque ya no era el sheriff Bowmann, se corrigió Hunter. Uno de los presos nuevos le había contado que se había retirado, varios años atrás. Aquel hombre parecía más mayor, flácido y triste de lo que recordaba. Sabía que él era el principal culpable de que tuviera ese aspecto, pero bloqueó el pensamiento antes de que le llevara a su conclusión lógica. De ahí no podía salir nada bueno.

La mirada de Hunter se dirigió a la mano del exsheriff Bowmann y al revólver con el que le estaba apuntando.

Bajó sus muñecas esposadas y aguardó con los pies separados, intentando transmitir una tranquilidad que no sentía. No tenía sentido enfrentarse a una pistola con la única ayuda de sus puños. Si Bowmann pretendía reventarle la cabeza de un disparo, lo haría.

El sheriff lo observó de arriba abajo.

—Has estado haciendo ejercicio. Ahora pareces más peligroso que cuando llegaste, Fowler. Y por aquel entonces ya eras un hijo de puta muy duro.

«Apenas era un niño».

Hunter adoptó una expresión aburrida.

—¿Qué es lo que quieres, Bowmann? He cumplido mi condena.

—Quiero advertirte. Quizá los de la Junta de Libertad Condicional piensen que ya no representas un peligro para la sociedad, pero yo sé de lo que eres capaz. Sé que eres un monstruo.

La mano del viejo no vaciló mientras alzaba el revólver para apuntar directamente al corazón de Hunter. Este aguardó, inmóvil.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a matarme? —dijo en voz baja.

Los ojos de Bowmann ardían como dos llamas azules.

—Puedes cumplir la condicional en cualquier punto del Estado. Si te queda una pizca de decencia, no vuelvas a Sharp's Cove.

Lo que peor le sentaba a Hunter, más aún que la pistola con la que le apuntaba era que comprendía muy bien las emociones de aquel hombre. Pero no podía hacer lo que le estaba pidiendo. Enderezó la columna y se irguió en toda su estatura.

—La cárcel no es un lugar que hospede hombres decentes, sheriff Bowmann.

Por un momento pensó que iba a apretar el gatillo, pero el viejo acabó relajando el dedo y después se acercó a él. Los reflejos de Hunter eran buenos. Vio aproximarse el revólver y pudo apartar el rostro, o al menos alzar las manos para defenderse, pero decidió quedarse quieto mientras Bowmann le golpeaba en un lado con la culata del arma.

La sangre se deslizó por su cara a través de un corte superficial en la mejilla, pero Hunter no emitió ni un solo sonido.

Bowmann escupió en sus zapatos, se dirigió a la puerta y la golpeó tres veces para que lo dejaran salir. Mientras se abría, se giró hacia Hunter una vez más.

—Arderás en el infierno por lo que le hiciste a mi hija. Y si te acercas a ella o a cualquier

otra mujer, que Dios me perdone, te ayudaré a llegar allí todavía más rápido.

La cabeza del guardia asomó a través de la puerta.

—Joder —dijo. Cogió una toallita de papel y se la entregó a Hunter, con brusquedad. Parecía inquieto.

—No pasa nada —dijo Hunter, encogiendo sus anchos hombros—. No vi la puerta al entrar.



## Natalie

Natalie Bowmann despertó con la sensación de humedad. Al principio no entendió lo que estaba ocurriendo. Luego palpó la camiseta de su pijama y descubrió que estaba empapada en sudor.

Entonces recordó la pesadilla. No, se corrigió. Las pesadillas eran sueños aterradores, cosas que la gente temía que ocurrieran. Esto era más bien un recuerdo. Algo que *le había pasado*. Simplemente, su subconsciente le impedía olvidarlo.

Aquel sueño se había repetido con menos frecuencia durante los últimos años. Quizá una vez por semana, en lugar de cada vez que cerraba los ojos, como le pasaba al principio. Sin embargo, aquella era una ocasión especial: el día en el que el hombre que la había violado salía de prisión.

Natalie había leído la carta con la decisión de la Junta de la Condicional. Durante su última vista, Hunter Fowler les había convencido de que ya no representaba una amenaza para la seguridad pública y, por tanto, había conseguido reducir ocho años su condena. Natalie se había enterado porque su nuevo abogado le había pedido que testificase a su favor, empleando términos como «perdón» y «aceptación». Aunque rechazó la oferta, le habían enviado una copia de la resolución, por cortesía.

«Menuda cortesía».

Tras leer el primer párrafo, salpicado con palabras como «disculpas», «rehabilitación», «mejorar» o «ya no supone una amenaza», comprendió enseguida que Hunter Fowler había convencido a la Junta para que le concedieran la libertad.

Natalie se dio una ducha rápida para librarse del sudor y, con rabia, secó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Un dolor inimaginable, eso era lo que recordaba con más claridad, de su violación. Aunque no era virgen cuando ocurrió —había mantenido relaciones con su novio del instituto unas cuantas veces—, carecía de experiencia. Sin embargo, esta tampoco la habría preparado para alguien tan grande y violento como Fowler. Como un animal, Hunter Fowler la había arrojado al suelo húmedo del callejón de detrás de la bolera y la había penetrado contra su voluntad, mientras le susurraba sombrías amenazas al oído. Más tarde, en el hospital, le habían dicho que la había destrozado por dentro. También le había roto una costilla. A juzgar por cómo le excitaba su dolor, Natalie se consideraba afortunada de que no hubiera sido peor.

Se frotó las mejillas y recordó la forma en la que le había lamido las lágrimas mientras su enorme cuerpo la machacaba.

La primera vez que Natalie había cerrado los ojos durante el acto, Hunter la agarró del cuello con su manaza y casi la asfixió para forzarla a abrirlos de nuevo. Cuando los cerró por segunda vez, le mordió un pecho hasta hacerle sangre en el pezón. Todavía tenía la cicatriz.

Quería que mantuviera los ojos abiertos para recrearse en su pánico.

Cerró el grifo de la ducha y secó su cuerpo, pasando la toalla con rapidez. Luego sacó del armario su último conjunto limpio de camisa y pantalones kaki. Tomó nota mental de parar esa tarde por la lavandería de camino a casa y casi se echó a reír por tener un pensamiento tan cotidiano, en semejantes circunstancias.

Se recogió el pelo castaño en una práctica cola de caballo. Durante un instante también consideró ocultar sus ojeras con un poco de maquillaje, pero decidió que no. Ahora era la sheriff de Sharp's Cove. Aquel día, toda la ciudad estaría pendiente de ella, aguardando su reacción. Ya no era una chica de dieciocho años, asustada.

Condujo el coche patrulla por Main Street y se detuvo en Holly's Café, como hacía todos los miércoles. Sharp's Cove era una ciudad pequeña, pero recibía muchos turistas durante la primera mitad del año.

En temporada alta, sus habitantes observaban divertidos a los forasteros que acudían desde todos los puntos del país a contemplar boquiabiertos las calles inmaculadas llenas de restaurantes y pintorescos comercios. Además, hacía poco que los *influencers* se habían interesado por el puerto y ahora se pasaban las horas en los muelles, en busca de la fotografía perfecta.

En Main Street también había dos cafés, un hotel y un *diner*. Natalie trataba de desayunar por turnos en todos ellos; cada día lo hacía en uno distinto. Los viernes, sin embargo, conducía directamente hasta la comisaría y se conformaba con el repugnante café que preparaba Alma.

Entró al café a las ocho menos cuarto. El local tendría que haber estado prácticamente desierto, pero justo ese día, estaba lleno hasta los topes. Natalie reconoció a algunos de los amigos de su padre sentados en un rincón y deseó que este no estuviera con ellos. No creía que pudiera lidiar con él en aquel momento.

James Brody, del *Sharp's Cove Gazette*, estaba sentado frente al mostrador. Junto a él se encontraba su hija, Stella, que en los últimos meses se había convertido en la fotógrafa extraoficial del periódico. Natalie fulminó a la chica con la mirada cuando la vio alzar la cámara. Debió de comprender el mensaje, pues la guardó en la bolsa y se concentró en la tostada que tenía en el plato. Suspiró. Iba a ser un día muy largo.

—Buenos días, sheriff —la saludó Diane, desde el otro lado del mostrador. Era la propietaria del Holly's Café, una mujer rolliza de unos sesenta años. La gente solía preguntar por Holly, pero hasta donde sabía Natalie, nunca había existido; solo era un nombre que Diane pensó que podría resultar agradable para los clientes. Su cafetería había sido la primera en abrir las puertas en Main Street y se había convertido en todo un referente para la ciudad.

Natalie había entrado allí con la intención de comportarse con normalidad, pero se le encogió el estómago con la idea de sentarse frente al mostrador mientras todos la observaban.

—Diane, hoy ponme el café para llevar, por favor —le dijo.

—Por supuesto, sheriff. Marchando un café con leche y azúcar.

Aguardó el pedido mientras mantenía una expresión neutra a propósito. Estaba convencida de que todos la observaban, esperando que se derrumbara en cualquier momento. Por lo general, los habitantes de Sharp's Cove eran buena gente, pero en ciudades pequeñas como aquella, el cotilleo era prácticamente una forma de vida.

Natalie se giró cuando sonó el timbre de la puerta. Era Emma, su mejor amiga. Era raro verla por allí, pues vivía al lado de la escuela donde impartía sus clases y pocas veces visitaba la ciudad a esa hora.

«¿Qué estás haciendo aquí, Emma?», se preguntó Natalie.

— ¿Puedes venir, sheriff? Necesito tu ayuda.

Natalie cogió el café y dejó un par de dólares sobre el mostrador. Dio las gracias a Diane y siguió a Emma fuera del local. Mientras salía, sintió cómo numerosos pares de ojos se clavaban en su espalda.

—¿Qué ocurre, Em? ¿Estás bien?

Emma sacudió la cabeza y los rizos rubios siguieron temblando incluso tras culminar el movimiento. Luego la observó con sus ojos color avellana y una expresión divertida.

—¿Yo? Por supuesto que estoy bien. He venido a ver cómo estás *tú*, Natalie.

Emma había sido su mejor amiga desde... siempre. También había estado a su lado cuando despertó en el hospital tras el ataque. Su cariño y su apoyo en los meses que siguieron habían

sido constantes. Natalie sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y pugnó por contenerlas. Si las dejaba brotar en ese momento, no sería capaz de terminar el día con éxito.

—Por favor, no llores, cielo. Todo va a salir bien. No vamos a permitir que se quede en Sharp's Cove —dijo con mucha determinación.

Natalie sacudió la cabeza.

—Ha cumplido su condena, Em. Puede vivir donde quiera, siempre y cuando no abandone los límites del estado o vulnere los términos de su condicional.

—Me da igual. Yo no quiero que ande cerca de ti.

«No siempre conseguimos lo que queremos, Em».



## Natalie

Natalie se pasó la mañana moviendo papeles de un lado a otro del escritorio, tratando de trabajar, sin mucho éxito, mientras el resto de su equipo daba vueltas a su alrededor. Nadie parecía saber qué decir.

Tras la comida, su padre apareció por la comisaría. Venía con menos frecuencia que cuando estaba recién jubilado, pero cuando lo hacía, se paseaba por allí como si fuera suya. La verdad es que podía entenderlo, pues había sido el sheriff durante veinticinco años.

—Natalie —le dijo, al tiempo que cerraba la puerta de su despacho—. ¿Tienes un segundo?

Natalie cogió aire. Ella prefería dejar siempre la puerta del despacho abierta —era su forma de hacer las cosas— pero se tragó la irritación. Sabía que aquel día también era difícil para su padre. Aunque nunca había sido madre, podía imaginarse lo que era encontrar a tu hija en ese estado, dirigir la operación policial que condujo a la detención del responsable y, más tarde, tener que testificar en el juicio.

—Claro. ¿Va todo bien, papá?

—Está de camino, Nat. Se ha gastado catorce dólares en un billete de autobús solo de ida. Llegará en menos de una hora. —Encorvó los hombros, como si fuera culpa suya. Natalie se levantó y rodeó el escritorio.

Por fortuna, Sharp's Cove no era lo bastante grande como para tener cárcel propia. La prisión más cercana estaba fuera de la ciudad, a casi tres horas de distancia. Echó un vistazo al reloj de la pared. Los autobuses que salían de allí llegaban a Sharp's Cove a las nueve y a las tres, seis días por semana. Los domingos, la única forma de abandonar el lugar si no tenías coche era tomar el ferry, que te llevaría en dirección norte, recorriendo el resto de las ciudades costeras.

—Sabíamos que podía pasar, papá —le dijo. No hablaba solo por él; en parte, ella también necesitaba oírlo. Su garganta estaba tan seca que apenas podía hablar—. Tiene derecho a venir aquí si quiere. Su madre y su hermano se mudaron de vuelta el año pasado, ¿te acuerdas? Ahora viven otra vez en la granja.

—No puede quedarse aquí, Natalie. No lo pienso permitir. No dejaré que te haga daño...

—Papá —le interrumpió mientras posaba la mano en su brazo—. Papá. Todo va a ir bien.

Le miró directamente a los ojos azul claro, tan parecidos a los suyos y vio la desesperación reflejada en ellos. Su padre siempre había pensado que debía haber hecho más. ¿Pero qué más podría haber hecho, aparte de detener al responsable? Había intentado ocultarle las secuelas de la agresión y rehacer casi por completo su vida, que aquella noche había estallado en pedazos, pero quizá no había hecho tan buen trabajo como pensaba.

—Vete a casa, papá. Todo va a salir bien.

En cuando se marchó, Natalie fue al baño. Entrar en aquella habitación oscura le trajo a la memoria otro recuerdo. Encendió la luz para contener el pánico. Aún experimentaba una horrible opresión en el pecho. Casi podía sentir el peso de su asaltante sobre ella y, aunque la oscuridad le había impedido ver su rostro, había oído su asqueroso aliento mientras secaba sus lágrimas a lengüetazos. Había dicho que no un centenar de veces, pero él había ahogado sus gritos una y otra vez.

Aún recordaba —si no todas—, al menos algunas de las obscenas amenazas que le había susurrado cuando empezó todo. Y luego, nada. Debía de haber perdido la consciencia durante un rato. Algo comprensible, a tenor del trauma que había soportado su cuerpo. Había tardado varias semanas en recuperarse de las heridas físicas. Era mejor no pensar en las otras, aquellas que no

tenían solución.

Se recordó yaciendo en la oscuridad, pensando que iba a morir. Tras lo que pareció una eternidad, él gruñó, tendido sobre ella, todavía ahogándola.

Súbitamente, un coche había cruzado al fondo del callejón y sus faros habían iluminado por un instante la figura subida a horcajadas sobre ella. Natalie había tirado de su camiseta, arrancándole un pedazo. Había visto una enorme águila tatuada sobre sus pectorales y luego los ojos gélidos de Hunter Fowler, abriéndose con estupor. Parecía genuinamente sorprendido de lo que había hecho.

Natalie tenía ganas de gritar. Aquel hombre había arruinado su vida y lo único que expresaba su rostro era sorpresa.

«Le empujaste y huiste. Recuérdalo, Natalie. Recuérdalo siempre».

Sollozó, pero apretó el puño contra su boca para ahogar el sonido. No creía poder revivir aquella experiencia muchas más veces a lo largo del día. Al menos si quería mantener la cordura. En aquel momento, Natalie odió a Hunter Fowler más de lo que había odiado a nadie nunca.

Se echó un poco de agua en la cara, feliz por haber decidido prescindir del maquillaje y volvió a su escritorio.

Por una vez, Rob Hope, el ayudante del sheriff, permanecía silencioso. La observó con sus ojos profundos. Tenía el cabello rubio —con un flequillo que siempre llevaba demasiado largo— y una nariz aguileña que se había roto muchas veces durante su época de atleta universitario. Susan Lopes, la agente más novata del grupo simulaba rellenar un informe. Alma, la secretaria y operadora de la centralita, hacía fotocopia tras fotocopia. Natalie no quería preguntarle de qué necesitaba hacer tantas copias; sabía que todos estaban preocupados por ella. La comisaría de Sharp's Cove era pequeña y por eso sus miembros se comportaban como una familia.

A las tres menos cuarto, Natalie cogió su sombrero y salió del edificio. Rob la siguió. Cuando ella había sido atacada, Rob era un joven en prácticas que trabajaba con su padre. No necesitaba decir nada. Sus largas piernas le permitían mantener el ritmo de Natalie con facilidad, mientras caminaban juntos hacia la plaza del ayuntamiento, en el otro extremo de Main Street.

A las tres menos cinco se detuvieron junto a la estatua del pescador y esperaron a que llegara el autobús. Natalie miró a su alrededor. Su padre estaba allí, junto a muchos otros habitantes de Sharp's Cove. Roy, que llevaba la ferretería, había traído incluso un bate de beisbol consigo; no creía que lo hubiera hecho con intención de practicar unos tiros. Natalie les dedicó una mirada dura. No quería arriesgarse a montar una escena pidiéndoles que se marcharan, pero tampoco estaba dispuesta a permitir ningún linchamiento. No durante su turno.

A las tres en punto, el autobús apareció a lo lejos. Todos sabían lo que significaba. Era el mismo autobús que pasaba dos veces al día, como un reloj, y conectaba su pequeña comunidad con el mundo exterior. Trayendo con él todas las cosas que Sharp's Cove no poseía. Como criminales.



## ***Hunter***

Hunter se reclinó sobre el asiento de la última fila. Sus largas piernas ocupaban la mitad del pasillo. Solo había dos personas más en el autobús y ambas estaban sentadas delante, tan cerca del conductor —o, mejor dicho, tan lejos de Hunter— como les era posible.

Tenía los ojos cerrados, pues fingía dormir, pero su cerebro funcionaba a toda velocidad. Su mejilla palpitaba mientras daba vueltas a la conversación que había mantenido con el padre de Natalie Bowmann, si es que a aquello podía llamársele conversación. Aún tenía sesenta y ocho dólares en el bolsillo. Quizá debía de quedarse en el autobús y volver a la ciudad. Podía viajar a cualquier parte del Estado, siempre que mantuviera informado a su agente de la condicional. No tenía por qué volver allí.

Sin embargo, pensó en su madre y en la carta que guardaba en el bolsillo. Ella conocía de sobra las consecuencias que tenía para él regresar y no le habría escrito, si realmente no necesitara ayuda con la granja y su hermano. No podía decepcionarla, no después de todo lo que la había hecho pasar.

Abrió sus párpados brevemente cuando el autobús comenzó a recorrer Main Street. Vio las cafeterías, las tiendas de ropa y una gran cantidad de comercios nuevos que ofrecían baratijas a los turistas. La mayor parte de los edificios parecían recién pintados, las aceras estaban nuevas y las farolas que bordeaban la calle habían sido reemplazadas con unas caras réplicas de época. Parecía que la ciudad estaba prosperando.

El autobús pasó frente al cine, que estaba cerrado y sellado con tablones. Al verlo, a Hunter le asaltaron recuerdos de la época —diferente, más sencilla— en la que había pasado el rato allí con sus amigos. Durante un tiempo había sido feliz allí. Quién sabe, quizá las cosas pudieran funcionar.

Entonces vio la pequeña multitud, numerosa para los estándares de Sharp's Cove, congregada a los pies de la estatua. Se avecinaban problemas. Intentó que no le afectase la situación. Había pasado doce años en el infierno. Era capaz de soportar cualquier cosa que aquellos pueblerinos pudieran dispensarle.

Mientras el autobús se detenía, Hunter estiró su enorme cuerpo en el asiento y se puso en pie, con cuidado de no golpearse la cabeza contra el techo.

—Sharp's Cove —dijo el conductor, pronunciando con voz aburrida las mismas palabras que repetía día tras día. Sin embargo, sus ojos en el espejo mostraron preocupación cuando se encontraron con los de Hunter.

«Me tiene miedo».

Era algo a lo que iba a tener que acostumbrarse. Bajó del autobús para pisar tierra firme. La tarde era cálida y los rayos del sol acariciaron su rostro. Alzó la mano, como si quisiera confirmar que ya no llevaba las esposas. Era libre.

Dejó que su mirada vagara por la multitud. Reconoció aproximadamente a la mitad de la gente allí reunida. Estaba Roy, que llevaba la ferretería, y el marido de Diane, la propietaria del Café, cuyo nombre no recordaba. Algunas personas le contemplaron con curiosidad. Otras tenían la expresión de boxeadores preparados para saltar al cuadrilátero. Querían sangre.

Hunter dio un paso al frente, vio cómo el gentío reculaba y se concedió una ligera sonrisa lobuna. La multitud contuvo el aliento.

Entonces la vio... y todo lo demás pareció pasar a un segundo plano. Natalie Bowmann.

Hunter cogió aire por segunda vez, pues a la primera sus pulmones se negaron a obedecerle.

Natalie vestía de uniforme, lo que no era ninguna sorpresa. Sabía que se había convertido en la nueva sheriff de Sharp's Cove, tras la jubilación de su padre. Probablemente era la persona más joven que había ostentado el cargo.

Expulsó el aire de sus pulmones con lentitud, tratando de no pensar en la última vez que la había visto. Había sido durante el juicio. Natalie había acudido solo una vez para identificar su tatuaje y Hunter había sentido su miedo desde la otra punta de la sala.

Nunca habría imaginado que, con la edad, se hubiera vuelto tan atractiva. Sus ojos eran azules como el proverbial cielo de verano, pero no solo le atraía el color. Había algo en su mirada que inspiraba confianza. Bajó la vista hasta posarla en sus labios. Incluso apretados por la suspicacia, parecían suaves como los pétalos rosados de una flor.

«Preciosa».

Hunter permaneció inmóvil mientras ella daba un paso para acercarse, pues intuía que los siguientes segundos serían determinantes para él. Le sacaba casi una cabeza y probablemente la doblaba en peso, pero no parecía intimidada por su tamaño.

—¿Qué le ha pasado a su cara, Fowler? —le preguntó con voz fría como el acero. Miró al conductor, que alzó las manos y farfulló algo ininteligible, deseoso de largarse de allí.

Al principio, Hunter no entendió de qué le estaba hablando. Luego se llevó la mano al pómulo y sintió la hinchazón.

—Me golpeé con una puerta —dijo en voz baja.

Ella entrecerró sus ojos gélidos.

—Estoy aquí para asegurarme de que no hay problemas —dijo en voz lo bastante alta como para que todo el mundo pudiera oírla.

Hunter bajó la vista.

—Yo no quiero problemas —susurró.

—¡No le queremos aquí! —gritó alguien y fue como abrir la esclusa de una presa.

—¡Es un violador!

—¡Nuestras hijas no estarán seguras mientras ande por aquí!

—¡Échalo de la ciudad, sheriff!

—No les gustas, Fowler —le dijo. Sus labios formaron una línea fina. Se preguntó qué aspecto tendrían cuando sonreía—. Y a mí tampoco.

—No quiero problemas —repitió. Mantenía las manos contra los costados. En la derecha, agarraba la carta de su madre—. Voy a la granja de mi familia.

Ella suspiró y se giró para confrontar a la multitud.

—El señor Fowler tiene derecho a vivir donde quiera —dijo Natalie, pero, mientras se giraba de nuevo hacia él, su expresión daba a entender que prefería que lo hiciera en cualquier otro lugar.

—¡Y nosotros tenemos derecho a no atenderle, sheriff!

—Morirá de hambre antes de que yo le venda comida —gritó alguien.

—¿Qué hacemos, sheriff? —le preguntó su ayudante, acercándose a ella. Hunter no era capaz de recordar su nombre. ¿Ray? ¿Ron? ¿Rob?

Natalie Bowmann alzó la mano.

—Parad, todos —dijo. No gritó, pero tenía una voz imponente. No solo era la sheriff, también la víctima. En esta ocasión, su palabra era ley—. El señor Fowler puede moverse a su antojo. Espero no enterarme de que le ponéis dificultades. —Después bajó la voz para que solo él pudiera oírla—. Me repugna, señor Fowler.

Su expresión transmitía tanto desprecio, que Hunter sintió que se atragantaba. Sin embargo,

tras toda esa animadversión percibió algo más en sus brillantes ojos azules. Vio miedo y dolor. Su corazón se encogió.

—Sheriff —la saludó, al tiempo que inclinaba la cabeza. Luego se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la granja, sabiendo que tardaría casi una hora en llegar.



## **Hunter**

—¡H unter! —gritó su madre mientras corría hacia él—. ¿Por qué no nos dijiste que venías hoy? Te habría ido a buscar en coche.

Hunter recordó la escena que acababa de producirse en la ciudad. Habría caminado mil millas para evitarle a su madre aquella experiencia.

—No pasa nada, mamá. No sabía en qué autobús iba a llegar —mintió—. En cualquier caso, ya estoy aquí.

Se inclinó para que su madre pudiera rodearle el cuello con las manos. El contacto le resultó extraño, pero no dijo nada. Entendía que tuviera la necesidad de tocarle para confirmar que realmente estaba allí.

—Oh, Dios, Hunter —dijo, con sus hermosos ojos castaños anegados en lágrimas—. Has crecido. Yo...

Hunter se detuvo a contemplar a su madre. Había envejecido, lógicamente, y estaba más delgada de lo que recordaba. Pero habían pasado doce años. Le había pedido que abandonara la ciudad con su hermano antes siquiera de empezar el juicio y solo la había visto una vez desde entonces, justo después de pronunciarse el veredicto.

Hunter recordaba bien aquella conversación. Cuando entró en la sala de visitas, su madre estaba muy pálida. No podía imaginarse lo que habría tenido que soportar antes de llegar hasta allí. Le había pedido que se olvidara de él por el bien de Jesse, pero aún le escribía todas las semanas, sin excepción. Así era como, hacía un año, Hunter se había enterado de que su tío había fallecido y de que ella y Jesse no tenían ningún lugar a donde ir, excepto de vuelta a la granja.

Se preguntó qué parte de aquel envejecimiento era normal y cuánto podía achacársele a él y al estrés que le había causado.

—Oh, Dios, Hunter, estás en casa. ¡Pensé que nunca volvería a verte!

Hunter apretó la mandíbula para blindarse ante aquel tsunami de emociones. No iba a sucumbir al llanto.

—No pasa nada, mamá, todo va a salir bien —dijo dándole golpecitos torpes en el hombro. Miró a su alrededor, a la valla rota y a la ruinosa granja que había más allá.

—Tiene mala pinta, ¿verdad? —le preguntó. Siempre se le había dado bien interpretar sus expresiones—. Me habría gustado arreglarla un poco para cuando volvieras.

—La granja está bien, mamá —mintió—. ¿Dónde está Jesse?

—En el establo, cuidando de Stormy. Es el único caballo que nos queda. Un regalo que tu tío le hizo a Jesse.

—¿Cómo está? ¿Sabe que he vuelto?

Su madre asintió.

—Lo sabe, pero no... No sabe dónde has estado.

«Eso está bien».

De pronto, un grito les interrumpió.

—¡Hunter, Hunter! —Su hermano Jesse cruzó el patio y saltó sobre él. Hunter le abrazó con fuerza. Esta vez, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, no hizo esfuerzos por contenerlas—. Hunter, estás llorando. ¿Te encuentras bien?

—Claro, Jesse. Solo me alegro de verte.

—Tengo muchas cosas que enseñarte. Espera a ver a Stormy, es la yegua más bonita de...

—Dale un poco de tiempo a tu hermano para acomodarse y descansar, Jesse —le interrumpió

su madre—. ¿Por qué no vas a ver si las gallinas han puesto algún huevo? Podríamos cenar huevos fritos.

Jesse asintió y echó a correr. Hunter le vio marcharse, un crío de siete años atrapado en el cuerpo de un hombre de treinta y dos. Hubo un tiempo en el que parecían idénticos, pero ahora cualquier persona que los viera juntos tendría que esforzarse mucho para darse cuenta de que eran gemelos. El pelo de Jesse era largo y caía sobre sus hombros, mientras que Hunter llevaba el suyo afeitado casi por completo, al estilo que había adoptado al llegar a la cárcel. Y, aunque ambos tenían la misma altura y complexión, Hunter calculó que ahora le sacaba cuarenta libras de músculo a su hermano.

—Parece feliz —dijo.

—Espero que lo sea —respondió su madre.

—Sé lo duro que ha sido esto para ti. Has hecho un trabajo increíble.

—No sé si lo que hicimos estuvo bien, Hunter. Vi a Natalie el otro día en el supermercado y parecía...

—No hablemos de eso ahora, mamá —dijo Hunter.

«Ahora, o puede que nunca».

—Vale, de acuerdo. Entra en casa, Hunter. He dejado tu habitación exactamente igual que...

—Voy a quedarme en el granero.

Su madre enarcó las cejas en una expresión de su infancia que recordaba bien.

—¿El granero? Pero el techo tiene goteras. Pasarás frío. Y he...

Hunter sacudió la cabeza.

—Es verano, mamá. Estaré bien. Jesse y yo podemos arreglar el tejado antes de que llegue el invierno. No puedo... No puedo vivir en la casa. Necesito un poco de espacio.

Su madre parecía abatida, pero asintió. No le gustaba verla decepcionada, pero tampoco quería someterles a ella y a su hermano a sus pesadillas nocturnas. Tenía que estar solo.

—Empezaré a preparar la cena. Haré tu postre favorito —le dijo. Su voz sonaba alegre otra vez.

Hunter asintió con entusiasmo, pese a que no sabía a qué postre se refería.

Luego se alejó de la casa y caminó hacia el granero. La puerta aleteaba, sujeta por un único gozne. Tomó nota mental de que tendría que arreglarla junto con todo lo demás y entró.

De inmediato, le asaltaron los viejos recuerdos de la última vez que había estado allí.

Había sido durante una noche cálida de verano, tras pasar la tarde en la ciudad bebiendo con sus amigos. Apenas recordaba de qué habían hablado. Como Hunter no tenía coche, su amigo Pete se había ofrecido a llevarle en el suyo a la granja. Hunter se había negado y había preferido volver caminando. No era tan imbécil como para animarle a coger el coche tras haber bebido. El paseo de vuelta le había aclarado un poco la mente. Para cuando llegó seguía algo entonado, pero ya no iba borracho.

Entonces escuchó un aullido agudo. Al principio, pensó que se trataba de alguna clase de animal. Se acercó en silencio al granero y encontró a su hermano, acurrucado en un rincón, aferrando un pedazo de tela amarillo.

—¿Jesse? ¿Qué te pasa?

Jesse temblaba como un flan. Estaba aterrorizado. Hunter sintió rabia hacia quien fuera que le hubiera hecho eso a su hermano.

—¿Qué ha ocurrido, Jesse? ¿Qué tienes ahí?

—Está herida, Hunter. Tenemos que ir a buscarla. Estaba desnuda pero no pude devolverle esto.

En ese momento, Hunter se percató de que el jirón amarillo que Jesse apretaba contra su cuerpo era, de hecho, un vestido de mujer. Experimentó el primer estallido de verdadero pánico, pero logró contenerlo. Jesse no tenía ni pizca de maldad. Debía de haber otra explicación. Su cerebro funcionaba despacio y deseó no haber estado bebiendo.

Tomó el vestido de las manos de su hermano y se exprimió el cerebro. Sabía que lo había visto antes y trató de recordar dónde, pero no lo consiguió. Entonces vio las manchas marrones en el borde.

—Jesse, ¿esta sangre es tuya? —le preguntó con voz suave.

—¡No es mía, Hunter! ¡Es suya, te lo estoy diciendo!

Normalmente, a Hunter se le daba muy bien interpretar las palabras de su hermano, pero en esta ocasión le llevó varios minutos desentrañar la historia de Jesse. E, incluso entonces, le pareció que no tenía mucho sentido.

—¡Yo no hice nada! —sollozó Jesse.

—Ya lo sé, Jesse. Cálmate. ¿Sabes si te vio alguien cuando estabas en la ciudad?

—Ella me vio. Me asusté cuando empezó a gritar. Volví aquí sin parar de correr.

Fuera quien fuera aquella mujer, estaba viva cuando Jesse había huido. A esa hora, alguien ya la habría encontrado y la habría ayudado. A pesar de que su mente seguía amodorrada por el alcohol, comprendió que en ese momento su hermano era el que corría más peligro.

Hunter hizo unas operaciones mentales. Jesse estaba en forma. Le habría costado unos veinte minutos volver corriendo a la granja. Eso significaba que...

Ambos oyeron al mismo tiempo una sirena a lo lejos. Jesse chilló. Odiaba los sonidos fuertes. «Joder».

Sin más, Hunter tomó una decisión. Lavó rápidamente las manos de su hermano en el grifo que había fuera del granero y llamó a gritos a su madre. Acudió con los ojos cansados, tras pasar horas viendo la televisión.

—¿Qué ocurre, Hunter? ¿Jesse? ¿Estáis bien?

Hunter se percató del desgarrón que había en la parte delantera de la camisa azul de su hermano. El azul era el color favorito de Jesse.

—Dame tu camisa. —Cuando su hermano se deshizo de la camisa rota, vio el enorme tatuaje del águila que sus supuestos amigos le habían retado a hacerse cuando tenían dieciséis años. Cubría la mitad de su pectoral. A Jesse le gustaba porque el águila sacudía las alas cuando flexionaba los músculos, pero Hunter lo odiaba. Era la prueba de que tenía que haberle estado protegiendo aquel día.

A cambio, le entregó a su hermano su camiseta negra. Apestaba a alcohol.

—Póntela, Jesse. Vamos. Mamá, tú y Jesse entrad dentro. Los dos habéis estado viendo la televisión durante toda la noche. ¿Está claro?

—Me estás asustando, Hunter. ¿Has bebido? ¿Qué está pasando? ¿Ese es el coche del sheriff?

—Para, mamá. Para de una vez. Haz lo que te digo o Jesse va a ir a prisión.

—¿A prisión? —La boca de su madre formó una «o» perfecta—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—No ha hecho nada. Llévale arriba. Habéis estado en casa toda la noche. ¿Entiendes lo que te digo, Jesse?

—He estado viendo la tele. —Jesse asintió—. Pero Hunter, esa chica...

—Yo me haré cargo de la chica. Confías en mí, ¿verdad, Jesse?

—Confío en ti, Hunter.

Por ese motivo, cuando llegó el sheriff, Hunter estaba solo junto al granero, con la camiseta

rota de Jesse y el vestido de verano amarillo en la mano.

El sheriff Bowmann bajó del coche, empuñó la pistola y apuntó a Hunter. Sin embargo, no fue el arma lo que más le asustó, sino la ira en sus ojos. Hunter bajó la mirada y contempló el vestido andrajoso que llevaba en la mano. De pronto, recordó dónde lo había visto antes: había sido esa misma tarde, junto a la heladería. Pete, Joe y Hunter habían estado esperando a que el mánager terminara su turno. Era amigo de la hermana de Joe y nunca ponía problemas para comprarles unas cervezas.

Entonces, Natalie Bowmann, la hija del sheriff, había pasado con unas amigas en dirección a las mesas del exterior. Llevaba un vestido de verano amarillo. Hunter se había fijado en ella durante un instante, porque era muy guapa y luego había apartado la mirada, para que no pensara que era un perverso.

De pronto, se sintió enfermo.

—¿Dónde está Natalie? —preguntó Hunter con voz ronca.

—¡Jamás se te ocurra pronunciar su nombre, pedazo de mierda! —gritó el sheriff Bowmann, justo antes de lanzarse contra él. Embistió a Hunter. Este cayó de espaldas y se arrastró como un cangrejo, huyendo de la cólera desbocada de aquel hombre. El sheriff le alcanzó y plantó una bota en su pecho.

Hunter se estremeció de la cabeza a los pies.

Por un momento, pensó que iba a dispararlo, pero el viejo gruñó y le empujó bocabajo, apretando su cara contra el barro mientras le ponía las manos a la espalda, con violencia. Hunter sintió que se ahogaba en aquel fango. Se preguntó con vaguedad si aquella sería una muerte menos dolorosa que ser disparado. Pero, en realidad, solo había un pensamiento que lo atormentase.

«¿Dónde está Natalie?».



## Natalie

**T**ras un par de semanas, la gente comenzó a darse cuenta de que no iba a producirse otro enfrentamiento entre Hunter Fowler y ella, por lo tanto, la vida en Sharp's Cove volvió a sumirse en algo parecido a la rutina.

Natalie no sabía qué pensar. Normalmente se le daba bien juzgar el carácter de las personas, pero el odio que profesaba a Fowler le había hecho dudar. Recordó su aspecto cuando descendió del autobús: alto, duro y peligroso. Proyectaba un aura de indiferencia, pero Natalie sabía que la cárcel no había sido fácil para él. Cuando había empezado a trabajar en la oficina del sheriff, había husmeado un poco en los informes carcelarios de Fowler. Sabía que había sido atacado en varias ocasiones, apuñalado y golpeado y quizá incluso cosas peores. Los violadores no lo tenían fácil en prisión.

A menudo, Natalie se había planteado visitarle, pero nunca lo había hecho. No creía que fuera a ofrecerle lo único que quería de él: una respuesta a *por qué*.

«¿Por qué me hiciste daño? ¿Acaso te hice yo algo alguna vez?».

Hunter Fowler era un par de cursos mayor que ella. Nunca habían formado parte del mismo grupo de amigos, pero se veían a menudo. Sharp's Cove era pequeña y él era uno de los chicos más guapos de la ciudad. Aunque se había labrado un poco la imagen de tipo malo, nunca le había dado la impresión de que fuera una persona cruel. Sin embargo, lo que le había hecho a ella...

Deseó recordar el ataque con más claridad. Cómo había empezado, cómo la convenció de abandonar juntos el club por la puerta trasera...

—Oye, Nat, ¿me estás escuchando? —protestó Emma.

—Lo siento, Em, se me ha ido la cabeza durante un segundo. ¿Puedes recordarme otra vez por qué hemos quedado en el supermercado?

—Voy a cenar a tu casa, ¿recuerdas? Es la única forma de asegurarme de que no acabamos comiendo los experimentos científicos que sueles cultivar en tu nevera.

Natalie lo pensó con detenimiento. No recordaba la última vez que guardó algo en el frigorífico. ¿Fue comida para llevar, quizá la semana pasada? Probablemente a estas alturas ya estaría mohosa.

«Mi madre estaría avergonzada, solíamos cocinar todo el tiempo».

Trató de enterrar aquel pensamiento.

—De acuerdo. ¿Qué te gustaría cenar, Em?

—Te lo acabo de decir —Emma respondió con un tono de paciencia exagerado, como si estuviera hablando con uno de sus alumnos—. ¡Vamos a cocinar linguini con pesto!

—¿Aún andas detrás de Giovanni? —Giovanni era el profesor del único gimnasio de la ciudad. Aunque se había criado en los Estados Unidos, era medio italiano y hablaba con un fuerte acento que Natalie estaba segura de que era fingido. Pero tenía un cuerpazo impresionante.

Emma sacudió la cabeza. Sus ojos castaños brillaban.

—No seas boba. Giovanni y yo cortamos hace semanas, Nat. Pero ya me conoces, soy capaz de separar el grano de la paja. Puede que Giovanni y yo seamos historia, pero *adoro* la comida italiana.

Natalie soltó una carcajada.

—Muy bien, *signorina*, ¿qué necesitamos para preparar esa famosa salsa de pesto?

—Un montón de albahaca —dijo Emma, cogiendo una planta de la sección de frutas y

verduras. De pronto, su sonrisa se congeló. Dejó la albahaca en la cesta y agarró a Natalie del codo para arrastrarla a otro pasillo.

—También necesitamos piñones. Muchísimos...

—¿Qué ocurre, Em? —Natalie redujo el paso, se giró y de pronto se encontró frente a la madre de Hunter Fowler.

La anciana se echó hacia atrás.

—Natalie... Quiero decir, sheriff Bowmann.

El aire abandonó sus pulmones.

Natalie lanzó una mirada rápida a su alrededor. No le importaba parecer desesperada.

«¿Está Fowler por aquí?».

—He venido sola —dijo la anciana con tristeza. Un par de personas se detuvieron para mirarla, como tiburones que han captado el aroma de la sangre en el agua.

«Pronto serán una multitud».

Natalie se quedó sin palabras por un momento.

Rose Fowler alargó la mano.

—Natalie, lo siento mucho... Yo...

La piel de Natalie se puso de gallina. Si lo pensaba en frío, comprendía perfectamente que Rose Fowler no era responsable de las acciones de su hijo, pero fue una reacción instintiva.

—Apártese de mí, señora Fowler —siseó.

La madre de Fowler dio un paso atrás, como si hubiera recibido un bofetón.

—Circulen, circulen, aquí no hay nada que ver —dijo Emma, afeando a los curiosos su comportamiento y obligándoles a avanzar.

Natalie se dio cuenta de que temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Te encuentras bien, Nat?

«Estoy en las Antípodas de encontrarme bien. Nunca voy a estar bien».

—Estoy bien, Em, muy bien. Pero no me veo con ganas de seguir con el plan. Voy a volver a la comisaría.



## **Hunter**

Cuando oyó el coche, Hunter levantó la mirada de la valla que estaba arreglando. ¿Ya había vuelto su madre? No había pasado mucho tiempo en la ciudad. Se limpió el sudor de la cara con la parte inferior de la camiseta. Hacía un calor infernal, pero estaba disfrutando del trabajo. Bah, ¿a quién quería engañar? Lo que disfrutaba era estar allí fuera, sentirse libre.

Se acercó a ella a grandes zancadas, salvando la distancia hasta la entrada de la finca con facilidad para ver si necesitaba ayuda con la compra. Su madre detuvo el coche, pero no abrió la puerta, así que alargó la mano y lo hizo él mismo.

—¿Qué estás haciendo, mamá? ¿Necesitas...?

Su madre apretaba el volante con manos blancas y temblorosas. Le miró con una expresión de pánico. Parecía que estuviera hiperventilando.

—¿Mamá? —Se acercó y le aflojó los dedos del volante. Echó el freno de mano y movió el asiento hacia atrás para darle algo más de espacio mientras desplazaba su cabeza hacia delante con suavidad—. Respira, mamá, respira. ¿Qué ocurre? ¿Necesitas que te lleve al hospital?

—Nada de hospitales —dijo con la voz entrecortada.

—Cuéntame qué ha pasado, mamá.

—Nada. Yo solo...

—Por favor, no me mientas. Alguien te ha dicho algo, ¿verdad? ¿Por eso estás temblando así?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Nadie me ha dicho nada. Vi a Natalie en el supermercado. Me topé con ella y cuando me miró a los ojos estaba tan... tan asustada. Natalie no está bien. Está hecha polvo, Hunter. Polvo.

Sintió cómo la armadura con la que se había estado protegiendo se resquebrajaba. Él también había captado aquel miedo cuando la había mirado, pero trató de que la sensación no le afectara.

—Nosotros no le hemos hecho nada, mamá. Y creo que yo he pagado con creces, ¿no te parece?

—Oh, Hunter, mi pobre niño. Desearía...

—Vamos a casa, mamá. Hace mucho calor para que sigas sentada aquí fuera.

Sus piernas temblaban demasiado para ir caminando hasta la casa, así que Hunter la agarró de la cintura.

—¿Debería llamar al médico, mamá? —No tenía ni idea de cómo iba a pagarlo, pero ya se le ocurriría algo.

—Nada de doctores. Solo necesito... Necesito descansar.

Sin embargo, por la tarde, su pulso y su presión sanguínea seguían siendo altos.

—Jesse, quédate con mamá y estate pendiente de ella por si necesita algo. Voy a buscar un médico.

A medida que se acercaba a la ciudad, el temblor de sus manos sobre el volante se incrementaba. Cada vez lo apretaba con más fuerza y llegó a pensar que podía acabar rompiendo aquel plástico barato. Se preguntó si el resto de su vida iba a ser así. Aunque parecía estar en libertad, en realidad seguía tan atrapado como cuando se encontraba en prisión.

Hunter giró en dirección al hospital. El pequeño edificio le trajo de vuelta recuerdos de incidentes infantiles más felices, brazos rotos y tobillos torcidos. Su padre no había fallecido allí. Le habían tratado el cáncer en la ciudad y nunca había regresado a casa. Hunter sacudió la cabeza para concentrarse.

La hora de las visitas había terminado y el parking estaba casi vacío. Aparcó la vieja ranchera y entró en el hospital con la cabeza gacha. Por primera vez desde hacía mucho tiempo nadie se fijó en él. En el interior, todo el mundo parecía estar ocupado. Se detuvo frente al mostrador de la entrada. La recepcionista alzó la vista y sonrió. Pensaba que iba a reconocerlo de un momento a otro, pero no fue así.

—Hola, ¿puedo ayudarle?

—Estoy buscando a la doctora Leroy.

—Puede que ya se haya marchado. —La joven tecleó algo en el ordenador—. Ah, no. Aquí está, primera planta. Quizá todavía puedas pillarla. El ascensor está justo detrás de esa puerta.

Hunter le dio las gracias, pero usó las escaleras para subir. No estaba dispuesto a meterse en ninguna caja de acero si podía evitarlo. En la primera planta, el hospital se transformaba en un bosque de fantasía pintado con tonos turquesa y fucsia.

Un niño desprovisto de pelo pasó junto a él, arrastrando consigo el soporte para el suero. Hunter tragó saliva, con fuerza.

Estaba a punto de dirigirse otra vez a las escaleras, pensando que había cometido un error, cuando la vio. La doctora Barbara Leroy estaba en el pasillo, hablando con una pareja joven. Se disculpó y caminó deprisa hacia él en cuanto se percató de su presencia.

Era alta para ser mujer. Cuando llevaba tacones, ella y Hunter medían casi lo mismo. También era atractiva y no pudo evitar pensar que aún lo sería más, si no pareciera siempre agotada.

—¿Hunter? Me enteré de que te habían soltado. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscarte. Pero eres... —Hizo un gesto a su alrededor.

—Pediatra, sí. ¿Eso te asusta? —le dijo, guiñándole un ojo.

Se habían conocido nueve años atrás, en el hospital de la prisión. Barbara trabajaba allí como voluntaria en semanas alternas. Había tenido mucha suerte de que hubiera sido ella quien había estado de guardia aquella noche, cuando le atacaron en las duchas. Hunter sabía que Barbara Leroy era la única razón por la que él seguía con vida.

En su segundo encuentro, Barbara le dio puntos después de una fuerte paliza. Aunque Hunter no respondió a ninguna de sus preguntas, logró enterarse gracias a uno de los guardias de que la había recibido intentando defender a un interno recién llegado.

Sabía que eso había cambiado la impresión que Barbara tenía sobre él, pero a Hunter le ponía enfermo vivir en un mundo en el que proteger de una paliza a un chico de diecisiete años pudiera sorprender a alguien. En cualquier caso, tras aquel incidente habían entablado una cierta relación. Quizá Barbara era la única que sabía lo duro que había sido todo para él durante un tiempo.

Hunter no tenía reparos en aprovecharlo si con ello conseguía ayudar a su madre.

—¿Pediatra? —repitió en voz baja.

—Un médico para niños, ¿comprendes? Me encargo de la «gente pequeña». —Una sonrisa iluminó su rostro. Si ya era atractiva antes, ahora se transformó en una auténtica belleza—. Me miras como si acabaras de descubrir que soy veterinaria o algo así.

—No, solo me sorprende que trabajes al mismo tiempo con niños y con... gente como yo.

—«Gente como tú». —La doctora rio—. Hunter, creo que ya hemos tenido esta conversación. Dime, ¿por qué has venido?

Hunter posó la mano sobre su brazo con suavidad.

—Creo que nunca llegué a darte las gracias, doctora. Por todo. Sin embargo, estoy aquí para pedirte un favor. Mi madre no se encuentra bien. Tenía la esperanza de que... de que vinieras conmigo a la granja para verla.

Barbara se quedó callada durante un momento. A Hunter le pareció normal que vacilara. Una cosa era hablar con él esposado y rodeada por guardias y otra muy distinta, meterse con él dentro de un coche.

Las palabras «violador» y «monstruo» cruzaron su mente.

—Te pagaré —añadió de forma innecesaria.

Sin embargo, antes de que la doctora Leroy tuviera oportunidad de contestar, otra persona habló desde atrás.

—¿Qué demonios está usted haciendo, señor Fowler? Quítele las manos de encima.

Hunter no necesitó mirar, pues reconoció la voz de la sheriff Bowmann. Dio un paso atrás con cautela, mientras la sheriff se acercaba con una bolsa enorme en los brazos.

Hunter encorvó los hombros y mantuvo las manos bajas con las palmas hacia dentro, tratando de hacerse tan pequeño como fuera posible.

—¿Te está molestando, Barbara?

—Ya me iba —dijo Hunter en un susurro. No entendía por qué sentía la necesidad de darle explicaciones a la sheriff—. Es por mi madre. Esperaba que la doctora Leroy pudiera venir a la granja a verla.

—Iré contigo, Hunter —dijo la doctora Leroy—. Dame un segundo para que coja mi maletín.

Los hermosos ojos azules de la sheriff se suavizaron durante un instante antes de tornarse fríos de nuevo.

Hunter no dijo nada. Quería gritarle, decirle que era culpa suya que su madre necesitase un médico, pero pudo contenerse a tiempo. En cualquier caso, no creía que fuera cierto. Si su madre estaba enferma, la culpa era solo suya.

—Llámame en cuanto llegues, Barbara. Para saber que estás bien —dijo la sheriff de forma significativa.

Una sonrisa lúgubre cruzó la cara de Hunter al comprender las implicaciones de aquellas palabras. Forzó una expresión neutra mientras mantenía sus manos caídas y sin fuerza a ambos lados. Con tal de que la doctora Leroy le acompañara, habría sido capaz de arrastrarse.



## **Natalie**

De camino a casa, Natalie había pasado por el hospital para llevar a los niños una bolsa de regalos que habían dejado en la comisaría. Le gustaba pasar un rato con ellos, pero el encuentro con Hunter la había distraído y había tenido problemas para concentrarse durante la visita.

Al salir del establecimiento, recibió el aire cálido de la tarde y caminó decidida hacia su coche. Iba a cenar con Emma, aquella noche. Por eso, cuando sonó el teléfono, Natalie pensó que era su amiga para preguntarle dónde demonios estaba.

Pero no era Emma. Era Rob y su voz brusca a través del auricular la puso en guardia.

—¿Dónde estás, sheriff?

—De camino a casa. ¿Qué ocurre, Rob?

—Tienes que venir al puerto ahora mismo. Ha aparecido el cadáver de una mujer.

Natalie se concentró en respirar. A veces, la gente moría. El verano anterior, un turista había fallecido de un ataque al corazón mientras pescaba durante una excursión. Y, dos años atrás, un adolescente problemático que venía de la ciudad se había arrojado desde los acantilados que daban nombre a Sharp's Cove.

—¿Cómo ha muerto?

—Ven ahora mismo, Natalie. Ha sido asesinada.

Natalie palideció. La gente no moría de forma violenta en Sharp's Cove. No era una comunidad conflictiva. No lo había sido desde hacía... trece años.

Llamó a Emma de camino al coche.

—Lo siento, Em. Vamos a tener que dejarlo para otro momento.

—No pasa nada, Nat. Pero si me quedo en casa, sé que voy a acabar sustituyendo la cena por una ración de helado, así que tendrás que acompañarme mañana al gimnasio para que te perdone.

Natalie murmuró afirmativamente, pero solo la escuchaba a medias.

—¿Estás bien, Nat?

—No lo sé, Em. No lo sé. ¿Te puedo llamar mañana?

—Claro. Cuídate, Nat.

Para cuando colgó el teléfono, el puerto estaba ya a la vista. No era gran cosa, pero se trataba de uno de los motores económicos de Sharp's Cove, aunque el dinero de verdad ya no provenía de la pesca en sí. La gente acudía allí para ver cómo era la vida en una pequeña ciudad pesquera y había que ofrecerles comida y entretenimiento. Era un buen negocio, más de lo que había sido nunca la pesca, así que cuidaban muy bien del puerto y se aseguraban de que los muelles estuvieran siempre limpios y pulcros.

Natalie se dirigió directamente hacia las luces del coche patrulla de Rob y aparcó el SUV al lado. Se detuvo unos segundos para coger fuerzas antes de abandonar el coche.

—Natalie... Sheriff, me alegro de que estés aquí. —Rob se acercó a toda prisa a su coche para abrirle la puerta. Natalie aún esperó antes de salir. Aunque confiaba implícitamente en Rob, no le gustaba tener a un hombre tan cerca.

El cadáver estaba en el muelle sur, iluminado por la luz amarillenta de una farola de pocos vatios. Alguien lo había cubierto con una manta, pero todavía se le veían los pies. Natalie los analizó mientras se acercaba. Uno estaba descalzo, pero el otro aún llevaba una delicada sandalia de tiras. Las uñas estaban pintadas de un rosa intenso. Era el color que habría elegido una mujer joven, igual que esas sandalias. Natalie sintió cómo su corazón palpitaba con fuerza contra su pecho. Las chicas jóvenes no se morían de pronto, así como así.

—¿Quién la ha tapado? —preguntó.

—Fue Joe. Iba de camino al barco cuando la vio. Nos llamó de inmediato, pero me dijo que no fue capaz de dejarla ahí sin más.

Conocía a Joe. Era un pescador local de más de sesenta años. Natalie había ido al colegio con su hijo. Joe quería que el chico siguiera sus pasos, pero había acabado trabajando como profesor de lengua y literatura y solo volvía a Sharp's Cove por Acción de Gracias.

—¿Dónde está Joe, ahora?

—En su barco, The Savannah, esperando a que le llamemos.

«Y probablemente echando un trago».

Una de las mayores ventajas e inconvenientes de una ciudad pequeña era que todos se conocían muy bien. Joe Dante había sido un borracho desde antes de que Natalie naciera.

Se arrodilló junto al cadáver.

—¿Tocó algo?

—Dice que no.

Natalie se inclinó y retiró la manta.

—¿Has llamado...?

Las palabras murieron en su garganta cuando vio su rostro.

«Joder».

Incluso con los enormes moratones alrededor del ojo y del pómulo, era imposible no reconocer a Lanie, la chica que los martes le servía el café en el J&J's Diner. Era hija de James y Jill y ese otoño habría comenzado su último año de instituto. Trabajaba en el restaurante familiar por las mañanas, antes de ir a clase y también durante los fines de semana. Natalie siempre le dejaba buenas propinas porque sabía que estaba ahorrando para la universidad. Soñaba con ir a una facultad en California. Eso ya no ocurriría.

Rob retiró el resto de la manta. La chica estaba desnuda y las terribles contusiones de su abdomen indicaban que había sido pateada o que la habían propinado puñetazos. Pero fue el pecho lo que captó su atención. Alguien había mordido su pezón, con fuerza. Natalie sabía perfectamente el aspecto que habría tenido aquella herida una década más tarde, de haber sobrevivido Lanie. Veía una igual cada vez que se miraba en el espejo.

Ahogó un sollozo al recordar la última vez que había visto a Lanie. Había sido en el instituto, donde a menudo impartía charlas sobre seguridad. Al principio, Natalie evitaba esas charlas, pues no quería convertirse en la parodia de una víctima de violación. Sin embargo, luego se dio cuenta de que los habitantes de aquella ciudad se preocupaban por ella y que compartir su historia, era una forma de concienciar sobre los abusos sexuales y una oportunidad de enseñar a los jóvenes a tomar la iniciativa y aprender a defenderse, si acababan encontrándose en una situación difícil.

Natalie no quería decirles a las chicas que no caminaran solas de noche o que evitaran los callejones oscuros. Esa no era la clase de ciudad que deseaba, pero sí quería que las mujeres jóvenes estuvieran pendientes de lo que ocurría a su alrededor, de un modo en el que ella nunca lo había estado. Se imaginó a Lanie entre el público, asintiendo enérgicamente y le entraron ganas de llorar.

De pronto, empezó a temblar y su mente olvidó todo lo que sabía sobre técnicas policiales. Quería encogerse sobre sí misma y desaparecer.

Entonces Rob echó a correr en dirección al agua. Apoyó las manos sobre sus rodillas y vomitó.

En ese momento, Natalie recordó su formación. Inspiró una profunda bocanada de aire y

luego otra. Podía hacer frente a aquella situación. Lanie necesitaba que se sobrepusiera.

—Rob —dijo, decidiendo ignorar que su ayudante acababa de echar hasta la primera papilla—. Ve al coche patrulla y coge la cámara del maletero. Tenemos que hacer fotos del cuerpo tal y como lo hemos encontrado.

Deseoso de alejarse del cadáver, Rob se movió muy rápido para un hombre de su envergadura. Natalie estudió el cadáver con mucha atención. No podía permitirse perder ningún detalle.

Cuando volvió con la cámara, las manos de Rob temblaban tanto que creyó que no sería capaz de tomar una sola fotografía, así que Natalie cogió la SLR y empezó a presionar el disparador. Hacía un par de años había recibido un curso de tres días sobre fotografía policial. La mayor parte estaba orientada a enseñarles a documentar accidentes de tráfico, pero una sesión versaba sobre fotografía forense. Hasta aquel momento no había encontrado la ocasión de poner aquellos conocimientos en práctica.

—¿Rob? Hay que traer a Charlie.

Charlie Simms era el propietario de la única funeraria de la ciudad. Sharp's Cove era demasiado pequeña para tener su propio médico forense. Al principio, enviaban la ambulancia local para retirar los cuerpos y llevarlos a la morgue del hospital cuando era necesario, hasta que un día, años atrás, habían recibido una llamada para atender una emergencia sanitaria mientras retiraban un cadáver. Eso había evidenciado la necesidad de resolver el asunto de otra manera. Charlie Simms, de la Simm's Funeral Home, se había ofrecido a encargarse sin cobrarle nada a la ciudad. A veces, los cadáveres acababan de nuevo en su funeraria tras visitar la morgue y, en otras ocasiones, la familia celebraba el funeral en otra parte. En cualquiera de los casos, Charlie consideraba su labor un servicio público y nunca protestaba.

—¿Charlie? —dijo Rob. La mano con la que sujetaba el teléfono temblaba—. Tenemos un cadáver. Te necesitamos aquí, ahora.



## *Natalie*

El reloj del salpicadero marcaba las nueve y media de la noche. Natalie suspiró. Habían ocurrido tantas cosas en la última hora, que pensó que sería mucho más tarde. El cuerpo de Lanie estaba de camino a la morgue. Natalie se había detenido en casa de sus padres para darles la noticia. Trató de no pensar en cómo los ojos de Jill habían ido perdiendo brillo a medida que hablaba.

Y aún no sabían lo peor. El doctor Stephen Ford era el médico con más experiencia y debía confirmarlo tras examinar el cadáver, pero Natalie estaba convencida de que habían abusado sexualmente de Lanie antes de morir.

Era tarde, pero en aquellas circunstancias cada momento era crucial. El doctor Ford y Rob estaban de camino al hospital. En cuanto los padres de Lanie hubieran identificado el cuerpo, ambos pasarían a la acción. Era un equipo pequeño, pero trabajarían tan duro como fuera necesario. No podían fallarle a Lanie y a su familia.

Mientras tanto, Natalie iba a investigar un poco por su cuenta. Rob había intentado disuadirla. Sabía exactamente a dónde pensaba ir y llegó a sugerirle que quizá necesitaría apoyo policial. Pero no hacía falta. Natalie ya no era una chiquilla asustada de dieciocho años. Si Hunter Fowler estaba involucrado en la muerte de Lanie, iba a hacerle pagar.

Había estado vigilando a Hunter Fowler durante el último mes; no había cruzado más de diez palabras con nadie. Había mantenido un comportamiento reservado, algo que Natalie esperaba que no cambiase.

Detestaba que su mente le jugara malas pasadas. Si hubiera visto a Hunter por la calle, le habría considerado un hombre atractivo. Pero cuando cerraba los ojos se lo imaginaba sobre ella, aprisionándola con esos poderosos muslos, mientras sus ojos grises la observaban como si pudieran leerle el pensamiento.

Apagó las luces del coche antes de tomar el sendero de acceso a la granja y condujo a oscuras durante el resto del trayecto. La luna brillaba alta en el cielo, casi llena, así que podía ver el camino sin problemas. Cambió la pistola a la mano derecha para sentir su peso, sólido y reconfortante. Aunque podía disparar con ambas, su derecha era más firme. Si alguien iba a morir en aquella ocasión, ella se encargaría de apretar el gatillo.

Las luces de la casa se encendieron y Natalie oyó ruidos en el interior en cuanto llegó al porche. La puerta principal se abrió y salió Barbara, sonriendo. La seguía Hunter Fowler, con la misma camisa y los mismos vaqueros que había llevado aquella tarde en el hospital.

Barbara la miró sorprendida. Luego se cubrió el pecho con las manos.

—¿Natalie? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Apártate de él, Barbara. —Natalie indicó con la pistola—. Tú. Las manos donde pueda verlas. Sal del porche y ve al patio.

Hunter puso las manos sobre la cabeza, como si estuviera acostumbrado al gesto. Los músculos de sus brazos se flexionaron. Natalie se preguntó cuánto ejercicio habría hecho en la cárcel aquel cabrón para ponerse tan enorme. Se imaginó aquellas grandes manos apretando el cuello de Lanie para arrebatarle la vida y sintió el impulso de dispararle allí mismo.

—Estoy bien, Natalie. Hunter iba a llevarme ahora a...

—Cállate, Barbara. Te he pedido que te apartes. Mejor dicho, métete en el coche patrulla y espérame dentro.

La boca de la doctora permaneció abierta en un gesto que habría resultado cómico si la

situación no fuera tan dramática. Estaba claro que no estaba acostumbrada a que la trataran de ese modo.

—Yo... Vale, de acuerdo.

—¿De qué va esto, sheriff? —dijo Hunter, arrastrando las palabras—. ¿Acaso la doctora Leroy tiene toque de queda?

Hablaba con calma, en voz baja, pero tenía una expresión burlona.

«Serás hijo de puta».

—Las manos a la espalda. Vas a venir conmigo —le dijo desde atrás.

Natalie cogió las esposas y, por un segundo, pensó que iba a resistirse. La mirada de Hunter se ensombreció. Se dio cuenta de que tenía miedo. Sintió cómo su rabia crecía mientras se las ponía, ajustándolas primero a una muñeca y luego a la otra. Las apretó mucho más de lo necesario. Tendría que quitárselas pronto o le acabarían cortando la circulación. Hunter solo emitió un jadeo asustado cuando la primera esposa hizo clic, pero aparte de eso no pronunció sonido alguno, incluso cuando Natalie le empujó al asiento de atrás.

Barbara estaba sentada delante y ahora parecía asustada.

«Asustada de mí», pensó Natalie.

—¿Tu coche sigue en el hospital? Te dejaré allí.

La doctora asintió.

—¿De qué va todo esto, Natalie? ¿Qué...?

—No puedo discutirlo ahora, pero está claro que sabes cómo elegir a los hombres.

Nadie dijo nada más hasta que el coche patrulla entró en el parking del hospital.

—Es mejor que mantengas la boca cerrada, Barbara. Pronto te enterarás de todo.

Barbara salió del coche.

—No me lo digas dos veces, sheriff —dijo. Miró a Natalie con algo que podría haber sido lástima y luego se dirigió a Hunter, sentado en la parte trasera del vehículo—. Te llamaré mañana para ver cómo está tu madre.

—Gracias —respondió Hunter. Eran sus primeras palabras desde que le había esposado.

Observó a aquel monstruo sentado en la parte trasera del coche patrulla. Quería sacudirlo, asfixiarlo y hacerle confesar, pero debía cumplir el reglamento. No iba a permitir que acabara en libertad por un tecnicismo. Esta vez pasaría la vida entera en la cárcel.



## **Hunter**

«**N**o has vuelto a la cárcel. Solo estás en la comisaría. No has vuelto a la cárcel».

Hunter intentó tranquilizarse, a pesar de que todo estaba ocurriendo exactamente igual que la última vez. En aquella ocasión había tomado una decisión precipitada. Para cuando el alcohol se hubo disipado, ya era demasiado tarde para hacer nada sin incriminar a su hermano.

No se arrepentía ni por un segundo de haber ocupado su lugar. Sabía que podía sobrevivir a cualquier cosa, algo de lo que Jesse era incapaz. Aun así, lamentaba no haber sido lo bastante listo para lidiar con la situación de otra manera y que sus acciones hubieran permitido que hubiera un criminal suelto. Fuera quien fuera quien había hecho daño a Natalie —y había visto las suficientes fotografías como para saber el daño que le había causado— aún estaba libre. En aquel momento, había estado tan preocupado por su hermano que no se había parado a pensar lo que significaba para ella y para Sharp's Cove, que el verdadero culpable nunca hubiera sido atrapado.

A lo largo de los años, cada vez que había tenido acceso a un ordenador, había tratado de ponerse al día con las noticias de Sharp's Cove y las poblaciones aledañas. Se había producido una única violación en la zona, cuatro años más tarde. A Hunter se le había helado la sangre, pero resultó que el culpable había sido el capullo del exmarido de la víctima.

Siempre había sabido que acabaría lamentándolo y al parecer, había llegado la hora. Si volvían a meterle en prisión, ¿qué pasaría con su madre y con Jesse? Solo había hecho una pequeña parte de las reparaciones de la granja y su madre era demasiado mayor para ocuparse sola de todo.

Estar de vuelta en aquella sala era como vivir una pesadilla. Sus manos seguían esposadas y sujetas a una arandela de metal que había en la mesa frente a él. Le concedían el margen justo para estar de pie, pero no el suficiente para caminar alrededor de la mesa, por motivos obvios. Al menos, el agente que le había esposado en la comisaría le había aflojado un poco las esposas que le había puesto la sheriff. Su sangre podía circular de nuevo con libertad, pero todavía sentía un leve hormigueo en los dedos.

Trató de borrar de su rostro toda emoción y esperó.

Por fin, la puerta se abrió y entró la sheriff. Parecía exhausta, pero aún era capaz de mantener la compostura, su espalda recta como la de una bailarina. Hunter se sorprendió otra vez de lo atractiva que era, pero apartó el pensamiento, distrayéndose con imágenes de lo que había sucedido muchos años atrás y con la sensación de que era culpa suya que el atacante siguiera libre.

Cuando Natalie habló, su voz sonó dura como el acero.

—¿Has vuelto a las andadas, Hunter?

«¿Se trata de una broma?».

—He cumplido mi condena —dijo. De pronto, sintió la lengua reseca. No podía condenarle dos veces por el mismo crimen, ¿verdad? No era de esos presos que había estudiado Derecho en prisión. Al fin y al cabo, él no trataba de apelar su sentencia. Por eso había preferido sacarse una licenciatura en Económicas. Pero ahora deseó haber prestado más atención. Por lo que él entendía, no podían devolverle otra vez a la cárcel.

Natalie le obsequió con una sonrisa fría.

—Eres un hijo de puta desalmado. ¿Te gustan jovencitas, eh?

Hunter cerró los ojos y los abrió de nuevo. Deseó que todo aquello fuera una pesadilla de la

que fuese a despertar pronto.

—Por favor —suplicó—. No puedo seguir haciendo esto.

—¿No puedes seguir haciendo esto? Maldito cabrón, ¡tenía diecisiete años! —gritó Natalie, lo bastante cerca como para que Hunter pudiera oler su aliento mentolado. La sheriff sacó tres fotografías de la carpeta de manila que llevaba en la mano. Aunque eran en blanco y negro, la virulencia de las imágenes resultaba tan evidente como si hubieran estado impresas a todo color. Mostraban a una mujer joven desnuda sobre un suelo de tablas. Hunter comprendió enseguida, por la pose antinatural del cuerpo, que estaba muerta. Había marcas en el cadáver, moratones, sangre...

Agarró una papelera que había visto antes junto a la mesa y vomitó. Se limpió la boca con una mano temblorosa antes de alzar la vista y confrontar a la sheriff. La descubrió observando sus manos. Hunter bajó la mirada. No había marcas que indicaran que hubiera participado en un forcejeo. Pero como mínimo doblaba en tamaño a la chica muerta. La ausencia de heridas no sería suficiente.

—No lo hice —susurró—. Por favor...

—¿Por favor? —se burló—. ¿Me estás pidiendo ayuda *a mí*? ¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que dije «por favor»? ¿La última vez que dije «no»? ¿Recuerdas lo que me hiciste?

Hunter miró en dirección a la papelera como si fuera a necesitarla otra vez.



## Natalie

Por fin lograba hacerle mella. Comprobó cómo los labios carnosos de Hunter Fowler se estremecían y sus ojos se volvían vidriosos. Su mandíbula cuadrada tembló. Natalie aguardó a que perdiera por completo el control.

«Vamos, confiesa. Por Lanie. Por mí».

Alguien interrumpió al llamar a la puerta. Natalie desvió la vista y, cuando volvió a posarla sobre Hunter, comprendió que había perdido la oportunidad. El hombre apenas se había movido, pero su espalda estaba recta como un palo, apoyada contra la silla y sus ojos oscuros y grises estaban perdidos en el vacío.

Rob asomó la cabeza y dijo:

—Necesito que venga aquí, sheriff.

Natalie siseó, furiosa por la interrupción.

—Iba a confesar su autoría —dijo tan pronto como hubo cerrado la puerta.

—No la de este crimen, Natalie, te lo garantizo —le dijo Rob—. El doctor Ford acaba de llamar. Lanie fue asesinada entre las seis y las ocho de la tarde. El asesino debió de deshacerse del cuerpo en cuanto acabó con su vida.

—¿Y? —preguntó con frialdad.

—Sé que deseas que fuera él, sheriff, pero la doctora Barbara Leroy ha venido a la comisaría. En el hospital, se ha enterado de lo que ha ocurrido. Asegura que Hunter Fowler estaba con ella desde antes de las seis. Que te vieron en el hospital y luego se marcharon juntos.

Natalie asintió. No podía ser una coincidencia. Hunter sabía algo, lo había visto en sus ojos. Pero era innegable que *estaba* en el hospital justo antes de las seis.

—Tenemos que dejarle marchar, sheriff. Me sorprende que aún no haya pedido un abogado.

Natalie reflexionó. Hunter no había solicitado un abogado en ningún momento. Se preguntó cuál sería el motivo. Quizá no había ninguno.

—Tenemos que soltarlo, sheriff.

«No quiero soltarlo. Lanie se merece que atrapemos al culpable para encontrar un poco de paz».

Sin pronunciar palabra, se dio la vuelta y entró de nuevo en el cuarto. Sacó la llave de las esposas y liberó las manos de Hunter. El metal le había dejado las muñecas en carne viva, pero él no dijo nada.

—Parece que es usted libre de marcharse, señor Fowler. Su amiga, la doctora Leroy, nos ha contado que estuvo con ella toda la tarde.

Hunter le devolvió la mirada con sus ojos grises. En ellos no había la menor vacilación.

—Sabes que estuve con ella.

—No abandone la ciudad, señor Fowler. Tendré que interrogarle de nuevo.

Hunter se puso en pie, alzándose por encima de ella. Natalie se puso tensa. Esperaba sentirse amenazada por aquel hombre, pero se sorprendió al darse cuenta de que no era el caso.

—Me encontrarás en la granja —dijo—. No pienso largarme a ninguna parte. —Se dirigió hacia la puerta, con zancadas casi despreocupadas, como si no quisiera largarse a toda prisa de allí. Justo antes de atravesarla, se giró hacia ella—. ¿Quién es la chica?

Natalie se sorprendió. Todo el mundo en aquella ciudad sabía quién era Lanie, pero quizá él no. Había sido una cría cuando Hunter había entrado en prisión. Puede que no la conociera.

Aun así, Natalie ignoró la pregunta.

—Si fuiste tú, te haré pagar —añadió con frialdad.

Hunter sostuvo su mirada durante un momento. Parecía estar decidiendo si hablar o guardar silencio. Por fin, inhaló profundamente y dijo en voz baja:

—Yo no lo hice, sheriff. Sé que deseas que haya sido yo, pero tienes que empezar a buscar a otra persona.

Ella le siguió hasta la puerta que conducía a la calle. Era medianoche y salió con las manos en los bolsillos para protegerse del aire fresco.



## *Natalie*

A las nueve de la mañana, Natalie estaba de vuelta en la granja de Hunter Fowler. Quizá no podía demostrar que lo hizo, pero no pensaba darle un momento de descanso. Si había matado a Lanie, iba a pagarlo.

Hunter salió de casa con los mismos vaqueros azul marino de la noche anterior y una camiseta blanca. Aunque estaba floja a la altura de la cintura, se ceñía a la perfección en torno a los músculos de sus brazos y sus hombros. Natalie se avergonzó por experimentar aquel sentimiento de admiración.

«Pero ¿qué cojones me pasa?».

—Sheriff Bowmann —la saludó Hunter. No parecía sorprendido de verla. Tenía el pelo corto húmedo, como si hubiera salido de la ducha hacía poco. Había vuelto a casa caminando en mitad de la noche, así que sabía que no había podido dormir demasiado, pero aun así, no daba la impresión de estar cansado.

Al contrario que ella. Natalie no necesitaba un espejo para saber que tenía unas profundas ojeras. Observó con envidia la taza humeante que Hunter llevaba en la mano.

—¿Cómo se encuentra tu madre? —le preguntó.

—Todavía está dormida —respondió. Luego bajó la voz—. No sabe nada de todo esto y me gustaría que, si es posible, siguiera siendo así.

Ella no pudo evitar una risita.

—¿No quieres que sepa que su hijo es un violador? —Hunter se encogió como si le hubieran golpeado—. Eso es lo que eres, ¿sabes? Un violador.

Hunter mantuvo su rostro desprovisto de toda expresión.

—¿A qué ha venido, sheriff?

—Quiero registrar tus pertenencias.

Él suspiró.

—Se encuentra en el lugar equivocado, sheriff. Yo no le hice nada a esa chica.

Natalie miró en dirección a la casa.

—Entonces no te importará que eche un vistazo a tus cosas. Vamos, dame el gusto —le dijo—. Puedo ofrecerle una excusa a tu madre. No quiero que sufra.

La nuez de Hunter subió y bajó cuando tragó saliva con fuerza.

Por fin, asintió.

—De acuerdo. Pero no vivo en la casa, solo he entrado a por café. Vivo en el granero. —Apuntó en dirección al edificio destartado.

—¿En el granero?

«Bien hecho, Natalie. Dedícate a repetir todo lo que dice».

—Quería estar solo.

«Un violador querría estar solo».

—No es lo que piensas —dijo Hunter—. Inspecciona mis cosas, si quieres. Simplemente, no quería vivir con nadie más.

—Firma esto para confirmar que estás de acuerdo con el registro. —Natalie sacó un bolígrafo y señaló la parte inferior del documento.

Hunter lo leyó con rapidez y firmó.

—Vamos, llévame al granero —le dijo, esperando a que Hunter tomara la iniciativa.

«No pienso darte la espalda ni un segundo».

Él asintió con tristeza. Dejó la taza de café en una mesa desvencijada del porche y se dirigió hacia el granero. Natalie estaba a punto de entrar, cuando un ruido detrás del edificio captó su atención. Era un sonido muy fuerte de alguien golpeando algo. Su mano se dirigió inmediatamente a la pistola y apuntó primero a Hunter y luego en dirección al ruido.

Caminó hasta la esquina del granero.

Al otro lado había un hombre sujetando un hacha enorme.

—¡Quieto! —Natalie apuntó a su pecho—. ¡Suelta eso!

El hacha proseguía su movimiento inexorable. El corazón de Natalie latía a mil por hora hasta que comprendió que la herramienta se dirigía hacia un tronco.

—¡No! —Hunter se interpuso entre ella y el hombre—. Solo es mi hermano, Jesse. Está cortando madera para el invierno.

Aquella persona era la viva imagen de Hunter, aunque más delgada y con el pelo más largo. No llevaba camiseta. El hermano pequeño, recordó Natalie. Conocía su existencia, pero lo había olvidado.

«Si me asusta un tipo cortando leña es que estoy perdiendo los papeles».

—¿Hemos hecho algo malo, Hunter? —preguntó Jesse, confuso.

—No, no pasa nada, Jesse. Haz lo que ella te diga —dijo Hunter, con suavidad.

Natalie bajó el arma. Estaba a punto de darse la vuelta para volver con Hunter al granero cuando, súbitamente, su mente comprendió lo que acababa de ver. Se alejó para observar a su hermano. Hunter trató de quedarse entre ambos y ella alzó la pistola de nuevo.

—Contra la pared, Hunter —le ordenó—. Si mueves un solo músculo, te disparo.

Parpadeó varias veces para confirmar que la luz del sol no la estaba traicionando. Pero no. Allí, en tinta negra algo desvaída por el tiempo, pero muy real, se encontraba la oscura ave rapaz de sus pesadillas. Era un águila calva. A Natalie le pareció que se le iban a salir los ojos de las órbitas, mientras el hombre dejaba el hacha en el suelo. Sus pectorales se agitaron con el gesto y el águila de su pectoral izquierdo aleteó frente a ella.

«Está sacudiendo las putas alas».

De pronto, Natalie estaba de nuevo en el callejón oscuro, con aquel cuerpo duro y caliente sobre ella. Recordó el dolor que había sentido cuando todo hubo terminado. Aunque la peor sensación era interna, su seno también palpitaba de dolor. Se había tocado el pecho y, al retirar la mano, descubrió que estaba manchada de sangre.

Entonces un coche había cruzado frente a ellos. Había iluminado el callejón durante un instante y Natalie había visto cómo el águila sacudía las alas. Recordó algo que había olvidado: la forma en la que el hombre había intentado empujar su vestido contra ella. El dolor que había sentido cuando le tocó sus costillas había sido insoportable. Le pareció que se moría. Y gritó.

Natalie sintió que perdía el equilibrio. Que podía desmayarse.

Y entonces escuchó la voz de Hunter Fowler. Estaba apoyado contra la pared del granero, como le había ordenado.

—¿Sheriff? Por favor, baje el arma —dijo en un susurro—. Mi hermano no supone ninguna amenaza.

Hizo ademán de avanzar en su dirección.

—Contra la pared. No te acerques más —le ordenó Natalie.

Inspiró y expiró una y otra vez, como le había enseñado su psicóloga.

—Te juro que no vamos a hacerte daño.

—¿Lo juras? Maldito cabrón.

Su hermano habló con una voz que no se parecía en nada a la de Hunter. Era el gimoteo de

un niño en la voz de un hombre adulto:

—¿Por qué el sheriff te habla así, Hunter? No hemos hecho nada.

De pronto, las piezas del puzle comenzaron a encajar en su cabeza. Había cosas que hasta ese momento no tenían sentido y era porque aquellos hombres habían estado engañándola durante todo ese tiempo.

—No pasa nada, Jesse —dijo Hunter, hablando a su hermano con suavidad—. La sheriff solo está haciendo su trabajo. —La miró—. ¿Te importa si entra en la casa?

Natalie le observó como si estuviera loco. No iba a dejar que ninguno de los dos abandonara su campo de visión.

Los ojos grises de Hunter se pusieron vidriosos. Fue como ver el hielo de un glaciar derretirse.

—Por favor, solo para comprobar que mi madre está bien —insistió—. Te lo explicaré todo, lo prometo.

Natalie se mordió el labio. Las ganas de saber al fin la verdad eran abrumadoras.

Hizo un vago ademán con la pistola para hacerle entender lo mucho que podía perder si la mentía: su pobre y patética vida. Por fin, asintió.

—Muy bien, Jesse. ¿Puedes ir a casa a ver cómo está mamá?

—No quiero dejarte solo con ella, Hunter. Parece muy enfadada.

—No va a hacerme daño, Jesse.

«Yo no estaría tan segura».

—A lo mejor le puedes hacer a mamá un buen chocolate cuando vayas.

A Jesse se le iluminó la cara.

—Podría hacer chocolate para todos —dijo.

Hunter asintió y se quedó inmóvil hasta que su hermano entró en casa. Luego se apoyó contra la pared del granero, como si, de pronto, algo hubiera empezado a dolerle.

—Así que ese es tu hermano pequeño —dijo Natalie.

Hunter la miró.

—Solo por cinco minutos.

—Sois gemelos... —dijo, más para ella que para él. Aunque la vida les había empujado en direcciones distintas, doce años antes podrían haber sido casi idénticos.

—Quítate la puta camiseta —le ordenó.

—No lo hagas, Natalie —suplicó Hunter.

—Para ti soy la sheriff Bowmann, Fowler. No te lo voy a pedir dos veces. ¡Quí-ta-te-la!

Él suspiró y se deshizo de la camiseta. Mientras lo hacía, Natalie trató de no fijarse en los músculos cincelados en su vientre. Entonces vio el tatuaje. Era un pájaro en el lado izquierdo de su pecho, pero más pequeño que el águila de su hermano. Una versión más tosca y sin alas batientes. Desde luego, no era el pájaro de sus pesadillas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por eso el pájaro no estaba bien. No dejé de insistir durante el juicio, pero nadie me creyó.

Él asintió, avergonzado.

—Sabía que recordarías el águila. A Jesse le engatusaron para tatuársela cuando teníamos dieciséis años. Una tarde le dejé solo. Quería salir por ahí. Y ciertos individuos a los que consideraba sus amigos le convencieron para hacerse el tatuaje. Ni siquiera era consciente de que era permanente.

—¿Dónde te hiciste el tuyo?

Hunter se deslizó por la pared hasta acabar sentado, como si sus piernas no fueran capaces de

sostenerlo.

—En prisión, mientras esperaba al juicio. Lo dibujé tal y como lo recordaba. El tipo que me lo tatuó no era muy bueno, pero fue suficiente.

—No fuiste tú... —dijo. No era una pregunta, sino una afirmación.

—No fui yo —confirmó con una mirada apesadumbrada. Ahora Natalie entendía por qué no se había sentido amenazada por él. No era su violador. No era él quien le había hecho tanto daño. Pero entonces...

—¡Hijo de puta! ¡Fue tu hermano! Le protegiste para que no tuviera que pagar por lo que me hizo.

Hunter alzó la mirada, alarmado.

—¡No, no fue él! Él no te hizo nada.

Ella rio y su voz alcanzó un tono histérico.

—¿No fue él? Te recuerdo... A él... sobre mí. —En aquel momento, Natalie odió a Hunter más de lo que le había odiado nunca—. Debería matarte ahora mismo.

Hunter sacudió la cabeza, como si estuviera atrapado en una pesadilla.

—Por favor, tienes que creerme. Jesse no lo hizo. Llegó a casa temblando y me contó lo que había pasado. Estaba tratando de devolverte el vestido. No se dio cuenta de lo que había... —Hizo una pausa y se pasó la mano por el cabello corto y oscuro—. Joder.

—Tienes dos minutos para explicarte antes de que os arreste a ambos. Esta vez iréis los dos a prisión por lo que le hicisteis a Lanie.

Ahora que Hunter había empezado a hablar era como si no pudiera detenerse.

—Jesse es mi hermano gemelo. Fue un parto difícil; se quedó sin oxígeno durante demasiado tiempo y... Siempre va a comportarse como un niño de siete años. Pero él no fue quien te hizo daño.

—Le recuerdo *a él* —repitió Natalie, enfatizando las palabras—. Estaba encima de mí.

Hunter suspiró, como si todo aquello le causara un gran dolor.

—Te encontré después. No sabía lo que te había ocurrido. Estaba intentando devolverte el pedazo arrancado del vestido. Puedes preguntárselo tú misma.

La mente de Natalie comenzó a albergar una sombra de duda. Volvió a recordar los ojos abiertos por la sorpresa y el modo en el que había agitado las manos a su alrededor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Sé que es tu hermano, pero...

—Tras el juicio, pedí a mi madre que le llevara al médico en la ciudad. Confirmaron lo que yo ya sabía. Jesse no tiene los impulsos sexuales de un hombre adulto. No es violento. Te lo juro, Natalie. Él no lo hizo.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Todo aquello en lo que había creído durante los últimos doce años se estaba desmoronando.

—Si estabas tan seguro ¿por qué tu madre lo llevó al médico?

—Estaba seguro al 99,99%, pero necesitaba tener ese 0,01% de certeza. —Hizo una pausa—. De verdad que lo siento.

A Natalie le daba vueltas la cabeza. Por fin, su mente llegó a la conclusión lógica.

—Entonces, si ni tu hermano ni tú lo hicisteis, el hombre que me violó quedó en libertad.

Hunter apretó los dientes con tanta fuerza que su mandíbula se puso blanca.

—Lo sé. Y he tenido que vivir con ello durante los últimos doce años. Nunca voy a perdonármelo. Como no ocurrió nada mientras estaba en la cárcel, pensé que se había ido y que no corrías peligro. Pero la chica cuya foto me enseñaste ayer...

—Su nombre es Lanie.

—Lo siento —repitió avergonzado.

—¿Lo sientes? Eso se dice cuando pisas a alguien en la calle por accidente, o le manchas con un poco de helado. En este caso, decir «lo siento» no basta, Hunter. ¿Sabes lo que me hizo ese animal? ¿Sabes lo que le hizo a Lanie? Es culpa tuya que esté muerta.



## **Hunter**

El que dijera que confesarse era bueno para el alma, nunca había visto la expresión en el rostro de Natalie cuando empezó a asumir la verdad. Hunter sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

Alzó la mirada. No estaba dispuesto a seguir ocultándose.

—Sé lo que hizo ese hombre. —Había visto las fotografías durante el juicio. Contempló a la hermosa mujer que tenía delante y recordó las imágenes que el sheriff le había mostrado y las descripciones que había hecho el médico.

—Rechazaste que te representara un abogado, así que nadie se molestó en analizar el semen. Pero no habría coincidido.

Parecía estar hablando consigo misma. Él aguardó. Se odiaba por estar causándole tanto dolor, pero sabía que debía darle tanto tiempo como necesitase para aceptar lo que le había contado.

No había nada que pudiera decir para disculpar sus acciones. Se puso en pie, pero no se acercó a ella.

—Era joven y quería proteger a mi hermano. Jesse no habría sobrevivido en la cárcel.

—No pienso sentir lástima por ti —le dijo Natalie, mirando las cicatrices de sus brazos.

—Dios sabe que no es eso lo que te estoy pidiendo.

—Necesito retomar la investigación. Alguien ha matado a Lanie y ahora resulta que hemos tenido a un violador suelto durante todos estos años.

Hunter supuso que en aquel momento Natalie estaba haciendo elucubraciones.

—Esperó hasta que saliste de la cárcel para volver a las andadas. Sabía que yo iría a por ti. —Natalie miró su reloj de pulsera—. Necesito ir al hospital.

Hunter sabía que era mejor mantener la boca cerrada, pero no pudo evitarlo.

—¿Natalie? Debes tener cuidado. Este hombre... podría estar yendo a por ti.

—No me digas lo que tengo que hacer. Todavía no he decidido cómo actuar con respecto a ti y a tu hermano, pero ni se os ocurra largaros.

—Te lo dije anoche. Voy a quedarme aquí.

La vio incorporarse y caminar hacia el coche patrulla. Esperó hasta que el sonido del motor se perdió en la distancia, luego fue a buscar a su hermano y lo encontró sentado en el porche, tirando piedras a una pirámide de latas.

—¿Se ha marchado? —preguntó Jesse.

—Sí. —Hunter se sentó junto a su hermano y cogió una piedra. Falló el tiro.

—Estaba muy enfadada contigo.

—Natalie es buena persona. Lo que pasa es que está intentando resolver un problema difícil.

—Me acuerdo de ella, ¿sabes? Es la chica del vestido de verano, amarillo.

Hunter asintió, pero no dijo nada. Tenía sentido que Jesse recordara aquella noche. Nunca habían tenido la oportunidad de hablar de ello.

—He estado pensando en el otro hombre —dijo Jesse.

Hunter se detuvo con la piedra que acababa de coger en la mano.

—Jesse, ¿a qué hombre te refieres?

—Al hombre que tiró su vestido al suelo.

La mano de Hunter temblaba. Trató de ocultarlo escondiéndola en su regazo.

—¿Había un hombre? —preguntó con suavidad. No quería asustar a Jesse, pero tenía miedo

de que su hermano se cerrara en banda y no respondiera. Se preguntó si debía registrar la conversación de alguna manera para que la policía pudiera usarla como prueba. Sin embargo, tuvo que descartar la idea. Su teléfono era el modelo más barato que había encontrado en la tienda y ni siquiera tenía grabadora.

—Sí, un hombre grande, haciéndole daño. Pero luego se fue y yo cogí el vestido amarillo y se lo llevé.

—Oye, Jesse. ¿Vendrías conmigo a la oficina de Natalie para contárselo?

—¿No se enfadará? Estaba llorando.

—Creo que la ayudarías mucho si lo hicieras.

Jesse se encogió de hombros.

—¿Cuándo vamos? ¿Hoy?

—Quizá esta tarde. Antes necesito bajar a la ciudad para hablar con alguien.



## **Hunter**

Aunque Helen había madurado, Hunter aún pudo reconocer en ella a la primera chica con la que se había acostado. Ahora era una mujer atractiva y, además, abogada. Se había puesto en contacto con él muchas veces mientras estaba en prisión. Quería su permiso para echar un vistazo al caso. Helen había leído sobre él y no entendía por qué había rechazado la representación en el juicio y por qué no intentaba reducir su condena por buena conducta.

Hunter había ignorado todas sus cartas.

Sin embargo, aquel día, necesitaba la ayuda de Helen. Se sentó en su oficina. No era un lugar de alto standing, pero estaba limpia y bien amueblada. Se dio cuenta de que, sobre la repisa de la ventana había unos cuantos premios.

—Veo que las cosas te han ido bastante bien, Helen.

—Me alegro de que te guste mi despacho, Hunter. ¿Por eso has venido? ¿Para ver de qué color he pintado las paredes?

—Tan mordaz como siempre.

Helen sonrió con descaro. El gesto la hizo parecer mucho más joven.

—Garret opina lo mismo.

—¿Es tu marido? —Hunter cogió una pequeña fotografía enmarcada.

—Mi prometido. Nos casamos estas Navidades. Esa foto es de una de las épocas en las que estaba delgada —le dijo mientras señalaba su cuerpo voluptuoso.

—Hacéis buena pareja, ¡felicidades! —dijo Hunter con honestidad. Luego sostuvo firmemente su mirada, tratando de no dirigirla a su pronunciado escote. No quería que pensara que era un maldito perverso.

—Gracias. En honor a la verdad, Hunter, me sorprende que hayas venido. Lo cierto es que no has mostrado ningún interés en hablar conmigo, a lo largo de estos años.

—Recibí tus cartas —le dijo.

Ella salió de detrás del escritorio. Llevaba una camisa azul y una falda de tubo que bien podría haber aparecido en los sueños que tenía en la cárcel tras leer sus cartas.

—Lo sé. Me lo confirmó el alcaide.

—Gracias por escribirlas. Lamento no haber contestado. Simplemente, no era un buen momento.

—Ahora estás fuera —le dijo—. Me alegro. Tu caso fue uno de los motivos por los que me hice abogada, ¿sabes? Debo agradecerte que me ayudaras a encontrar mi vocación.

Helen enarcó una ceja de forma inquisitiva.

—No creí ni por un segundo que cometieras el crimen del que te acusaron.

—¿No? —dijo Hunter sorprendido. No sabía que había alguien, además de su madre, que hubiera dado la cara por él.

—¿Hunter Fowler? ¿El chico que solía cortar el césped del patio del capitán Finn por las noches, cuando este era demasiado mayor para hacerlo por sí mismo y luego le hizo creer que no crecía?

—Era un buen amigo de mi padre. —Hunter cambió de tema. No estaba allí para intercambiar recuerdos de infancia—. Necesito tu opinión profesional. Es sobre el caso.

—Dime qué te hace falta, Hunter. Pero antes dame un dólar como anticipo. Así te convertirás en mi cliente y no podré testificar en tu contra, en ninguna circunstancia.

Hunter sacó un dólar de su bolsillo y lo dejó sobre el escritorio. Todavía no se había

comprado una cartera. Odiaba bajar a la ciudad.

—Me preocupa que lo que te voy a decir...

—Has cumplido tu condena, Hunter. No se puede reabrir el caso.

—No estuve con Natalie esa noche —le dijo.

—Lo sospechaba.

—Estaba bebiendo con unos amigos. Jesse estaba en la ciudad y fue al cine. Fue él quien encontró a Natalie tirada en el suelo. No entendía lo que estaba viendo. Trató de volver a ponerle el vestido. Ella recobró la consciencia en ese momento y le vio.

—Oh, Dios, Hunter. ¿Qué hiciste?

Hunter hablaba cada vez más rápido, muerto de vergüenza.

—Jesse volvió a casa corriendo. Me lo encontré acurrucado en un rincón del granero, aferrando el vestido y con la sangre de Natalie en las manos. Pero me juró que no lo había hecho y le creí.

Entonces ella lo comprendió todo.

—Ocupaste su lugar.

Hunter asintió.

—Pensé que lo hacía por mi hermano y que era lo correcto, pero en realidad estaba siendo un cobarde. Es culpa mía que el violador de Natalie quedara en libertad.

—Y ahora ha vuelto a las andadas.

—¿Te has enterado?

—A estas alturas lo sabe todo Sharp's Cove. Los padres de esa pobre chica... —Helen pareció perderse en aquel pensamiento. Después volvió a mirarle con sus agudos ojos castaños—. ¿Así que Natalie anda detrás de ti?

Hunter sacudió la cabeza.

—Peor. Hoy ha visto a Jesse y le ha reconocido. Creo que la he convencido de que tiene que buscar al asesino en otra parte, pero está enfadada conmigo.

—¿Y te sorprende?

—No. Me merezco su desdén y cualquier otra cosa con la que quiera obsequiarme. Pero Jesse... ha recordado algo con respecto a esa noche. Dice que vio al hombre que cometió el crimen.

—Necesitas hablar con la sheriff, Hunter. Quizá tu hermano tenga la clave para encontrarle.

Hunter asintió.

—Lo sé. Esta vez quiero hacer las cosas bien. Pero ¿cómo puedo proteger a mi hermano?

—Creo que deberías confiar en Natalie. No va a castigar a tu hermano por algo que no hizo.

—¿Vendrás con nosotros?

Helen asintió.

—Me da la impresión de que ese anticipo es para tu hermano. No creo que tú necesites un abogado. Me reuniré con Natalie aquí, para que Jesse no tenga que ir a la comisaría.

—Gracias, Helen —le dijo mientras se ponía en pie. Helen apenas le llegaba al hombro, pero se las arregló para estirarse y abrazarle. Se quedó aferrada a su cuello durante varios segundos. Hunter se puso tenso. No estaba acostumbrado a que le tocaran. Por fin, Helen le soltó y le lanzó una mirada aguda.

—Te voy a dar un consejo gratis, Hunter. Como amiga, no como abogada. Creo que has pagado con creces por lo que hiciste. No deberías seguir castigándote.



## *Natalie*

—**L**ámame cotilla si quieres, Helen, pero ¿me puedes explicar qué hago en tu despacho? — preguntó Natalie.

Helen solo la sacaba tres años y se conocían desde siempre. A pesar de que habían sido vecinas cuando eran niñas, solo se habían hecho amigas en torno a los veinticinco, la franja de edad en la que la población de solteras de Sharp's Cove descendía abruptamente. A veces montaban una «noche de chicas» junto con Emma y Barbara. No lo hacían porque Natalie bebiera. No había probado una gota de alcohol desde el día que la habían asaltado y sabía que nunca volvería a hacerlo.

A menudo se preguntaba qué habría ocurrido si no hubiera bebido esa cerveza aquella noche. ¿Habría podido enfrentarse a su atacante y lo habría obligado a huir? ¿Habría tenido el valor de gritar con más fuerza? Nunca lo sabría. Pero se había prometido a sí misma que nunca volvería a perder el control, no importaba el motivo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, Natalie?

—¿Qué es esto, una de esas conversaciones de «no es por ti, es por mí»? ¿Qué pasa, Helen? —preguntó con impaciencia. Tenía un montón de trabajo que hacer y había quedado en el hospital con el doctor Ford para discutir los resultados de la autopsia, dentro de una hora.

Helen inspiró profundamente antes de responder:

—Hunter Fowler ha venido a verme esta mañana.

Natalie asintió. Como era habitual, la mención de su nombre le hizo estremecerse, pero en esta ocasión no sintió la ira que siempre experimentaba cuando pensaba en él. Le había dado muchas vueltas a lo que había dicho, aquella mañana. Ahora le resultaba difícil no pensar en él simplemente como en un hombre joven que había tomado una decisión espantosa.

—¿Le preocupa que vuelva a meterle en prisión de una patada en el culo?

Helen no se rio.

—No está preocupado por él, sino por su hermano.

—Entonces ¿te ha contado toda la historia? —preguntó Natalie.

—Sabes que Hunter y yo nos conocíamos de antes.

—Te refieres a «conocerse» en sentido bíblico, ¿no? —Natalie no recordaba mucho de aquella época, pero la relación entre Hunter y Helen había sido mencionada durante el juicio.

Helen hizo caso omiso a su interrupción.

—Está preocupado por Jesse. Le he dicho que no vas a causarle ningún daño. Pero hay algo que tiene que contarte.

—¿Hunter?

«¿Qué más no me ha contado?».

—Jesse. Hunter y él han estado hablando hoy y... Jesse ha dicho que recordaba algo sobre otro hombre. Hunter cree que podría ser la persona que te asaltó.

Natalie sintió un escalofrío de excitación. Aquella podía ser la clave que necesitaban para capturar al asesino de Lanie.

—¿Dónde está Jesse ahora mismo? —preguntó, tratando de proyectar una calma que no sentía.

—Hunter va a traerlo aquí. Fue idea mía. Pensé que le intimidaría reunirse contigo en la comisaría.

Natalie asintió. Tenía cierto sentido. Además, si Jesse recordaba algo, cuanta menos gente se

enterara, mejor.

—¿Estás actuando como amiga, Helen, o en tu condición de abogada?

Helen sostuvo su mirada.

—Ambas cosas. ¿Hay algún problema?

—Hablaemos con Jesse aquí, pero dile a Hunter que no dudaré en llevarlos a rastras a la cárcel, si hace algo que entorpezca mi investigación.

Media hora más tarde, comprendió por qué Helen era tan protectora con Jesse. Era difícil no congeniar con aquel amable gemelo infantil.

Mientras su hermano hablaba, Hunter permaneció encorvado junto a la ventana.

Natalie trató de no manifestar su decepción cuando Jesse mencionó a un hombre alto con sombrero y vestido de negro, pero fue incapaz de ofrecerle una descripción más detallada de su atacante.

«Estoy buscando a Batman».

Se obligó a recordarse que habían pasado casi trece años. Tenían suerte de que Jesse recordara algo de lo que ocurrió aquella noche.

Natalie cerró los ojos un momento y, súbitamente, vio la escena que Jesse le estaba describiendo, pero desde su punto de vista. El de la víctima.

Estaba sobre el pavimento duro y mojado. Recordó una figura grande y muy pesada sobre ella, deslizándose en su interior. Luego, aquella figura era reemplazada por la de un hombre algo más joven, con un enorme tatuaje de un águila cerniéndose sobre ella.

«Dos personas distintas».

Natalie abandonó el despacho de Helen a toda prisa y alcanzó el baño justo a tiempo. Se limpió la boca y se lavó las manos, con cuidado, secándolas mucho más de lo necesario, solo para ganar algo de tiempo.

Alguien llamó a la puerta.

—Estoy bien, Helen —dijo.

—Soy Hunter.

—¿Qué quieres?

Hunter abrió la puerta, pero solo un poco.

—¿Te encuentras bien?

—Define «bien». Las palabras de tu hermano también me han hecho recordar cosas. Por desgracia, no las suficientes como para atraparlo. —Natalie golpeó el lavabo con las manos, recreándose en el dolor. Necesitaba recordar—. Si no hubiera bloqueado los recuerdos de aquella noche, quizá habría podido evitar que matara a Lanie.

—Lo siento.

—Por favor, deja de decirlo. No ayuda.

Hunter permaneció en silencio.

—Estuviste doce años en la cárcel. —Era una afirmación, no una pregunta. Natalie no esperaba respuesta.

—Es mi hermano.

Natalie rechazó aquellas palabras. Era incapaz de respetar la decisión que Hunter había tomado para proteger a su hermano. No cuando, a consecuencia de ello, el violador seguía suelto y ya había asaltado a otra mujer.



Natalie no vio a Lanie al entrar. Alguien había colocado su cuerpo en una de las tres cámaras frigoríficas alineadas en una pared de la pequeña habitación.

El doctor Stephen Ford se acercó desde la puerta del extremo opuesto. Era un hombre rubio de rostro bronceado, pero en aquel momento tenía un aspecto ceniciento.

—No estoy preparado para esto, sheriff Bowmann. Soy médico de familia, no forense.

—Sabe perfectamente por qué tenía que ser usted, doctor Ford.

El hombre sonrió.

—Fui yo quien realizó su exploración después del ataque, el doctor que la trató. Y ahora quiere saber si esto fue obra de la misma persona.

Ella asintió.

—Siéntese, Natalie. Tiene aspecto de estar al borde del desmayo.

—Ha sido un día muy largo. ¿Qué ha encontrado?

—Lanie Jones fue violada. Pero eso ya lo sabía. El culpable actuó con una violencia extrema. No había visto desgarros internos tan graves desde... —La voz le falló. Volvió a intentarlo—. Desde su incidente.

—Cuénteme más.

Ford cogió un grueso sobre de manila.

—Aquí tiene el informe completo de la autopsia. Tiene tres costillas rotas. Alguien le asestó puñetazos o patadas con mucha fuerza. Y luego está la herida del seno. No puedo decirle si se trata o no del mismo hombre, pero, en mi opinión profesional, es demasiado similar a la que le hicieron a usted hace trece años, como para tratarse de una coincidencia.

—Y ese detalle nunca fue revelado al público. ¿Tomaron una muestra de fluidos?

—Utilizó un preservativo.

—Eso es nuevo —dijo Natalie.

—La mayor parte de los asesinos en serie aprenden de sus errores.

—No utilice esa palabra.

—Creo que es la palabra exacta que deberíamos usar, sheriff. Mire a esta pobre chica. Está claro que se ha producido una escalada en el nivel de violencia. Si actúa de nuevo, me temo que tendremos que lidiar con otro cadáver.

—Vamos a detenerle —dijo Natalie.

—La gente comenta que el culpable ha sido Hunter Fowler.

Natalie sacudió la cabeza.

—No fue él. Tiene una coartada a prueba de bombas.

—Entonces tiene que decírselo a la gente, sheriff. No están contentos.

Mierda. Necesitaba ir a la granja de Hunter.

—Gracias, Stephen.

Ford inclinó la cabeza y la observó con tristeza.



## ***Hunter***

Hunter no se sorprendió cuando James Jones y sus amigos aparecieron por la granja. Estaba oscureciendo. Su madre y Jesse estaban viendo la televisión. Hunter deseó que no abandonaran la casa.

Salió a recibir a los visitantes. El padre de Lanie tenía aspecto de no haber pegado ojo desde que recibió la noticia y Aaron Bowmann, el de Natalie, permanecía hombro con hombro junto a él.

—¿Sabes por qué hemos venido?

Hunter se encogió de hombros sin responder.

—¿Una visita amistosa, Aaron?

El tercer hombre dio un paso al frente y Hunter reconoció a Roy. Le dio la impresión de que cada vez que se encontraba con él llevaba un bate de beisbol.

—Vas a venir con nosotros —dijo Roy.

Había otro hombre más detrás de él, pero no recordaba haberlo visto antes.

—¿Por qué? —preguntó Hunter mientras evaluaba sus opciones. Aquellos hombres eran más mayores que él y no sabían en qué tipo de peleas había participado durante la última década. Probablemente sería capaz de despacharlos a todos, antes de que pudieran darle un solo puñetazo. Puede que algunos estuvieran armados, pero Hunter estaba bastante seguro de que Bowmann era el único que sabía disparar de verdad.

Entonces pensó en Natalie y en Lanie y decidió que ya no quería pelear nunca más.

—Vas a venir con nosotros —dijo Aaron Bowmann—, porque de lo contrario, entraremos en casa y mantendremos esta misma conversación con tu madre y tu hermano. Y no creo que te guste la idea.

Hunter suspiró. Siempre pasaba lo mismo. No temía a la muerte. Ahora que le había contado todo a Natalie, habría muerto feliz. Por lo menos, ella por fin sabía que debía buscar a alguien más y estaría en guardia.

Aunque no le gustaba la idea de dejar a Natalie, a Jesse y a su madre solos, ya había burlado a la Parca durante demasiado tiempo.

—No los metas en esto, Bowmann. Iré contigo.

—Entra en el coche.

«Esto no es buena idea».

Aaron y Roy se deslizaron en la parte trasera, a ambos lados de Hunter. Era un espacio muy reducido para los tres. James se sentó en el asiento del acompañante y mantuvo la mirada al frente. El hombre cuyo nombre no conocía condujo el coche.

Minutos después, Hunter descubrió que se dirigían a los acantilados que habían dado nombre a Sharp's Cove. Había estado allí en una ocasión tras salir de la cárcel. Quería comprobar si eran tan hermosos como los recordaba y había terminado pasando la noche al raso, contemplando las estrellas.

Sabía que todavía podía ganar a aquellos hombres. En su mente se vio dando un cabezazo al sheriff jubilado y haciéndose con su pistola. Aplastaría a Roy contra la ventana con el hombro y luego apuntaría al conductor y le pediría amablemente que detuviera el coche. Pero de pronto se sintió muy cansado; la violencia no podía ser siempre la respuesta a los problemas.

—Sabes dónde vamos, ¿verdad? —le preguntó Roy. Parecía casi contento.

—No le hice nada ni a Natalie ni a Lanie.

—No pronuncies su nombre. ¡Joder, no te atrevas a pronunciar el nombre de mi hija! —bramó Jones.

—Cálmate, James, cálmate. Va a pagar por lo que le hizo a Lanie. Por lo que les hizo a las dos —le prometió Aaron Bowmann.

El conductor dejó el coche en el área de aparcamiento turístico que había junto a los acantilados.

«Muy cívico por su parte».

Hunter no ofreció resistencia cuando le empujaron fuera del vehículo. Alzó la mirada hacia las estrellas. Nunca las había visto brillar tanto. Desde allí pudo oler el aire fresco procedente del océano.

—Vamos a hacerte daño, como se lo hiciste a nuestras hijas y luego te vamos a arrojar por el borde del acantilado. Las gaviotas se van a dar un festín con tus ojos y tus entrañas.

—Muy poético —dijo Hunter, mordaz—. Aun así, os repito que yo no les hice daño a vuestras hijas.

—¡No hables sobre ellas! —chilló James, con la voz rota por el llanto. Hunter se dio cuenta de que tenía una llave inglesa en la mano, pero era demasiado tarde. Alzó el brazo para protegerse la cara, al tiempo que este la descargaba sobre él.

Su brazo se adormeció de inmediato y, para cuando Hunter se puso en pie, los cuatro hombres ya le habían rodeado. De pronto, sus probabilidades de éxito ya no eran tan buenas; ellos estaban armados y en el fondo, él quería evitar el enfrentamiento. Eran padres de familia que creían estar protegiendo a sus hijas y haciendo lo correcto.

—No voy a pelear contra vosotros.

Aaron Bowmann soltó una risita.

—¿Te has vuelto pacifista? Yo había escuchado otra cosa. Oí que, cuando te pillaron en las duchas, te resististe hasta el final.

—No hice daño a su hija, señor Jones. Y no voy a pelear contra vosotros —repitió Hunter, sombrío. Luego se giró para recibir con el hombro el golpe que Roy acababa de lanzar con su bate. Tenía suerte de que aquel tipo no estuviera en forma, pero aun así le dolió bastante.

Aaron le asestó un puñetazo en la nariz y Hunter oyó el sonido del cartílago al romperse. La sangre se derramó por todas partes.

—Mierda, está sangrando como un cerdo en el matadero —dijo el conductor.

—Y va a sangrar mucho más, antes de que acabemos con él, Paul —dijo Aaron—. Venga, Hunter, sabes que quieres devolvérmola. Saca a la bestia que llevas dentro.

—No voy a pelear contra vosotros —repitió Hunter. Tuvo que apretar los puños con fuerza para no atacar a Aaron. Recordó que era el padre de Natalie.

El siguiente golpe impactó contra sus costillas. Gimió y se dobló por el dolor.

—Es el fin, Hunter. Admite tu culpabilidad y deja que Dios se apiade de tu alma —dijo el hombre llamado Paul.

—¿Dios? Más bien el Diablo. ¿Qué fue lo que le hiciste a mi niña? —gimoteó James. Soltó la llave inglesa y cayó de rodillas, llorando.

—Podéis hacerme lo que queráis —dijo Hunter con voz entrecortada—. Pero no les hice daño a vuestras hijas. Tenéis que buscar a otro.

Por primera vez, la mano de Aaron Bowmann vaciló, pero se recuperó con rapidez y golpeó con la pistola a Hunter en un lado de la cabeza. En esta ocasión fue Hunter el que cayó de rodillas. Su oído pitaba.

—No voy a luchar contra vosotros —susurró, más para sí mismo que para los demás. Estaba

esperando que llegara el siguiente impacto, pero los cuatro hombres miraban hacia la carretera. Vio aparecer el coche patrulla, pero su motor le pareció extrañamente silencioso. Hunter se dio cuenta de que el último golpe le había reventado el tímpano.



## **Natalie**

Natalie vio cómo su padre golpeaba la cabeza de Hunter con el arma. Este cayó de rodillas, encorvado y apoyándose en el suelo con sus fuertes brazos.

«¿Qué carajo estás haciendo, papá?».

Apagó el motor, pero dejó los faros encendidos. Luego descendió a toda prisa del vehículo.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

—Vuelve a casa, Natalie —dijo su padre, con tono cansado.

—Estás hablando con la sheriff —respondió con la voz teñida de ira.

—Váyase a casa, sheriff. Nos estamos encargando del problema. —Roy sostenía un bate de aspecto pesado en la mano.

A pesar de sus palabras, nadie la detuvo cuando se abrió paso hasta el interior del círculo, donde Hunter permanecía de rodillas. Estaba sangrando por la nariz y por la sien y parecía algo desorientado.

—¿Puedes levantarte?

Cuando Natalie tocó su hombro, Hunter se encogió por el dolor.

—Puedo levantarme, sheriff —dijo mientras lo intentaba. Tuvo tanto éxito como un potro recién nacido. Cuando por fin se incorporó, Natalie le rodeó la cintura con el brazo para estabilizarlo. Agradecido, Hunter se inclinó sobre ella. Su cuerpo estaba tibio. Olía a sudor, pero era un aroma limpio y masculino.

Natalie miró por turnos a cada uno de los hombres.

—Dejadnos pasar. Voy a llevarle al hospital.

James alzó la llave inglesa.

—Hizo daño a mi niña. Debe pagar por ello.

Natalie se irguió en toda su estatura y dio un corto paso al frente para colocarse ligeramente por delante de Hunter.

—¿Ahora me estás amenazando, James?

Natalie vio el terrible dolor que padecía aquel hombre, reflejado en sus ojos y comprendió que en aquel momento estaba demasiado ofuscado para detenerse.

Todo ocurrió como a cámara lenta. James dirigió la llave hacia su cabeza. Su padre gritó. Una sombra avanzó desde detrás de ella.

«Hunter».

No dejó que la llave inglesa alcanzara su objetivo; interceptó el golpe rodeando con su mano el antebrazo de James. Los músculos de Hunter se tensaron y la llave se detuvo en el aire. James la dejó caer y aulló de dolor. Hunter liberó su brazo inmediatamente.

Gimió y avanzó a trompicones hacia un lado. Se llevó la mano a la sien y la retiró manchada de sangre.

—Voy a llevarle al hospital —repitió Natalie.

—No necesito un hospital —dijo Hunter, débilmente.

Ella le ignoró y clavó la mirada en los cuatro hombres. James dejó caer los brazos. Era incapaz de confrontar su mirada. Había perdido las ganas de luchar.

—Es un violador, Natalie —dijo su padre en voz baja—. Nuestras niñas no estarán a salvo mientras siga aquí.

—No fue él, papá —dijo Natalie con suavidad—. Han aparecido nuevas evidencias.

—¿Qué nuevas evidencias?

Detectó la avidez con la que Roy y Paul escuchaban tras ellos. Además, James era el padre de una de las víctimas. Natalie no podía dar detalles de una investigación en curso, sin más, pero si no lo hacía, aquella situación volvería a repetirse. Al final, alguien acabaría haciéndole daño a Hunter.

Entonces tuvo una idea.

—He convocado una rueda de prensa mañana al mediodía, en el gimnasio de la escuela. Todo el mundo será bienvenido. Y ahora, si os apartáis, voy a llevarle al hospital. A menos que los cuatro queráis pasar la noche en el calabozo de la comisaría. También podemos resolverlo así.

Ninguno de ellos la detuvo mientras ayudaba a Hunter a llegar hasta el coche. Parecía depender de ella para tenerse en pie, así que abrió la puerta por él y le ayudó a entrar. Sus manos temblaban.

—Ponte el cinturón —dijo automáticamente.

Los dedos de Hunter temblaron mientras manipulaba el cinturón y Natalie se inclinó para ayudarlo a asegurarlo. Cuando sus manos entraron en contacto, fue como si la recorriera una descarga eléctrica. Sorprendida, cogió aire, dejando que el aroma limpio y viril del hombre penetrara en sus fosas nasales. Una parte de ella, que había permanecido enterrada durante casi trece años, salió súbitamente a la luz.

Entonces, Hunter gimió de dolor.

—¿Cuántas veces te golpearon antes de que llegara?

Él se encogió de hombros. Tenía los ojos cerrados.

—¿Vas a presentar cargos? —Natalie pensó en su padre, en James y en lo mucho que podían perder de ser así.

—No voy a presentar cargos. Solo llévame a casa, por favor.

Se inclinó para examinar el lado de su cabeza.

—Te sangra la oreja. Debería llevarte antes al hospital.

—Nada de hospitales. No me gustan. —Hunter se palpó la herida, con cautela—. Tengo el tímpano perforado. Ya me ha pasado antes. No pueden hacer gran cosa en el hospital, se curará igual de bien en casa.

—¿Y qué hay de tu hombro?

—Solo quiero ir a casa, por favor. Necesito estar allí... por Jesse y por mi madre.

—¿Por eso te metiste en el coche con ellos? ¿Para alejarlos de la granja? —preguntó Natalie con suavidad.

—Deja de intentar convertirme en un hombre mejor del que soy —respondió él, mientras apartaba la mano—. O me llevas a casa, o me dejas salir del coche. Puedo volver caminando.

Natalie condujo hasta la granja, en silencio. Cuando llegaron, todo estaba a oscuras. Hunter se apresuró a entrar en casa y volvió un minuto más tarde. Parecía aliviado.

—Ambos duermen —le informó. Luego se apoyó con fuerza contra el costado del coche patrulla.

—Así que estás viviendo en el granero, de verdad. —Natalie rodeó su cintura otra vez y caminaron juntos hacia allí.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—El coche de mi padre aún tiene un localizador GPS de cuando era el sheriff. Como no podía encontrarte y no vi a ninguno de esos cuatro andando por ahí, decidí seguirlo.

—Me alegro de que lo hicieras. Creo que pensaban matarme al final.

—No te estabas defendiendo.

—Estoy cansado de luchar, sheriff.

—Pero sí que luchaste cuando James iba a golpearme.

—No puedo permitir que te conviertas otra vez en un daño colateral, no mientras aún siga respirando.

Natalie sintió que sus ojos se humedecían y parpadeó con fuerza para evitarlo.

—¿Has estado viviendo aquí? —dijo mientras miraba el granero polvoriento.

Hunter alzó la mirada en dirección al área abuhardillada. Subió la escalera. Decir que el espacio estaba vacío era quedarse corto. Había una cama individual cubierta con una sábana muy blanca en un rincón y una pequeña pila de libros al lado.

—¿Te gusta leer?

—¿Acaso te sorprende? —preguntó a su vez con sarcasmo.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios?

—Estoy bien —dijo Hunter, pero hurgó debajo de la cama hasta que encontró una caja metálica pequeña y se la entregó. No había ningún sitio donde sentarse, excepto sobre la cama. Natalie lo hizo con cuidado, casi esperando que se negara cuando dio unos golpecitos para indicar el espacio que había junto a ella.

—Tienes la nariz rota —dijo de forma innecesaria.

—Lo noto. Pásame el espejo. Puedo recolocarla.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo haré yo. Confía en mí, ya lo he hecho otras veces.

Hunter se encogió de hombros. Natalie se giró rápido hacia él, antes de que cambiara de opinión y presionó con firmeza con los pulgares, hasta que la nariz encajó en su sitio con un crujido. Él no emitió ningún sonido, pero se apretó los fuertes muslos con las manos.

—Dios, ¿qué tal si la próxima vez me avisas antes?

Ella se rio con suavidad.

—Es más fácil así. ¿Dónde más te han golpeado?

—En este lado de la cabeza. —Natalie pudo ver la hinchazón tras su oreja. Echó un poco de desinfectante en un pedazo de algodón y limpió la zona. El algodón se llenó de sangre. Hunter apretó los dientes con fuerza, pero no dijo nada.

Un poco de sangre se deslizó por su oreja.

—Creo que deberías ir a que un médico le eche un vistazo a ese tímpano, Hunter.

—Te he dicho que se curará solo. Ya me ha pasado antes.

—¿Dónde más te han dado?

—En el hombro— respondió, gruñendo en voz baja.

—Déjame ver. Quítate la camiseta.

Parecía que Hunter iba a protestar, pero luego se lo pensó mejor.

Su pecho y su estómago eran una obra de arte, piel tersa sobre músculos firmes. Natalie vio el tosco tatuaje del águila que había poblado sus pesadillas durante tantos años y se preguntó cómo podía haberla confundido con el delicado dibujo que llevaba su hermano. Se dio cuenta de que aquella ave de presa ya no tenía ningún poder sobre ella. Sabía que no volvería a aparecérselo en sueños.

También tenía una magulladura en el hombro y un montón de cicatrices. Reconoció el borde arrugado de un navajazo, así como una serie de marcas más largas que solo podían haber sido causadas con un látigo o con la hebilla de un cinturón.

—¿Qué te ha pasado?

Hunter bajó la mirada a su hombro herido e hizo rotar la articulación, con cuidado.

—Creo que está bien. Es solo un moratón.

—Me refiero... —Natalie hizo un gesto con la mano.

—Sé a lo que te refieres. La mayoría de estas heridas me las hice en la cárcel.

—Lo siento —dijo débilmente. Si Natalie no se hubiera quedado en blanco, habría sabido que Jesse no era la persona que la había asaltado. Habría podido identificar al culpable y este no habría tenido la oportunidad de matar a Lanie. Un sollozo sacudió su cuerpo. Hundió la cabeza entre las rodillas.

—Por favor, no llores. Por favor. Soy yo el que lo siente. —Hunter se arrodilló junto a la cama y alzó la cabeza de Natalie con mucha delicadeza, hasta que se encontró mirando aquellos pálidos ojos grises. Luego la sostuvo entre sus brazos con suavidad. Lo entendía: estaba tratando de consolarla. Una persona reconfortando a otra. Probablemente ni siquiera se daba cuenta de lo que aquello significaba para ella. No había forma de que él supiera que no había permitido que ningún hombre la tocara en trece años.

Inhaló aire con rapidez en un intento de aclarar sus ideas, pero sus fosas nasales se inundaron con su aroma fresco y viril. Podía captarlo incluso a través del desinfectante. No era algo cuyo origen pudiera identificar claramente, literalmente era su olor.

Dio un respingo, sobresaltada.

—Tengo que marcharme. Ven mañana a la ciudad, al mediodía. Voy a ofrecer un comunicado a la población.

Natalie le dejó arrodillado junto a la cama y bajó por la escalera tan rápido como pudo.



## Natalie

—¿A sí que sugiere que vuelva a llamar cuando aparezca otra chica muerta?

Natalie golpeó el teléfono que había sobre su escritorio y tres pares de ojos se giraron para mirarla.

—Los del Condado dicen que no pueden ayudarnos. Solo ha habido una muerte y no tenemos pruebas contundentes de que ambos casos estén relacionados. —Natalie se paseó por la oficina como un tigre enjaulado—. Volverá a actuar pronto, lo sé. Pero no vamos a dejar morir a otra chica. No mientras nosotros estemos al cargo.

Se acercó a una pared empapelada con la información del caso. En el centro había una fotografía de Lanie, sacada de su anuario de tercer año de instituto. Su sonrisa era radiante.

—¿Por qué te fuiste con él, Lanie? ¿Qué fue lo que te dijo? —murmuró Natalie. No habían encontrado marcas de forcejeo en el cadáver, ni siquiera en las manos o bajo las uñas. De alguna manera, el autor del crimen había podido inmovilizarla antes de que pudiera reaccionar.

—¿Qué quiere que hagamos, jefa? —le preguntó Rob. Susan asintió con entusiasmo. Incluso Alma dejó la fotocopiadora para mirarlos.

—Quiero que me acompañéis y os quedéis cerca de la parte de atrás del gimnasio. Prestad atención a la gente que venga a escucharme.

Susan asintió.

—¿Qué estamos buscando?

—A cualquiera que no encaje, a alguien que parezca estar disfrutando de su minuto de fama.

Rob asintió con firmeza.

—No hay problema, sheriff.

—Entonces nos vemos allí.

Cuando Natalie llegó, el gimnasio ya estaba hasta los topes. Había supuesto que solo vendrían algunos padres ansiosos y un puñado de jubilados, pero al parecer, casi toda la ciudad había encontrado tiempo para acercarse. Encogió los dedos en el interior de sus discretos zapatos negros de tacón. Se había cambiado de calzado y se había deshecho de sus habituales zapatos de cordones, para ganar algo de altura tras el podio.

Aunque había dado un montón de charlas sobre seguridad, odiaba hablar en público. Su psicóloga la había convencido de hacerlo, las primeras veces, pues opinaba que sería bueno que ayudara a los demás con su experiencia y tenía razón. Hablar con los jóvenes sobre la importancia del consentimiento, del respeto, de estar pendientes los unos de los otros, era algo que se le daba bien. Pero Natalie era sheriff en una ciudad pequeña. La idea de dirigirse a una multitud le intimidaba.

Entonces vio a James y a Jill Jones en primera fila, con expresiones pétreas y su presencia le devolvió el coraje. Su trabajo era encargarse de que ningún otro padre tuviera que pasar por lo mismo. Su propio padre también estaba allí. Lo que iba a contar podía ser duro para él, pero tenía que decirlo igualmente.

Dio unos golpecitos en el micrófono antes de empezar. No quería tener que repetir nada.

—¡Buenos días a todos! Pónganse cómodos. Muchas gracias por venir, no les robaré mucho tiempo. No voy a endulzar nada. Todos sabéis por qué estamos hoy aquí. Una joven de nuestra comunidad ha sido violada y asesinada.



## **Hunter**

Al principio no planeaba bajar a la ciudad, pero poco antes de las doce se encontró sentado en la camioneta, conduciendo hacia la escuela.

Había un montón de coches aparcados fuera. Si algo sabía Hunter de Sharp's Cove —y no creía que la ciudad hubiera cambiado mucho mientras estaba fuera— el gimnasio estaría lleno de gente para oír las palabras de la sheriff. Se convenció de que él había venido por el mismo motivo. No porque quisiera escuchar la voz de Natalie o verla otra vez, ni porque *necesitase* confirmar que se encontraba bien, después de lo que había pasado el día anterior.

Permaneció sentado en la camioneta un par de minutos, para asegurarse de que la reunión ya había empezado. No quería que la gente le viera, si podía evitarlo. Luego salió y cerró el coche de un portazo. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Se había olvidado de su hombro.

El gimnasio estaba aún más lleno de lo que pensaba. Hunter se bajó el sombrero para ocultar su rostro, pero nadie miraba en su dirección. La atención de todo el mundo estaba centrada en la sheriff Bowmann, que aguardaba erguida tras el podio. Como era habitual en ella, se había recogido el cabello castaño en una cola de caballo. Hunter recordó que, cuando había venido a buscarle, la noche anterior, Natalie lo llevaba suelto. En aquella ocasión, su pelo había enmarcado con elegancia su rostro en forma de corazón, suavizando sus rasgos.

En ese momento, Natalie era pura profesionalidad. Su voz sonaba alta y clara e, incluso con su tímpano perforado, Hunter pudo sentir la emoción que transmitía. Estaba claro que hablaba con sinceridad.

—Una de nuestras mujeres está muerta. Fue atacada y asesinada mientras estábamos de servicio. Mientras yo estaba de servicio. He venido hoy aquí a compartir todo lo que pueda sobre este asunto, para que esto nunca vuelva a ocurrir. Todos sabéis que no es la primera vez que se produce un ataque de estas características. —Su voz se quebró durante un momento.

—¡Sí, y sabemos quién lo hizo! —gritó una voz a su izquierda. Hunter se caló aún más el sombrero—. ¡Si te quedas aquí, sheriff, nosotros le enseñaremos a ese convicto una lección y volveremos enseguida!

—¡Sí! —corroboraron otras voces.

Natalie no permitió que la multitud perdiera su atención. Sabía que querían oír lo que tenía que decir. Alzó las manos, pero no empezó a hablar hasta que el silencio fue absoluto.

—Habéis venido aquí porque queréis saber la verdad y así proteger a vuestras familias —comenzó de nuevo, sosteniendo la mirada de varios de los individuos de la sala. En un momento dado, sus ojos miraron hacia el fondo del gimnasio. Hunter supo que Natalie le había reconocido, porque se sorprendió y sus brillantes ojos azules se agrandaron, pero se recuperó casi de inmediato y giró la cabeza.

Era buena manejando a la audiencia. Todos permanecían en vilo, pendientes de sus palabras.

—Sabéis que este no ha sido el primer ataque que hemos sufrido. Este verano se cumplen trece años desde que fui asaltada a la puerta del Mermaid Inn. Creíamos que el responsable había ido a la cárcel, pero me temo que estábamos equivocados.

—¿Por qué le estás protegiendo, sheriff? —gritó otra voz.

—¡Dejadla hablar! —dijo una voz de mujer—. ¡Hemos venido a escucharla a ella, no a ti!

—Gracias. Como decía, nos equivocamos entonces y no podemos permitirnos equivocarnos otra vez, porque la persona que asesinó a Lanie sigue suelta. Y hay muchas posibilidades de que vuelva a intentar matar, tarde o temprano.

—¿Quieres decir que ambos ataques fueron perpetrados por el mismo hombre? —preguntó James Brody, con la pequeña libreta abierta y el bolígrafo listo.

—Aún no puedo responder a esa pregunta, James. Esa información es parte de una investigación en curso. Pero es algo que estamos considerando.

—¿Entonces es Fowler! ¿Por qué le estás protegiendo?

—Hunter Fowler tiene una coartada a prueba de bombas, que lo exime de haber participado en el asesinato de Lanie Jones —dijo Natalie, con voz firme—. También tenemos motivos para creer que hace trece años se cometieron algunos errores. Lo que importa ahora es que nosotros, como comunidad, debemos asegurarnos de que el atacante no vuelva a actuar.

—Así que estás diciendo que no es Hunter Fowler —insistió James Brody. Dio la vuelta a una hoja y comenzó a escribir furiosamente en su libreta.

—Hunter Fowler no hizo daño ni mató a Lanie. Fue otra persona —dijo Natalie en voz muy alta. Hunter sintió un picor en los ojos, al escuchar a Natalie defendiéndole de aquella manera—. No divulgaré más detalles de la investigación, pero si quiere poner algo útil en esa libreta suya, señor Brody, por favor, escriba esto.

James Brody no estaba acostumbrado a que le dieran órdenes y el comentario lo enervó.

Natalie Bowmann siguió hablando:

—El asaltante busca chicas jóvenes. En particular, todas las mujeres entre diecisiete y veinte años deberían extremar las precauciones.

—¿Nuestras hijas corren peligro?

—Mejor prevenir que curar, Marge. Por eso estoy diciendo esto. El sospechoso puede ser alguien al que conocéis. Sabremos más a medida que avance la investigación, pero mientras tanto, me gustaría que tuvierais cuidado. Tenéis que permanecer vigilantes y llamar a la central si veis algo sospechoso. Lo que sea. Eso es todo por mi parte. ¿Hay alguna otra pregunta antes de que volvamos al trabajo?

La multitud hizo algunas preguntas más y, poco a poco, comenzó a dispersarse. Los últimos en salir fueron James y Jill Jones, escoltados por Aaron Bowmann.

Hunter llegó al pasillo antes de que la gente saliera. Se apoyó contra la pared y esperó hasta que vio aparecer a Natalie.

—Te vi en el gimnasio. ¿Cómo te encuentras? —preguntó ella. Hunter se encogió de hombros.

—Estoy bien.

—Tu nariz no tiene tan mala pinta como pensaba. Claramente, hice un buen trabajo.

Hunter se rio en voz baja.

—Ahora también has hecho un buen trabajo.

—No me gusta hablar en público, ni que la gente me mire.

—Estuviste genial. —Sus ojos recorrieron su rostro—. Te agradezco lo que hiciste por mí... y también lo que has dicho sobre mí. Creo que ayudará a que Jesse y mi madre sigan a salvo.

Natalie asintió con la mirada perdida.

—¿Conseguiste lo que querías?

—¿Qué crees que quería?

—No soy idiota. Sé que esperabas que el asesino apareciera por aquí.

Natalie le miró con sagacidad y Hunter comprendió que estaba meditando su respuesta. Por fin, asintió sin apartar la vista.

—Puse a Rob y a Susan a observar la multitud. Hablé con una psicóloga del FBI. No puede intervenir oficialmente, pero sugirió que la persona que buscamos podría ser del tipo que disfruta

con toda esta atención. Existen... similitudes entre el asalto a Lanie y el mío, que no pueden ser coincidencias. Pero yo sobreviví y Lanie no, lo que significa que está evolucionando, volviéndose más temerario. Ahora que ha matado, es posible que la experiencia le haya gustado y quiera repetirla.

A Hunter le sorprendió que Natalie le confiara todo aquello.

—Realmente me creíste cuando te dije que yo no era el culpable.

—Así es, pero hay algo más que debemos tener en cuenta.

—Ah, ¿sí?

Natalie asintió.

—Tú. Este... hombre... esperó doce años hasta que saliste de prisión. Y en cuanto estuviste fuera, atacó de nuevo. Deberías pensar quién puede odiarte tanto.



## *Natalie*

Los siguientes días transcurrieron en un suspiro, pero a pesar de la frenética actividad y de sus mejores esfuerzos, Natalie sospechaba que la investigación había llegado a un punto muerto.

El mayor éxito de la semana había sido el momento en el que había conseguido el número personal de la psicóloga del FBI. Habían hablado tanto, que Lorraine Vasquez y ella ya se tuteaban.

Lorraine no podía ayudar demasiado, pues sus manos estaban atadas hasta que alguno de sus superiores admitiera que se enfrentaban a un asesino en serie. Pero al menos creía a Natalie y estaba intentando ayudar a Sharp's Cove.

Todas las noches, Natalie se iba a dormir confiando en que al día siguiente lograrían un avance importante en el caso. Las noches en las que podía abandonarse a un sueño largo y reparador eran cada vez más raras. La mayor parte de las veces, Natalie despertaba tras haber pasado un par de horas en la cama, bañada en sudor, creyendo estar otra vez en aquel callejón. A veces Lanie también estaba allí. En su sueño, ella y Natalie tenían la misma edad. Cuando aparecía aquel extraño enorme con la cara oculta bajo la capucha de una sudadera, a Natalie la paralizaba el miedo. Permanecía quieta y miraba sin hacer nada, mientras este se llevaba a Lanie.

Las pesadillas habían empeorado tanto, que tenía miedo de dormir, pero con eso solo conseguía estar menos alerta durante el día.

La tarde del jueves, tras terminar de trabajar, Natalie volvió a casa andando. Se quitó los zapatos y dejó el gran bolso junto a la entrada. Luego guardó el cinturón con la pistola en el cajón con llave que tenía allí. Acababa de entrar en la cocina cuando sonó el teléfono.

—Bowmann.

—Nat, soy Emma.

—Em, ¿va todo bien?

—Sí, claro. Solo me preguntaba si todavía te apetece que cenemos juntas esta noche.

—Oh, Em, lo siento. Me olvidé. Ahora mismo tengo tantas cosas en la cabeza, que...

—No pasa nada, lo entiendo. ¿Qué te parece si traigo a Helen y a Barbara y cogemos comida china? Podemos cenar viendo algo en la televisión.

Natalie sintió el rugido de sus tripas. Estaba muerta de hambre, pero también demasiado cansada para ver a nadie. Y, en parte, creía que no se merecía pasar el rato con sus amigas, mientras el asesino de Lanie seguía suelto.

—Lo siento, hoy no es buen momento. ¿Quizá el sábado?

Emma soltó un suave suspiro al otro lado del teléfono.

—Estamos preocupadas por ti, Nat.

—El sábado, sin falta —le prometió Natalie.

—De acuerdo. Te tomamos la palabra.

Natalie colgó el teléfono. No estaba siendo la mejor amiga del mundo en aquellos momentos.

Regresó al salón y sacó una carpeta del bolso. Su mano vaciló sobre la cubierta. Se sirvió un vaso de vino tinto sin alcohol. Lo llenó mucho más de lo que lo harían en un restaurante. Desde luego, no sacaría seis vasos de aquella botella. Dio vueltas al contenido de la copa con una mano mientras con la otra abría la carpeta.

A pesar de que había estado presente en la escena del crimen de Lanie y se había encargado de tomar las fotografías, cada vez que veía aquellas imágenes, Natalie descubría algún nuevo detalle desolador, un pequeño indicio de que Lanie había sido una joven cuya vida le había sido

cruelmente arrebatada.

Dejó el vaso sobre la mesa, con cuidado. Las ganas por darle un sorbo al vino se habían desvanecido.

Miró la marca descentrada del pecho izquierdo de Lanie, que indicaba el lugar del mordisco. Estaba convencida de que la persona que la había violado a ella era la misma que había violado y matado a Lanie.

Algo para recordarle.

«¿De dónde salían aquellas palabras? ¿Acaso me las dijo a mí?».

Natalie hurgó en su bolso hasta encontrar un bolígrafo y lo escribió rápidamente en el reverso de una de las fotografías para no olvidarlo.

Se centró en las uñas de Lanie. Llevaba una manicura perfecta. Se preguntó si se las habría hecho en la peluquería para celebrar una ocasión especial, o ella y sus amigas se las pintaban las unas a las otras. Pensó en preguntar eso a las amigas de Lanie. La manicura era perfecta, no había ni una sola uña rota. Aquello encajaba con el informe del doctor Ford: no había encontrado nada bajo sus uñas.

Aunque no tenía suficientes evidencias para demostrarlo, Natalie pensaba que Lanie conocía al asesino.

«Por eso al principio no te enfrentaste a él. Y luego fue demasiado tarde».

Se percató de las marcas de ligaduras en las muñecas de Lanie. El doctor Ford le había dicho que había estado atada durante una hora.

«¿Dónde la llevaste y por qué no estuviste con ella más tiempo? ¿Te interrumpieron?».

Natalie se detuvo. Si seguía haciéndose esas preguntas, jamás conciliaría el sueño.

Escuchó un ruido fuera del salón. Alguien o algo estaba fuera, en el porche. La recorrió un escalofrío.

«¿He cerrado la puerta?».

Un segundo más tarde, la rabia reemplazó al miedo. Sharp's Cove no era una gran ciudad. Todavía era un lugar donde algunas personas decidían no cerrar las puertas de sus casas, o, al menos así había sido hasta entonces. Había sido ella quien, tres días antes, había intentado transmitirle miedo a aquella gente.

«Hiciste lo que debías para mantener segura la ciudad».

El crujido se repitió. Definitivamente, había algo fuera y era demasiado grande para ser un gato.

Cogió el arma del cajón de la entrada. Decidió que, a partir de aquel momento, sería mejor que la llevara siempre consigo. Cuando la sostuvo, sintió su peso sólido y real.

Abrió la puerta y apuntó con la pistola, formando un semicírculo de izquierda a derecha y luego en sentido contrario. No había nadie en el porche. Descendió los escalones con rapidez y se giró, repitiendo el gesto desde el ángulo opuesto. Tampoco había nadie por allí. Más allá de su jardín, en el porche del vecino, un pequeño gnomo de arcilla pareció burlarse de ella.

«¿Y a ti qué te pasa?».

Bajó la pistola. No quería ni imaginarse lo que pensarían los vecinos si la vieran; bastante tenía con la mirada del gnomo.

«Probablemente estoy perdiendo la cabeza».

Regresó al interior. Sujetando la pistola con firmeza, recorrió cada habitación, rincón y recoveco de la casa de tres dormitorios en la que vivía. La conocía como la palma de su mano. Había sido la casa en la que había crecido. Su padre se la regaló tras jubilarse. Argumentaba que era demasiado grande para él y prefería vivir en su bote. Como no había tenido que pagar por

ella, Natalie había podido invertir dinero en reformarla y la había dejado exactamente como quería. Era demasiado grande para una sola persona, sí, pero en aquel momento aún deseaba formar una familia. Esa esperanza se había ido desvaneciendo con el paso del tiempo, pues todavía no había encontrado a ningún hombre que la tentara lo suficiente como para acercarse a él.

Unos cuantos lo habían intentado. Charles Doll, un abogado de cuarenta años, aún le pedía cita una vez al mes. Pero Natalie no creía que Charles mantuviera la esperanza. Se preguntó qué haría si un día le decía que sí. Probablemente, abandonaría la ciudad y pondría su despacho en cualquier otra parte. Eso haría feliz a Helen. Su amiga nunca le había contado qué tenía en contra de Charles, pero no parecía gustarle mucho y Natalie la conocía demasiado bien, para pensar que le daba miedo la competencia.

Terminó de registrar la casa, volvió a la planta baja y activó de nuevo la alarma. Su corazón golpeaba con fuerza su pecho. No se estaba volviendo loca. Sabía que había alguien fuera.

Volvió a la cocina y cerró la carpeta de manila, aunque sabía que Lanie no se iba a quedar allí dentro y que aparecería más tarde, aquella noche, en sus pesadillas. Tomó la deprimente cena precocinada que había descongelado, convencida de que debería haber aceptado la oferta de Emma.

Se durmió viendo un documental sobre una extraña manta raya que parecía una mariposa. Despertó desorientada, todavía vestida con la ropa de calle. Las esposas se le estaban clavando en la espalda. Bajó la mirada y se percató de que había estado babeando sobre sus cojines aguamarina. Se incorporó, ignorando el crujido de su cuello, dispuesta a subir al piso de arriba y meterse en la cama, cuando escuchó de nuevo el crujido.

«Hay alguien ahí fuera».

Su mente somnolienta se puso alerta en cuestión de segundos. Tomó la pistola y sin querer tiró al suelo la bandeja con los restos de la comida precocinada. Ignoró el estropicio y avanzó hasta la puerta principal.

Repitió los mismos pasos de antes, pero se aseguró de hacerlo de derecha a izquierda en esta ocasión, por si alguien la había estado observando. No había nadie allí. Salió al jardín y miró hacia la casa. Nadie; todo estaba en silencio.

Y entonces se percató de que había visto algo tras ella, en la calle, justo al lado del jardín. Algo que no estaba allí antes. Se giró tan rápido, que su cabeza comenzó a dar vueltas.



## Natalie

Sin vacilar, Natalie se acercó hacia la camioneta azul oscuro y golpeó la ventanilla con los nudillos. Una figura dio un respingo en el interior. Sus manos se dirigieron hacia el volante y pensó que intentaba huir.

—¡Abre la puta ventana! —gritó. No le importaba si despertaba a todo el vecindario.

Con cuidado, la ventanilla fue bajando. Unos penetrantes ojos grises la observaron desde el otro lado.

—¿Qué demonios, Hunter? ¿Ahora me estás espiando? —preguntó.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—No me has asustado. —Después le vino a la cabeza otro pensamiento—. ¿Estabas en mi porche?

—Joder, no. ¿Qué iba a hacer yo en tu porche?

—Olvídalo. Aun así, estás bastante cerca. ¿Qué diablo estás haciendo aquí? ¿No tienes un granero?

Hunter se encogió de hombros. No parecía ofendido en lo más mínimo.

—Cuando le hayan atrapado, te prometo que me iré.

—¿Vas a dormir aquí? ¿En la camioneta? ¿Hasta que lo atrapemos?

—Se está a gusto —dijo en voz baja.

Natalie experimentó un picor en los ojos. Si su padre o cualquier otro hombre le hubiera dicho lo mismo, habría estallado, pero viniendo de Hunter era distinto. Sus palabras no parecían implicar que ella necesitara su ayuda. Hunter tan solo quería ofrecérsela.

—¿Crees que me lo debes?

—Sé que te lo debo —dijo simplemente.

«No lo estás pillando».

—No confío en ti.

—Lo entiendo —dijo Hunter con tristeza.

—No te lo tomes como algo personal. En realidad, no confío en nadie.

Él asintió y comenzó a subir de nuevo la ventanilla. Usaba una de esas viejas manivelas que Natalie no veía desde hacía tiempo. Apoyó la mano en el cristal para detenerlo.

—Ven dentro.

Aquello le sorprendió.

—¿Qué?

—He dicho que vengas dentro. Estarás más a gusto en el sofá.

Sin volver a mirarle, le condujo hasta la casa. No quería que descubriera lo nerviosa que estaba, así que, para cuando se giró ya estaba casi en la cocina. Él aún permanecía en la entrada, donde le había dejado, frente a la puerta abierta.

—No eres un vampiro, ¿verdad? —le dijo, mirándole por encima del hombro.

—Lo siento —respondió Hunter y la siguió dentro con una pequeña sonrisa en los labios.

«Por fin sonrío. Y tiene hoyuelos».

Entró en el salón, pero aún mantenía las distancias. Natalie se movió y él siguió el movimiento, pero en dirección opuesta. Como si siempre necesitara estar a varios cuerpos de distancia de cualquier otra persona.

—¿Haces esto con todo el mundo? ¿Mantener así las distancias?

—No quiero asustarte —dijo, y su voz era un gruñido suave—. No soportaría verte asustada.

—No me asustas —respondió Natalie de forma automática y luego se dio cuenta de que era verdad. No le consideraba una amenaza. De hecho, con él en casa, se sentía más segura de lo que se había sentido durante mucho tiempo.

—¿Has cenado?

—No hace falta que cocines por mí —le dijo—.

Le lanzó una mirada dubitativa.

—No pensaba cocinar. Hay leche, cereales y también restos de pizza, de anoche.

Hunter se lo pensó durante un momento.

—Me gusta la pizza. —Sacudió la cabeza—. Fría está bien, gracias.

Se sentó frente a la mesa de la cocina.

—No puedo ofrecerte nada más para beber —le dijo Natalie, trayéndole un vaso de agua.

Él la miró, con una porción de pizza de pepperoni congelada, a medio camino de su boca.

—No bebo alcohol —puntualizó. Natalie esperó a que siguiera hablando, pero Hunter no dijo nada más.

—Ya, yo tampoco.

Permanecieron sentados, observándose el uno al otro. A Natalie le pareció una escena extrañamente cotidiana, hasta que Hunter señaló la carpeta que había sobre la mesa.

—¿Es del caso de Lanie?

Parecía haber perdido el interés en seguir masticando. Natalie recordó que le había enseñado las fotografías cuando había intentado hacerle confesar.

—Lo voy a guardar —dijo.

—¿Cómo murió?

«La verdad es que no debería hablar de esto».

—Fue estrangulada.

—¿Por qué la mataría? Ya había conseguido lo que necesitaba. —Hunter se puso en pie con brusquedad—. Perdón, no lo quería expresar de esa manera.

—No pasa nada, sé lo que quieres decir. Yo también he estado pensando en ello. Puede que no se trate del mismo hombre. Pero tengo la sensación de que lo es, aunque no pueda demostrarlo todavía. De ser así, es probable que con el tiempo se haya ido volviendo más violento. La estrangulación es una forma de matar muy personal. Es como si la violencia sexual ya no fuera suficiente para él.

Hunter dejó la porción de pizza a medio comer sobre el plato y lo empujó lejos de él.

—No me gusta la violencia —dijo.

—¿Por eso permitiste que mi padre y sus amigos te dejaran medio muerto?

Él sonrió avergonzado. Los hoyuelos aparecieron de nuevo.

—No iba a pelear con hombres que habían perdido tantas cosas. Además, cualquiera de ellos podría haber sido mi padre.

Natalie se vio sorprendida por una sensación cálida en su interior, algo que no había experimentado en años.

Se puso en pie con rapidez. Le preocupaba la idea de que, si permanecía un minuto más en la cocina, acabaría besándole.

—Te enseñaré dónde está la habitación de invitados.

—Pensaba que iba a dormir en el sofá.

—Eres demasiado alto. No pasa nada, ven conmigo.

Natalie le condujo a la pequeña habitación de invitados que había en la parte trasera de la casa. Estaba pintada de blanco puro y había sido decorada con conchas de tonos verdes y grises

apagados. El único mobiliario consistía en una gran cama con dosel y un hermoso cabecero de rejas de metal, una mesilla de noche y un viejo armario.

Hunter echó un vistazo a la cama. No parecía convencido.

—Es una antigualla, pero el colchón es nuevo. Buenas noches, Hunter.

Él se sentó sobre la cama, con delicadeza y Natalie se alegró al comprobar que no se hundía.

—Buenas noches, Natalie. Gracias.

Ella subió las escaleras y dejó atrás el baño y el dormitorio principal. Mientras lo hacía, pensaba en la forma en la que Hunter había pronunciado su nombre y en que, probablemente, también debería haberle ofrecido una toalla y un cepillo de dientes.



## **Hunter**

**A**ntes de que Hunter entrara en prisión, podría haber estallado la tercera guerra mundial y no se habría enterado, pero en los últimos doce años se había acostumbrado al sueño ligero. Por eso se despertó mucho antes de que Natalie bajara las escaleras.

Aunque estaba tumbado de espaldas a la puerta, sintió el movimiento del aire cuando ella la abrió. Mantuvo una respiración suave y constante.

—¿Hunter? —susurró Natalie. Hunter consideró fingir que dormía, pero aquellas dos sílabas desprendían una gran angustia. Se giró para contemplar su silueta en la oscuridad. Natalie aún estaba completamente vestida.

—¿Ocurre algo?

—No puedo dormir.

Hunter hizo un esfuerzo por despejarse y se sentó en la cama. La sábana se deslizó hasta su regazo y deseó no haberse quitado la camiseta. Ella vaciló y él trató de permanecer muy quieto.

—Por favor, no me tengas miedo —suplicó.

—No... No tengo miedo —replicó Natalie con rapidez. Pareció saborear aquellas palabras durante un momento—. No me siento incómoda a tu lado. Es extraño, pero de algún modo me haces sentir segura.

Las lágrimas amenazaron con acudir a sus ojos. Hunter se echó hacia atrás con rapidez para dejarle espacio, suponiendo que se sentaría a su lado, pero le sorprendió de nuevo cuando se tumbó junto a él.

Se pegó a la pared tanto como pudo y se obligó a sí mismo a quedarse inmóvil. El sueño le había abandonado definitivamente. Ella olía demasiado bien y tenía unas curvas... maravillosas. Sin embargo, notó algo frío contra su brazo.

—Lo siento, son las esposas —dijo Natalie y se ladeó un momento para desengancharlas del cinturón. Las dejó caer sobre la mesilla de noche, con un contoneo. A Hunter, la idea de conciliar el sueño se le hizo aún más difícil. Gruñó suavemente mientras ella apretaba la rodilla contra sus testículos al retroceder de nuevo.

—Mierda, chica, deja de moverte —dijo Hunter con voz ronca. No quería que se diera cuenta de lo mucho que le afectaban aquellos gestos. Natalie se quedó quieta y Hunter pasó el brazo por detrás de su espalda—. ¿Siempre duermes con ropa de calle?

Ella se encogió de hombros.

—No quería salir de casa en camisón, si pasaba algo.

—Puedes dormirte. No va a pasar nada.

Entonces sus ojos se encontraron. Estaba demasiado oscuro para apreciar el color, pero Hunter pudo distinguir su hermosa forma almendrada.

Palpó la mejilla de Natalie con las manos, suavemente. Quería acariciar su piel, imaginar por un momento lo que podría ocurrir si no arrastraran aquella herencia del pasado, tocar el rostro de la mujer que amaba y...

Se detuvo a medio camino. No podía enamorarse de Natalie. Podía admirar su valentía, su dedicación. Podía respetar lo mucho que había hecho por Sharp's Cove. Pero no podía amarla. Hunter se había convertido en un perdedor y ella se merecía a alguien mucho mejor.

Natalie inclinó la cabeza hacia adelante con rapidez, rebasando los dedos que Hunter aún mantenía en el aire y sus labios se tocaron. Entonces se dio cuenta de que nunca había tenido la posibilidad de elegir. Besarla resultaba tan natural como respirar. Sus bocas se encontraron y

empezaron a explorarse mutuamente con suavidad.

Durante los últimos doce años, su cuerpo se había habituado a la idea de que el contacto físico era algo malo, de que solo conllevaba dolor y debía evitarse a toda costa. Ahora, en un único instante de placer, el cuerpo de Hunter olvidó el comportamiento al que se había acostumbrado durante una década.

Los labios de Natalie se abrieron y su lengua surgió con timidez entre ellos; se encontró con la de Hunter a mitad de camino. El beso no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Le pareció que podría seguir besándola para siempre sin pedir o exigir nada más. Al mismo tiempo, una presión en los vaqueros le advirtió de que estaba a punto de correrse antes de tiempo, como un adolescente.

Hunter se quedó sin aliento más rápido que ella y rompió el beso brevemente para tomar aire. Volvieron a observarse y descubrió sorpresa en su mirada... y deseo. La mantuvo a un brazo de distancia mientras trataba de recobrar el control.

—Te deseo tanto —le dijo mientras acariciaba sus hombros. Era la única parte de su cuerpo que sentía que podía tocar con seguridad.

—Yo también a ti. —La voz de Natalie sonaba sorprendida, como si no confiara en sus propias palabras.

Hunter ansiaba recorrer aquellas curvas libremente, pero no quería hacerle daño.

—No vas a hacerme daño —le dijo ella, casi sin aliento. Debía de haber hablado en voz alta sin darse cuenta—. No he deseado a un hombre desde... Desde aquella noche. Pero ahora mismo, yo... te deseo a ti.

Hunter trató de luchar una vez más con su conciencia, pero cuando Natalie le besó de nuevo, toda posible resistencia abandonó su mente. Sus manos comenzaron a desvestirla como imbuidas de vida propia. Ella se contoneó junto a él, ayudándole a desabrochar los botones de su camisa y los pantalones. Enseguida se quedó en ropa interior. Su piel era la cosa más suave que Hunter había tocado jamás.

Se dispuso a quitarle el sujetador. Esta vez ella no le ayudó. Al contrario, se echó hacia atrás con brusquedad.

—Esto se queda así —le dijo, tomando su mano y acercándola hacia sus bragas.

Con un dedo, Hunter acarició con suavidad sus pliegues. Ya estaba mojada. Extendió el fluido por el clítoris y se deleitó con su gemido. Le habría gustado tener más experiencia, pero sus últimos esgarces con el sexo habían tenido lugar más de doce años atrás. Se sentía como un adolescente atrapado en el cuerpo de un adulto. Solo podía confiar en su instinto.

Natalie apretó la mano de Hunter con más fuerza, presionando la palma contra su pubis, mientras de sus labios salían pequeños gemidos.

Hunter mantuvo la presión. Su dedo siguió explorando rítmicamente su interior y la zona que rodeaba su clítoris. Introdujo un segundo dedo para dilatarla.

—Oh, Dios, sí, por favor, no pares. —Instantes después, Hunter sintió las palpitaciones de su sexo en los dedos. Natalie se derrumbó sobre su hombro, temblando. Él, que la había rodeado con el brazo, la apretó con más fuerza.

—¿Estás bien?

—Un poco avergonzada —dijo.

—¿Avergonzada? ¿Por qué? Ha sido lo más hermoso que he visto en la vida.

Natalie alzó el rostro para contemplarle, como si tratara de averiguar si hablaba en serio. Un rubor agradable tiñó sus mejillas. Luego dejó caer su cabeza otra vez y se abrazaron mutuamente.

«Así que... así sabe la felicidad».

En aquel momento, a Hunter no le importaba quedarse con las ganas. Solo quería abrazarla, disfrutar de su suavidad y de su aroma agradable y limpio.

Entonces la mano de Natalie comenzó a descender por su vientre. Hunter apretó los músculos del estómago y ella gimió a modo de respuesta. Sus dedos encontraron el botón y la cremallera de sus pantalones. La presión sobre su miembro empezaba a ser una tortura.

—Si sigues así, voy a acabar corriéndome en los pantalones —gruñó.

—Pues ayúdame a quitártelos —dijo Natalie con ligereza—. Quiero verte todo.

Tras algunos torpes tirones y empujones, Hunter terminó de desnudarse. La mirada de Natalie se dirigió a su polla y luego regresó a su rostro. Parecía mucho menos segura de lo que estaba hacía un momento.

—Sabes que no tenemos por qué hacer nada, ¿verdad? —susurró Hunter. Su miembro se agitó con desesperación ante la perspectiva de no encontrar alivio, pero Hunter lo ignoró. Natalie se estaba abriendo a él de forma inesperada y Hunter iba a cuidar de ella, aunque fuera lo último que hiciera.

Por fin, Natalie asintió.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Quiero recuperar el tiempo que me han arrebatado.

Lo entendía. Quizá era lo único que podía ofrecerle, una noche que acabara con todo aquel miedo, para que pudiera seguir con su vida.

Acarició suavemente su costado y descendió hasta sus nalgas. Su piel era suave y lisa, excepto en aquella región de pelo rizado y perfecto. En algún momento se había debido de quitar la ropa interior. Hunter trató una vez más de desabrochar su sujetador, pero ella sacudió la cabeza.

Fue el instinto lo que le llevó a saborearla. Se puso de rodillas junto a la cama y la tomó por la cintura para alzarla y atraerla hacia él. En comparación con Hunter, Natalie era ligera como una pluma. Acercó la boca a su sexo y comenzó a lamer con delicadeza. Dejó que aquellos gemidos suaves le orientaran hacia su placer como si se trataran de un mapa. Ella se aferraba a su pelo con ambas manos.

—Para. Quiero que lo hagamos... juntos.

Su pene palpité de nuevo. Aún no lo había tocado y ya parecía a punto de explotar.

—Mierda, ¿tienes un...?

Lanzó un suspiro de alivio cuando ella abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un preservativo.

—Un regalo que Helen y Emma me hicieron el año pasado por mi cumpleaños —susurró—. Estuve a punto de tirarlos.

—Me alegro de que no lo hicieras —murmuró Hunter. Se lo puso en un momento, algo sorprendido de recordar cómo se hacía.



## **Natalie**

Aún tenía los sentidos sobrecargados. Aquella boca maravillosa había conseguido llevarla al límite. Se sentía dolorosamente tensa, pero quería más. Esta vez, lo quería todo.

Tembló, nerviosa pero aliviada, cuando él subió a la cama y se tendió junto a ella. Sus manos grandes y fuertes acariciaron su ombligo y la parte inferior de sus senos antes de dirigirse a su garganta. Por fin, la cubrió con su cuerpo mientras frotaba suavemente su sexo con su polla, con cuidado de cargar el peso sobre los codos para no aplastarla.

En ese preciso instante, cuando el placer debería haber llegado a su punto álgido, Natalie experimentó un súbito arrebato de pánico.

«Mantenlo a raya. Mantenlo a raya».

Recordó los consejos de su psicóloga y trató de respirar por la nariz. Pero el primer resoplido había captado la atención de Hunter.

—Oye —le dijo en voz muy baja. Con un giro rápido de caderas y hombros logró colocarse bajo ella. Ahora Natalie estaba sobre él—. ¿Mejor así?

Asintió.

—Sí, mejor así. Lo siento, no sabía...

—No pasa nada. No tenemos por qué hacer nada.

Natalie le agarró con fuerza de las muñecas.

—¡No! Quiero hacer esto. Lo necesito. Lo que pasa es que eres muy fuerte —dijo sin convicción.

«Genial, Natalie, vas a asustarle».

—Quiero que te sientas segura —empezó Hunter. Echó un vistazo por el cuarto. De pronto se inclinó sobre la mesilla de noche y agarró las esposas. Al principio, Natalie lo observó confundida, pero luego comprendió lo que estaba dispuesto a hacer por ella. Rápidamente, Hunter cerró una de las esposas sobre su muñeca izquierda. No hizo un solo ruido, pero sus labios se apretaron formando una fina línea.

—Pásalas por el cabecero —le dijo Hunter mientras levantaba los brazos por encima de su cabeza. Sus músculos se hincharon.

«Este hombre ha pasado doce años en prisión».

—No puedo hacerte eso —protestó Natalie.

—No pasa nada —le dijo—. Confío en ti.

Apretó la segunda esposa en la muñeca de Hunter y lo observó con los ojos anegados en lágrimas. Hunter era pura fuerza y Natalie estaba convencida de que podría liberarse de aquellas esposas o incluso romper el cabecero, si se lo proponía. También sabía, por la forma en que contenía sus poderosos brazos, que no lo haría.

—Por favor, Hunter —susurró—. Te necesito.

Hunter movió las caderas bajo ella. Su polla se alineó con su sexo otra vez y la penetró muy despacio, hasta llegar al fondo. Era tan grande que, por un momento, la sensación fue casi dolorosa. Él pareció sentir su incomodidad y se detuvo.

—Podemos parar —le susurró al oído.

—Por favor, no —suplicó Natalie mientras se aferraba a él con todas sus fuerzas. Poco a poco, el malestar se redujo. La sensación de plenitud se mantuvo, pero se volvió cálida y placentera. Sus caderas se movieron por su propia voluntad, intentando que la penetrara aún más profundamente.

—Más —jadeó. Su cuerpo no estaba acostumbrado a un placer que no proviniera de su propia mano. En cuestión de segundos, si seguía moviéndose así, iba a...

El orgasmo recorrió su cuerpo. Lo experimentó por todo su ser, desde su vientre hasta la punta de los dedos de sus manos y pies.

—¡Sí! —gimió.

—Oh, Dios, voy a correrme —dijo Hunter con los dientes apretados. Los músculos de los brazos se abultaron contra las esposas y su polla palpitó dentro de ella.

Aturdida, se derrumbó sobre él y escuchó su corazón latiendo al unísono con el suyo.

—Umm, ¿Natalie? —le preguntó Hunter después de un rato. Sonrió con suavidad—. ¿Podrías quitarme esto?

«De nuevo, esos inesperados hoyuelos».

El rubor encendió las mejillas de Natalie. Se puso en pie de un salto.

—Un segundo —le dijo y corrió a su habitación.

«¿Dónde demonios está?».

Encontró su llavero y volvió a toda prisa hasta la cama. Hunter la observaba con admiración. No parecía molesto en absoluto.

—Gracias —susurró Natalie. Rozó su frente con los labios antes de abrir las esposas.

Hunter no hizo ningún ruido mientras volvía a dejar las esposas sobre la mesilla, a pesar de que sus muñecas estaban enrojecidas. De pronto, Natalie sintió vergüenza.

—Lo siento, no pude... —comenzó.

—Ssh. —Hunter la detuvo apoyando con suavidad un dedo en sus labios y acarició con ternura todo su cuerpo—. Tu confianza ha sido un regalo. Gracias.



## **Hunter**

Las siete de la mañana. Hunter se quedó mirando fascinado el teléfono. Su reloj interno no le había despertado y se le antojó una señal.

Junto a él, Natalie roncaba suavemente. Dormida, parecía en paz, más joven y parecida a la chica que recordaba de su juventud. Le entristeció que nunca estuviera tan relajada cuando estaba despierta.

Su plan, cuando había aparcado frente a su casa había sido protegerla. No debería haber aceptado su invitación para entrar y, desde luego, no debería haber hecho el amor con ella.

Y pese a todo, no podía sentirse culpable por lo que había pasado la noche anterior. Había sido la mejor noche de su vida y, si nunca volvía a experimentar otra igual, al menos iba a tratar de preservar aquel recuerdo, con todas sus fuerzas.

—¿En qué piensas?

Se sobresaltó. No se había dado cuenta de que había abierto los ojos. Apartó de su rostro un mechón de cabello castaño para observarla mejor.

—Solo te miro —le dijo—. Eres tan guapa que casi duele.

Ella sonrió.

—Ojalá tuviéramos tiempo para repetir lo de anoche, pero tengo que volver al trabajo.

Aquella mención sobre su trabajo le hizo recobrar la seriedad. Su sonrisa se desvaneció lentamente.

—Necesito volver a la granja. Jesse y mi madre han pasado la noche en un retiro espiritual con los miembros de la iglesia, pero se preocuparán si no estoy cuando vuelvan —dijo Hunter mientras se subía los pantalones.

Diez minutos más tarde ambos estaban vestidos y habían bajado al salón.

—¿Volverás esta noche? —le preguntó Natalie con voz suave.

Él se quedó paralizado con la mano en el picaporte. Pero, antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió y un hombre grande se abrió camino hasta el interior. Hunter se puso delante de Natalie de forma instintiva, antes siquiera de identificarle.

«Mierda. Su padre».

Se sentía como un niño pillado in fraganti hurgando en el tarro de las galletas.

—¿Qué cojones haces *tú* aquí? —dijo Aaron Bowmann, pronunciando las palabras muy despacio.

Natalie salió de detrás de Hunter. Sus ojos hervían de furia. Hunter se alegró de que aquella ira no estuviera dirigida hacia él.

—¡Papá! Estás en mi casa. Habla *conmigo*, por favor.

El viejo suspiró y dio un pequeño paso hacia atrás.

—De acuerdo, Natalie. ¿Qué cojones está haciendo *él* aquí?

—Ha pasado la noche conmigo —replicó Natalie en un tono casi desafiante.

—¿Que ha hecho qué? ¿Has perdido la cabeza? ¿Te has acostado con un sospechoso? ¿Te das cuenta de lo que podría suponer esto para tu carrera? ¿Te das cuenta...?

—No es un sospechoso en el caso de Lanie, papá.

—No me refiero a eso y lo sabes, Natalie. —Aaron Bowmann desvió la mirada hacia la chimenea. Cuando volvió a centrarla en Hunter, fue como si quisiera atravesarle el corazón con el atizador.

Hunter permaneció muy quieto. A pesar de la incómoda situación, le gustaba escuchar a

Natalie. La joven no edulcoraba las palabras.

—Aléjate de mi hija, pedazo de inútil...

—Papá... ¡Papá! —le interrumpió Natalie. Corrió hacia su padre y posó su mano sobre la suya con suavidad—. Por favor, para. Hunter no me ha hecho nada. Ni a mí ni a Lanie, ni a nadie.

—Confesó —balbuceó el antiguo sheriff—. Fue a prisión. No pienso tolerarlo, Natalie. No fui capaz de protegerte la última vez, pero ahora sí. Antes de que te haga daño, le haré probar mi pistola.

Aaron Bowmann se deshizo de la mano de Natalie. La esquivó por un lado y avanzó hacia él con los puños apretados.

Hunter se enderezó, forzando al viejo sheriff a alzar la vista. Levantó las manos en lo que esperaba que fuera un gesto apaciguador.

—Señor, ya se lo dije la última vez. No voy a pelear con usted.

Natalie se interpuso de nuevo entre ambos.

—No tengo tiempo para explicártelo, papá, pero no es culpable. Ahora cuéntame qué es lo que haces aquí a esta hora. Voy a llegar tarde al trabajo. —En aquel preciso instante sonó el teléfono de Natalie—. Es de la comisaría. Tengo que cogerlo.

Se alejó unos cuantos pasos.

—Susan, ¿qué ocurre? —Escuchó la respuesta y su rostro se ensombreció—. ¿Cuándo ha sido eso? Voy de camino.

Cuando colgó el teléfono, menos de un minuto más tarde, el rostro de Natalie había palidecido tanto, que Hunter fue capaz de distinguir pecas nuevas en el puente de su nariz.

—¿Qué está pasando, Natalie? —preguntó su padre. Hunter comprendió por la expresión del viejo, que aún no se había acostumbrado a no ser él el sheriff.

—Han encontrado a otra chica.

—Oh, Dios —gimió Hunter. Se sentía a punto de vomitar.

—Aún está con vida —añadió Natalie con rapidez—. Tengo que ir al hospital. ¿Podéis garantizarme que no vais a mataros el uno al otro mientras estoy fuera?

—Voy a volver a la granja. Estaré allí si necesitas interrogarme...

Natalie lo observó durante largo rato, como si comprendiera la sensación de culpa con la que había tenido que convivir a diario.

—Sé que no fuiste tú, Hunter —dijo corriendo hacia la puerta.

—Si lo hiciste, esta vez lo pagarás con la vida —añadió el viejo, antes de salir tras ella.

De pronto, Hunter se vio en la extraña tesitura de tener que cerrar la puerta de la casa de Natalie al marcharse.



## Natalie

Durante las horas que siguieron, Natalie no pensó en Hunter ni una sola vez. Aparcó el coche patrulla en el parking para las visitas y fue directamente al área de urgencias.

La primera persona con la que se encontró fue el doctor Stephen Ford. Caminaba de espaldas, alejándose de ella, pero habría reconocido aquella figura corpulenta en cualquier parte. Ford era un hombre grande que mantenía una forma física excelente, incluso con los cuarenta años cumplidos.

—Doctor Ford —le llamó. Le conocía desde hacía mucho, pero nunca se había sentido cómoda utilizando su nombre de pila.

—Sheriff, me alegro de que esté aquí.

—¿Está...?

El médico bajó la voz.

—Está viva, pero no se encuentra bien. Tuve que darle algo para que se calmase. Tendrá que esperar para hablar con ella.

—¿Puedo quedarme a su lado? —Natalie intentó no mostrar su decepción. Quería estar allí cuando la víctima despertase.

—Usted sabe mejor que nadie lo que necesita ahora esa chica... y no es un interrogatorio.

Natalie hizo un esfuerzo para mostrarse impasible a pesar de la dureza de sus palabras. El doctor Ford se había mudado a Sharp's Cove dos o tres años antes de que Natalie fuera atacada, cuando el hospital había ampliado su plantilla. Tanto él como el médico de la ciudad, que ahora estaba jubilado, habían sido los encargados de cuidarla tras el asalto.

—Sé exactamente lo que necesita, doctor Ford. Necesita que haga mi trabajo y atrape al animal responsable de hacerle esto.

El doctor Ford asintió.

—Lo siento, sheriff. Mi comentario ha estado fuera de lugar. —Con nerviosismo, se pasó una mano por el cabello que ya no era tan largo y espeso como antes—. No cabe duda de que ha sido violada, así que hemos utilizado el kit de recogida de muestras y la hemos llamado inmediatamente.

—¿Lo hizo la misma persona?

El doctor Ford sacudió la cabeza. Apretaba los labios, formando una fina línea.

—Es usted quien debe decidir eso, sheriff, pero puedo decirle que las lesiones son sospechosamente similares. Hasta la herida del seno.

Natalie sintió que se le erizaba el vello del brazo.

—Ahora me necesitan arriba. Enfermera, por favor, ¿puede acompañar a la sheriff hasta la habitación de la paciente anónima?

—Gracias, doctor Ford.

Él asintió con sequedad. Luego se dirigió a la enfermera:

—Llámeme en cuanto la paciente despierte.

Natalie la siguió a través del pasillo hasta que se detuvo en la última habitación. La enfermera abrió la puerta sin hacer ruido y le hizo un gesto para que entrara. Desde el umbral, pudo ver la parte inferior de la cama, cubierta por una sábana azul claro. Experimentó una extraña sensación de *déjà vu*. En una ocasión, ella había ocupado aquella misma cama. Natalie trató de volver al presente.

—¿No llevaba ninguna identificación o efectos personales? —No iba a preguntar por su ropa.

La enfermera sacudió la cabeza y luego se detuvo.

—La pobrecilla estaba desnuda. Lo único que tenía era una pulsera fina de plata. Se la quitamos cuando la metimos en la máquina de rayos.

—¿Dónde está ahora?

—Debería estar en la pequeña balda que hay junto a la ventana. Espero que encuentre pronto a su familia, sheriff. Ninguna chica se merece...

—Gracias, Amanda —dijo Natalie.

El busca de la enfermera se activó.

—Tengo que irme. Llámeme si necesitas cualquier cosa.

Natalie observó a la enfermera desaparecer por el pasillo. A medida que iba pasando el tiempo, se fue quedando sin excusas.

«Haz tu trabajo».

Exhaló un profundo suspiro y entró en la habitación. La imagen de la chica que yacía inmóvil sobre la cama recabó toda su atención. No podía tener más de dieciséis años.

«Es aún más joven que Lanie».

Estudió su rostro. Su lado derecho parecía casi normal, pero el izquierdo estaba hinchado desde el ojo hasta la boca. Aquella hinchazón deformaba sus rasgos y la volvía irreconocible.

«¿Con qué te golpeó?».

Para entonces, Natalie ya estaba segura de que la chica no vivía en Sharp's Cove. Conocía a la mayoría de sus habitantes y nunca la había visto antes. Sintió un breve alivio egoísta por no conocer a esos padres cuya vida estaba a punto de cambiar para siempre.

«¿Quién eres? Cueste lo que cueste, encontraré a tu familia».

Natalie se acercó a la ventana y cogió la pulsera. Como le había dicho la enfermera, se trataba de una banda plateada y fina. Natalie la hizo girar entre los dedos. Había dos letras grabadas en la parte de atrás: «F. R.». Podían ser tanto las iniciales de la chica como las de la persona que le había regalado la pulsera.

«¿Tu nombre empieza con efe?».

Súbitamente, el monitor de frecuencia cardíaca comenzó a pitar. Natalie estaba a punto de apretar el botón para llamar a la enfermera, cuando la chica abrió el ojo derecho. Era castaño claro, casi del color del caramelo. El izquierdo permanecía cerrado.

Trató de sentarse en la cama, pero no pudo y se derrumbó. Entró en pánico.

—Estás bien —le aseguró Natalie. Apretó el botón y llamó a la enfermera—. Estás en el hospital.

La chica abrió la boca como si fuera a gritar, pero no pronunció ningún sonido.

—¿Dónde... Dónde está? —susurró por fin, descompuesta.

—Ahora estás a salvo. Ya no va a hacerte daño. ¿Puedes decirme algo sobre él?

El monitor de frecuencia cardíaca pitaba con insistencia. Natalie sabía que no podría hacerle más preguntas.

La voz de la chica era un susurro roto.

—Muy grande... Me hizo daño... Y ese horrible tatuaje...

Natalie sintió que se quedaba sin aliento.

—¿Qué clase de tatuaje?

—En el pecho. Una especie de animal. Un pájaro.

—¿Un águila?

Antes de que la chica pudiera responder, la puerta se abrió y la enfermera entró a toda prisa.

—¿Qué está haciendo, sheriff? —protestó.

Natalie pegó un brinco y se apartó de la cama.

—¿Era un águila? —susurró, pero la chica ya no la miraba. Su ojo se había cerrado de nuevo —. ¿Se encuentra bien?

La enfermera realizó un chequeo rápido.

—Está bien. No debería haberse despertado. Si tiene suerte, dormirá hasta la tarde.

Natalie asintió.

—No quiero que nadie se acerque a esta habitación. Enviaré a un agente para que esté con ella hasta que despierte. —Después se dirigió a la chica y añadió—: Ya no puede hacerte daño. Estás a salvo.

En el coche, de camino a la comisaría, llamó a Rob.

—Rob, acabo de estar en el hospital. La chica está viva. Se va a poner bien.

Rob suspiró aliviado.

—Pero aún no sabemos quién es —siguió Natalie—. No la reconocí, pero llevaba una pulsera con unas iniciales. Vamos a necesitar...

—Felicia Robinson —le interrumpió su ayudante, con voz grave.

—«F. R.». Felicia... ¿Cómo lo sabes?

—La señora Robinson acaba de llamarnos, desesperada. Su sobrina estaba pasando el verano en su casa. Salió anoche pero no regresó. Estaba a punto ir para allá, pero...

«F. R.».

Natalie conocía a la señora Robinson. Era una maestra jubilada.

—Me pasaré a verla ahora mismo. Gracias, Rob. Ah, ¿y podrías pedirle a Susan que vaya al hospital y se quede allí hasta que llegue la tía de Felicia? Por favor, no quiero que esté sola.

—Eso está hecho, sheriff —respondió.



## *Natalie*

—Señora Robinson, ¿tiene una fotografía de Felicia?

La anciana sacó una foto de su bolso.

—Aquí tiene. La hicimos la semana pasada. Estaba a punto de ir a la comisaría para entregárosela. Hablé con ese joven tan alto y simpático que trabaja allí.

—¿El agente Hope?

—Eso es. Dijo que me ayudaría.

Natalie echó un vistazo a la fotografía. Era la misma chica, no cabía duda, aunque resultaba descorazonador que aquella joven sonriente y exuberante pudiera ser la misma que yacía inmóvil en esa cama de hospital.

—La hemos encontrado, señora Robinson —añadió con rapidez mientras se acercaba para sostener a la anciana por el brazo—. Está herida, pero viva. Venga conmigo. La llevaré ahora mismo al hospital.

—Oh, Dios. —La señora Robinson contrajo el rostro en lo que parecía un gesto de dolor—. ¿Me está mintiendo? ¿Está... muerta? Sé que a veces la policía lo hace para suavizar el golpe.

«Quizá en la televisión».

—Felicia está viva, señora Robinson.

La anciana suspiró.

—Lo siento. Sé lo que le pasó a la pobre hija de Jill la semana pasada. Y también lo que ocurrió hace tantos años. Ahora que ese animal ha salido de la cárcel, todo ha vuelto a empezar.

Natalie resopló con impaciencia.

—Hunter Fowler es inocente, señora Robinson. No es él quien ha hecho daño a su sobrina. ¿Necesita coger algo de casa antes de irnos?

—No, estaba a punto de salir. Deme un segundo para cerrar con llave.

Natalie miró el reloj del salpicadero. Solo eran las diez y media de la mañana. Aún había tiempo de sobra para que el día pudiera empeorar.

«¿Por qué Felicia sigue con vida? La especialista del FBI piensa que los ataques del asesino se están volviendo más violentos, pero ahora tenemos otra víctima y está viva».

Natalie sabía que la única forma de obtener respuestas era hablar con Felicia.

—Cuénteme cosas sobre Felicia —le pidió a la anciana, con la intención de distraerla.

La papada de la señora Robinson tembló.

—Es mi única sobrina. Vive en Misuri. Su padre murió la primavera pasada y mi hermana pensó que sería buena idea que se marchara durante un tiempo. Iba a empezar su último año de instituto en septiembre y queríamos que hiciera borrón y cuenta nueva. Y ahora... Oh, Dios, necesito llamar a mi hermana.

—Puede hacerlo desde el hospital, señora Robinson, en cuando haya hablado con el médico. Pero vi yo misma a Felicia esta mañana y su vida no corría peligro. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo con ella?

—Anoche. Cenamos juntas en la cocina. Quería comer conmigo y hacerme compañía, aunque luego fuera a salir.

—Cuénteme todo lo que recuerde, señora Robinson. ¿Le dijo Felicia adónde iba? ¿Tenía algún amigo en Sharp's Cove?

La señora Robinson sacudió la cabeza.

—Le habría presentado a los nietos de mis amigos, pero pensé que no se llevarían bien. Me

sorprendió que saliera un jueves por la noche. Pero es responsable, así que no dije nada. No es de esa clase de chicas que beben o buscan problemas.

—¿Sobre qué hora se marchó?

—Debió de ser cerca de las nueve de la noche. Le dije que se estaba haciendo tarde, pero se rio —dijo la mujer, sollozando.

—No pasa nada, señora Robinson. Dígame, ¿recuerda qué llevaba puesto?

La señora Robinson asintió.

—Oh, sí. Llevaba pantalones azules ceñidos a los tobillos, de los que ahora les gustan a las chicas y una blusa color salmón. Estaba preciosa...

Natalie tomó nota mental de que debía buscar aquellas prendas de ropa.

Cuando llegaron al hospital, Susan y el doctor Ford les esperaban junto a la habitación de Felicia.

—Gracias a Dios que ha llegado, sheriff. La chica se ha despertado, pero no recuerda nada de la noche anterior y se está poniendo muy nerviosa.

—Doctor Ford, Susan, esta es la señora Robinson, la tía de Felicia.

—¿Puedo ver a mi sobrina?

Natalie buscó al doctor Ford con la mirada para que le echara un mano.

—Podrá verla en unos minutos, señora Robinson. Pero recuerde que ha sufrido una grave experiencia traumática.

—¿La han... violado?

El doctor Ford no vaciló.

—Así es. Felicia fue asaltada sexualmente ayer por la noche. Aún no tenemos los resultados completos de las pruebas, pero ya hemos avisado a un terapeuta con experiencia, que vendrá de la ciudad para hablar con ella cuando esté preparada.

—¡Oh, Dios!

—Yo también necesito hacerle unas cuantas preguntas a Felicia —les interrumpió Natalie—. Cuanto antes hable con ella, antes podremos ponernos a trabajar para que esto no vuelva a ocurrir.



## **Hunter**

Hunter miró su camioneta, tratando de resistir la tentación de conducir hasta la casa de Natalie. Tenía muchas ganas de verla y eso le asustaba un poco, pero sabía que Natalie tenía un trabajo importante que hacer. Otra joven había sido atacada.

Además, en ningún momento le había dicho que lo de ayer fuera algo más que un lío de una noche, incluso si a él no se lo había parecido.

Le habría gustado pedirle su número de teléfono o, aún mejor, darle el suyo. En cuanto había salido de la cárcel se había hecho con un móvil; era lo único que había comprado. Nadie le había llamado aún a aquel número, pero le habría encantado que Natalie lo tuviera y también hacerse con el suyo. En cualquier caso, no pensaba entrar en la comisaría a pedirselo.

Para distraerse, Hunter escribió una breve carta a Mac. En ella le contó la verdad sobre algunas cosas: la granja, su familia y su preocupación por no poder acabar todas las reparaciones antes de que llegara el invierno. Pero no le dijo nada sobre Natalie o sobre el miedo que sentía de que a su hermano le acusaran de cometer esos nuevos crímenes. No quería cargar a Mac con aquellos temores; eran demasiado graves.

Hunter trató de leer un libro, pero estaba demasiado nervioso. Fue a buscar a su hermano y lo encontró en el establo, echando paletadas de estiércol en un cubo. Tomó una horca y arremetió con furia contra el heno, trabajando con él codo con codo. Al menos Stormy, la yegua de Jesse descansaría en un espacio confortable.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Jesse. Su hermano podía ser sorprendentemente incisivo.

—Nada importante, solo me preguntaba qué tiempo hará mañana.

—Parece que va a llover. Pero no creo que estuvieras pensando en eso. Creo que pensabas en una chica.

—Para nada. En lo que tengo que pensar es en cómo podemos mejorar las cosas. —Echó un vistazo al establo. Jesse, probablemente no se había dado cuenta, pero Hunter sabía que no aguantaría el invierno si no arreglaban el tejado. Igual que la casa. Había un montón de reparaciones pendientes y la mayoría costaban un dinero del que no disponían. Iba a tener que ir al banco un día de esos. Quizá el día siguiente.

—No nos fue tan mal, ¿sabes? Cuando te fuiste. Yo cuidé de mamá.

—Sé que lo hiciste, Jesse... y estoy muy orgulloso de ti. No sé si te lo había dicho antes.

—¿Por qué te fuiste, Hunter? Mamá dijo que estabas demasiado lejos para ir a visitarte.

—Así es. Pero os escribí, ¿recuerdas?

Jesse asintió, excitado.

—Guardé todas tus cartas. Están en mi cuarto, te las puedo enseñar.

—Eso estaría bien.

—Me está entrando hambre.

—Tú siempre tienes hambre. ¿Por qué no entras en casa y te preparas algo? A esta hora, mamá seguramente está dormida.

Jesse asintió, sagaz.

—Tendré cuidado de no despertarla. ¿Estás seguro de que no quieres nada?

—No, estoy bien. Voy a irme a la cama.

—Aún estás pensando en la chica.

—Buenas noches, Jesse. Hasta mañana. Estaré aquí, si mamá o tú necesitáis algo.

La puerta del establo colgaba de un gozne y Hunter decidió arreglarla. Era una labor para dos personas y habría preferido hacerlo a la luz del sol, pero necesitaba entretenerse con algo para agotar sus energías. Quería acabar exhausto para no pasar la noche despierto, preocupado por Natalie.

Tras media hora peleando con la puerta, por fin consiguió dejarla como quería. La abrió y cerró varias veces y sonrió satisfecho. El trabajo manual nunca le había resultado tan satisfactorio como ahora.

Aún sonreía como un idiota cuando vio las luces. Se cubrió con el brazo, intentando averiguar quién podía ser a esas horas. Reconoció el coche patrulla de Natalie y la silueta tras el volante.

La chica abrió la puerta del coche y salió. Aquella noche vestía una camisa blanca y unos vaqueros ceñidos que resaltaban la longitud de sus piernas. Hunter comenzó a sudar.

—Espero que no hayas venido por temas de trabajo —dijo, irónicamente. No podía permitir que Natalie se diera cuenta de lo mucho que le había afectado su encuentro del día anterior.

—¿Qué? No, por supuesto que no. Sé que tú no hiciste...

—Ha sido una broma de mal gusto, lo siento.

—Ah, vale. Ha sido... un día largo.

—¿Tienes unos minutos? Hay algo que quiero enseñarte.

Ella asintió y le siguió al interior del establo.

—Esta es Stormy, la yegua de mi hermano. Va a dar a luz muy pronto. —Hunter no sabía por qué, pero le daba la impresión de que a Natalie le encantaban los caballos.

La expresión de Natalie se suavizó. Alargó la mano y dejó que la yegua la olisqueara y lamiera sus dedos.

—Es preciosa. ¿Qué vais a hacer con el potro?

—Jesse quiere quedárselo, pero creo que deberíamos venderlo.

—No es una decisión fácil. —Apartó la mano y Stormy relinchó a modo de protesta. Natalie volvió a acariciarle el morro—. Te gusta que te hagan caso, ¿verdad, chica?

—Pareces cansada. ¿Por qué no vamos al granero? Te daré un vaso de agua.

Ella asintió y, juntos, caminaron desde el establo hasta el edificio que había al lado. Hunter trató de vencer la vergüenza que sentía por el ruinoso estado en el que se encontraba. Las cosas eran así. Le ofreció el vaso de agua.

—Gracias —dijo ella. Sus dedos se rozaron mientras él le entregaba el vaso, como si estuvieran ansiosos por entrar en contacto.

—Cuéntame qué estás haciendo aquí.

Ella se paseó por el espacio que había convertido en su habitación.

—Hunter, es una chica tan joven...

—¿Quién es? ¿Se va a poner bien?

—Es la sobrina de la señora Robinson. Había venido a Sharp's Cove a pasar el verano. Se va a poner bien, al menos físicamente. Pero el asesino se está volviendo cada vez más violento. No se ha limitado a violarla, la ha golpeado hasta dejarla medio muerta. Y la ha mordido... —Se tocó el pecho de forma inconsciente. Hunter recordaba la descripción de la herida de Natalie, que había hecho su abogado. Había sido una de las muchas veces durante el juicio en las que le habían entrado ganas de vomitar.

—Me alegro de que hayas venido. Cuéntamelo.

—Hunter, hay algo que necesitas saber. Felicia... La chica... dijo que su atacante tenía el tatuaje de un pájaro.

El rostro de Hunter se cubrió de sudor frío.

«No puede estar ocurriendo lo mismo otra vez».

—No fui yo, Natalie —le dijo. Al hablar le falló la voz y se odió por ello.

—Lo sé, lo sé. El asalto se produjo anoche, mientras estábamos juntos.

Natalie ladeó la cabeza, como incitándole a llegar a la conclusión lógica, por sí mismo.

—Tampoco fue Jesse. Anoche estaba fuera, en un retiro religioso, con mi madre. Volvieron esta mañana.

—Aún te preocupas más por tu hermano que por ti mismo.

—¿Debería estar preocupado por cualquiera de los dos? Nosotros no lo hicimos, Natalie.

—Me inquieta el tatuaje. ¿Por qué tiene también el tatuaje de un pájaro? ¿Lo leyó en el periódico y se lo hizo mientras estabas en prisión, para que te acusaran de estos nuevos crímenes? De ser así, podría ser una forma de encontrarlo. Le he pedido a Susan que llame a todos los estudios de tatuaje de la costa.

Hunter asintió. Él había pensado lo mismo. Alguien lo quería ver de vuelta en la cárcel. ¿Por qué, si no, había reprimido sus impulsos durante doce años y había vuelto a empezar en cuanto Hunter había estado en libertad?

De nuevo, ella pareció leerle la mente.

—Piensas que puede andar detrás de ti, ¿no es así?

—La última víctima ha sobrevivido. ¿Le has pedido que identifique a su asaltante?

—Tiene amnesia selectiva. Es frecuente en casos muy traumáticos como este. Confío en que recupere la memoria, pero ahora mismo todo es muy vago. Solo recuerda la oscuridad y a un hombre con el tatuaje de un pájaro. Mañana intentaré que lo dibuje.

—¿Pero por qué iba a asesinar a Lanie y dejar a esta chica con vida?

—No creo que fuera esa su intención. Me estoy acordando de lo que Lorraine Vasquez, nuestro contacto en el FBI me contó por teléfono. Una vez que este tipo de personas han cruzado la línea y han cometido un asesinato, es casi imposible que den marcha atrás. Creo que también quería matar a Felicia, pero algo le interrumpió y necesitamos averiguar el qué.

Su teléfono empezó a sonar. Natalie miró el número y luego a Hunter, disculpándose:

—Lo siento, es del laboratorio. Tengo que contestar.

—Bowmann. —De pronto, su voz adoptó un tono enérgico y profesional. Hunter se sentó en la cama y la observó mientras paseaba de un lado a otro—. Dame primero las malas noticias. —Escuchó la respuesta a través del aparato—. Sí, por supuesto, habrá sido lo bastante inteligente como para utilizar un preservativo. ¿Qué tal si ahora me cuentas las buenas noticias?

Natalie se detuvo de nuevo para escuchar la respuesta.

—Bien. No me importa si han pasado trece años. Es importante. Date prisa.

Dio las gracias a la persona que había llamado y colgó.

—Ha usado condón, igual que con Lanie, así que no vamos a poder seguirle la pista.

—¿Y entonces cuáles son las buenas noticias?

—Hemos estado buscando las muestras que me tomaron hace trece años para analizarlas. Se cometieron demasiados errores en aquel caso. Aunque la muestra aparece registrada en el sistema, en realidad nunca llegó al laboratorio.

Hunter alzó la cabeza al captar por fin las implicaciones de sus palabras.

—Si encontráis la muestra, podrá probarse que no lo hice yo.

—Esas son las buenas noticias. La han encontrado. —Natalie hizo una pausa y Hunter comprendió lo que estaba pensando: que no tendría que estar hablando con él sobre esto—. Debería irme.

—Quédate, por favor. Podemos hablar de cualquier otra cosa. —Hunter se forzó a quedarse donde estaba. No había nada que deseara más que reducir la distancia que los separaba, pero era ella quien debía tomar la decisión.

Por fin, Natalie se acercó y apoyó las manos sobre sus brazos. Él no se movió, disfrutando de la chispa de energía que experimentó cuando su piel entró en contacto. Ella le miró y la boca de Hunter pareció actuar con voluntad propia para cubrir la suya.

—No tenemos por qué hacer nada.

—¿Y si quiero hacer algo? —preguntó ella mientras mordisqueaba su lóbulo. Hunter sintió un estremecimiento en la entrepierna.

—¿Hunter? Te he traído algo para comer —dijo Jesse desde la parte baja del granero. Ni siquiera le había oído abrir la puerta.

—Pensándolo bien —susurró Natalie—, es mejor que me vaya a casa y duerma un poco. ¿Me llamas mañana?

—No tengo tu número.

Natalie recitó su número de teléfono con rapidez y se fue mientras Hunter buscaba un bolígrafo a toda prisa. Lo escribió mientras se preguntaba si por fin las cosas empezarían a mejorar.



## Natalie

Charles Doll era famoso en toda la ciudad por mantener el tipo bajo presión. Años atrás se había convertido en el héroe local tras ayudar a rescatar a una niña de un incendio. Había una multitud abajo pidiendo que saltara, pero Charles fue el único que cogió una manta y buscó a tres hombres más que la sujetaran por las esquinas. La niña se había arrojado desde una tercera planta, pero había salido indemne. El hecho de que un periodista hubiera sacado una fotografía excelente de Charles, bronceado y atlético, mientras cogía a la chica y la dejaba con cuidado sobre una camilla, había ayudado bastante a transmitir esa imagen.

Ahora aquel hombre daba la impresión de estar sufriendo un infarto.

—No puede decirlo en serio, sheriff. Lo que sugiere va en contra de la igualdad de derechos. Peor aún, es discriminación pura y dura, en base a la edad y al sexo.

—Estás exagerando, Charles. Lo único que pido es que los hombres de una edad concreta ofrezcan voluntariamente una muestra de ADN mientras esperamos a que nos entreguen la que tenemos en el laboratorio. Les estoy pidiendo ayuda para atrapar a un asesino. ¿Tan malo es eso?

—No digo que sea malo, sheriff... Natalie... Pero, por favor, piénsalo desde su punto de vista. Estás haciendo una distinción que afecta a los hombres de entre treinta y cincuenta años. Eso va en contra... A la gente no le va a gustar.

—El asesino vive aquí, Charles. Está cerca, en alguna parte. ¿No crees que los hombres de Sharp's Cove quieren que las mujeres estén a salvo? Está claro que saben que sus hijas y hermanas pueden ser las siguientes.

Charles sacudió la cabeza.

—No te lo discuto. Solo te ofrezco mi opinión profesional al respecto, Natalie.

—De acuerdo. Hazme un borrador de un texto en jerga legal que pueda servirnos. Lo hablaré con el alcalde para ver qué opina. Quizá pueda ayudarnos.

—Lo tendrás hoy a última hora. Pero hay algo más que quería pedirte. Déjame que te invite a cenar, Natalie —dijo Charles. Ella iba a responder, pero la interrumpió—. No, escúchame un momento. Sé que te lo he pedido muchas veces antes y siempre me has dicho que no. Pero ahora me da la impresión de que estás... distinta. Como si estuvieras preparada para seguir adelante con tu vida. Solo te pido que lo pienses. Conmigo no pasarías apuros económicos.

«No pasaría apuros económicos, ¡qué romántico!».

Natalie sopesó su respuesta. Sabía que Charles estaba coladito por ella, pues había tratado de conseguir una cita durante los últimos seis o siete años. Ella siempre le había rechazado. Sentía que su cuerpo aún no estaba listo. Y ahora que había comprobado que estaba preparada, no albergaba el menor sentimiento romántico hacia él.

—Charles, por favor. Somos amigos. Buenos amigos. Pero nuestra relación no va a ir más allá.

Él la miró con tristeza.

—Piensa en ello, Natalie. Es lo único que pido.

Ella asintió. No quería decepcionarlo o herirle más de lo necesario. Pero sus pensamientos se centraban en otra persona. Recordó los antebrazos musculosos de Hunter cuando la había sujetado el día anterior en el granero. Cada vez que pensaba en él, una sensación cálida recorría su cuerpo. Le hacía sentir segura, como si en su compañía nada pudiera hacerle daño; como si ya no necesitara vivir con el miedo que durante años había anidado en su interior. Incluso aunque no hubiera tenido la seguridad de que era inocente, la reacción de su cuerpo cuando estaban

juntos era toda la confirmación que necesitaba.

Al abandonar la oficina de Charles la golpeó una vaharada de aire caliente. Alzó la vista. No había una sola nube en el cielo; aún no. Sin embargo, aquel calor agobiante no era normal, ni siquiera en el punto más álgido del verano. Natalie tomó nota mental de llamar a los guardacostas para preguntarles si había previsión de tormenta.

Sonó el teléfono y tuvo que hacer esfuerzos para encontrarlo en el bolso. Lo guardaba allí porque, aunque los bolsillos seguían teniendo el mismo tamaño, los teléfonos habían ido haciéndose más grandes con el tiempo. Había leído en alguna parte que la ausencia de bolsillos prácticos en la ropa femenina era uno de los símbolos remanentes del patriarcado.

Por fin lo encontró. Afortunadamente, seguía sonando.

—¿Hola? —dijo.

Emma balbuceó al otro lado del aparato:

—Entonces, ¿qué te vas a poner?

—¿Poner? ¿Cuándo?

—¡El sábado, Nat!

—¿Qué pasa el sába...? —Natalie se detuvo cuando lo recordó. La fiesta de pedida de Helen, por supuesto. Llevaba planificada desde el principio del verano. Reculó—: es una barbacoa, así que puede que ¿vaqueros? O pantalones cortos, si sigue haciendo este calor.

Natalie se apartó un mechón de pelo de la frente, apelmazado por el sudor.

—¿Vaqueros? ¿Estás loca? Todos los amigos de Jake han bajado de la ciudad. Hay un montón de hombres para elegir, no sé si me entiendes.

—Ya, la verdad es que no estoy interesada.

—Oh, Nat, lo siento. Solo bromeaba. —Emma sonó avergonzada, como si hablar con ella de una vida sexual sana fuera algún tipo de crimen.

—No, me refería a que no necesito saber nada de otros hombres. He conocido a alguien. — Natalie descubrió que decirlo en voz alta le hacía sentir bien.

—¿Cómo? ¿En serio? ¿A quién? ¿Por qué yo no sabía nada?

—Son muchas preguntas, Em. Simplemente, ocurrió. ¿Qué te parece si lo hablamos el sábado?

—Le traerás a la barbacoa, ¿no? Quiero conocer a ese hombre misterioso.

Natalie sopesó la idea. Quizá *debía* pedirle a Hunter que la acompañara a la barbacoa. Se lo preguntaría a Helen, pero le daba la impresión de que, como ambos eran amigos, seguramente no tendría inconveniente.

—Tengo que irme, Em. Estoy al lado de la comisaría y necesito sentarme un rato frente al aire acondicionado.

—Vale, pero llámame esta noche. ¡No tengo nada que llevar a la fiesta!

Una súbita conmoción fuera de la comisaría llamó su atención. Natalie apresuró el paso. No, no era fuera de la comisaría, sino fuera del banco, que estaba convenientemente situado solo dos números más allá. Probablemente ese era el motivo por el que nunca habían sufrido un atraco, ni siquiera durante los ochenta, cuando parecía que casi todas las semanas se robaba alguno a lo largo y ancho del país.

Un numeroso grupo de personas rodeaban un vehículo. Su corazón se aceleró cuando se percató de que se trataba de una camioneta azul oscuro.

—¿Qué demonios está pasando, Rob? —preguntó al ver a su ayudante en un extremo del círculo.

—Acabo de llegar, estoy tratando de enterarme.

Natalie se acercó al coche por un costado y vio a la madre de Hunter sentada en el asiento del copiloto. Estaba muy pálida y sus manos temblaban.

Hunter se encontraba a unos pasos de distancia de la camioneta. Tenía las manos en los costados y apretaba los puños con fuerza. Natalie no podía oír lo que le estaba diciendo el hombre con el que conversaba, pero escuchó con claridad la respuesta de Hunter.

—Te lo juro por Dios, si vuelves a acercarte otra vez a mi madre, voy a golpearte.

—Entonces volverás a la cárcel, que es donde deberías estar —le dijo un tipo que estaba detrás. Natalie no sabía quién era, pero no importaba. Se abrió paso hasta el interior del círculo, donde cinco hombres corpulentos rodeaban a Hunter.

—¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Qué estáis haciendo? —preguntó. Su mirada se centró en Paul. Le pareció que iba a causar problemas.

—No debería estar en nuestra ciudad, sheriff. Tú lo sabes mejor que nadie.

El aliento de Paul olía a alcohol. Natalie se irguió hasta alcanzar su máxima altura. Era media cabeza más baja que la mayoría de aquellos hombres, pero eso no la detuvo.

—Pensaba que me había expresado con claridad la última vez que hablamos. El señor Fowler es libre de ir a donde quiera, siempre y cuando no vulnere la ley. Y ahora mismo me da la impresión de que no es él quien la está vulnerando. —Sus ojos recorrieron con lentitud a las personas que formaban el círculo, para dejar claro que recordaría el rostro de cada una de ellas —. Debéis marcharos a casa.

—Estaba en el banco, sheriff. Puede que quisiera robarlo. Solo somos ciudadanos preocupados.

—¿De verdad? ¿Está robando un banco mientras su madre espera en el coche? —Sacudió la cabeza—. El señor Fowler no se merece esto. O le dejáis que suba a su coche ahora mismo, o vais a pasar la noche en el calabozo.

—¿Ahora le ponen los criminales, sheriff? ¿Eso es lo que se estaba guardando durante todos estos años?

Natalie vio cómo la mano de Hunter se cerraba formando un puño y comprendió que estaba a punto de cometer una estupidez. Aunque se emocionó al pensar que estaba dispuesto a defender su honor, su sentido común le decía que había una forma mejor de resolver aquella situación. Se dio la vuelta y empujó al hombre que acababa de insultarla mientras le ponía la zancadilla para hacerle tropezar. Este cayó desmadejado a sus pies.

—¿Alguien más piensa que insultarme es buena idea? —dijo con una sonrisa tensa.

Junto a ella, el puño de Hunter se relajó y dejó caer la mano a su costado, de nuevo.

—Venga, fuera todo el mundo.

Lentamente, la multitud comenzó a dispersarse.

«Probablemente van a tuitear sobre esto. Apuesto a que esta noche el alcalde ya se habrá enterado».

—Gracias, sheriff —dijo Hunter. Pronunció las palabras correctamente, pero evitó mirarla a los ojos.

Natalie apoyó la mano sobre su musculoso antebrazo.

—Venga, Hunter, todo va a ir bien.

—¿Seguro? —Se desembarazó de ella—. Porque, desde mi punto de vista, solo he bajado a la ciudad para tener una simple reunión con el gerente del banco y la gente le ha dado un susto de muerte a mi madre.

Natalie bajó la mano y se acercó al coche. Abrió la puerta del conductor y echó un vistazo al interior.

—¿Está usted bien, señora Fowler? —le preguntó con amabilidad.

—Yo... Sí. Supongo que estaba... —La anciana enmudeció cuando se percató de que no tenía ni idea de lo que iba a decir.

—Se han marchado, señora Fowler. Hablaré con ellos y me aseguraré de que no vuelvan.

Los ojos de la madre de Hunter brillaban por efecto de las lágrimas.

—Él no lo hizo. No hizo nada de lo que dicen.

—Lo sé, señora Fowler. Lo sé.

—Por favor, apártate —dijo Hunter con sequedad—. Voy a llevarme a mi madre a casa.

Natalie se apartó, sabiendo que no había nada que pudiera decir.



## *Natalie*

Natalie estaba calentando una de sus tristes cenas precocinadas —la tercera de aquella semana — cuando volvió a escuchar un ruido en el exterior. Valoró la idea de coger un cuchillo, pero luego se deslizó suavemente hasta el salón y se hizo con la pistola. Si alguien estaba buscando pelea, se la iba a dar.

Abrió la puerta y se encontró con Hunter, que tenía la mano lista para llamar.

—Natalie —le dijo, recuperándose con rapidez—. Lamento el modo en el que me comporté antes. Sé que estabas intentando evitar una situación peligrosa y te agradezco tu ayuda. Simplemente... no reaccioné bien cuando esas personas amenazaron a mi madre.

Natalie le observó impasible, hasta que Hunter dio un pequeño paso hacia atrás. Metió las manos en los bolsillos.

—Eso es lo que quería decir. Me voy.

Sus ojos se suavizaron.

—Ven dentro, Hunter —le dijo, echándose a un lado.

Los ojos de Hunter se iluminaron. Parecía diez años más joven.

—No estás acostumbrado a que la gente trate de ayudarte, ¿verdad?

Se rio.

—Es una forma de verlo.

Ella le condujo a la cocina.

—¿Quieres té o agua? Es lo único que puedo ofrecerte.

Hunter se encaramó a uno de los taburetes altos. Aun así, no tuvo problema en apoyar las botas firmemente en el suelo.

—Agua, gracias.

—No puedes culpar a la gente por estar preocupados y tener curiosidad. Ya no estamos en el Sharp's Cove de siempre. Dos chicas han sido asaltadas en las últimas dos semanas. Una de ellas ha muerto. —Sus ojos grises adoptaron una expresión cautelosa—. No puedes quedarte escondido en la granja como un ermitaño. Te hace parecer...

—¿Culpable? ¿Es eso lo que ibas a decir? Puedes decirlo, ¿sabes?

Unas arrugas finas se marcaron en su frente.

—El tema ya aburre, Hunter. Sé que no lo hiciste. Pero también sé que eres el principal culpable de que nadie buscara al verdadero violador cuando ocurrió. Eso es lo que estoy intentando hacer ahora.

—¿Crees que no lo sé? Es algo que me quita el sueño. Durante más de una década, cada vez que he podido entrar en Internet, he buscado información sobre Sharp's Cove, con miedo a descubrir que había vuelto a actuar. Y ahora lo ha hecho.

Natalie salvó la distancia que les separaba y se plantó frente a él. Tomó sus manos y él las sostuvo como si agarrara un salvavidas.

—Voy a encontrarlo y va a pagar por sus crímenes.

Hunter prosiguió como si no la hubiera escuchado.

—Me marcharía de la ciudad, te lo prometo, pero no tengo ningún lugar a donde ir. No puedo llevarme a mi madre y a Jesse. La granja es lo único que nos queda.

—Me alegra saber el papel tan importante que juego yo en tus planes de futuro —le dijo Natalie.

—No me refería a...

—Relájate, no pasa nada. Solo estaba bromeando. Pero antes sí que hablaba en serio. Creo que debes dejar que la gente te conozca, Hunter. —Continuó hablando para no echarse atrás—. Y acabo de tener la idea perfecta.

—¿De verdad? Suena ominoso —dijo él arrastrando las palabras. Había recobrado el autocontrol y se parecía más al Hunter que había conocido. Tenía sus propios demonios, era imposible no tenerlos tras doce años en prisión, pero ahora volvía a estar al mando.

—Me gustaría que me acompañaras a una barbacoa este sábado.

—¿Una barbacoa? —repitió la palabra como si no supiera a lo que se estaba refiriendo.

—Exacto. Se trata de la fiesta de compromiso de Helen y Jake.

—¿Y quieres que vayamos... juntos? ¿Algo así como... una cita?

Natalie evaluó aquellas palabras durante un momento.

«¿Estoy lista para empezar una relación con Hunter?».

—Si necesitas ponerle un nombre, supongo que sí.

Hunter la miró con sus ojos grises y una expresión desesperanzada.

—No creo que sea buena idea, Natalie. No porque no quiera, Dios sabe que no es así, pero si nos ven juntos, te convertirás en una apestada. Mira cómo está sufriendo mi madre.

—Con todos los respetos, Hunter, yo no soy tu madre.

Él se rio.

—Lo sé, créeme.

—¿Por qué no nos vamos a dormir y lo hablamos mañana?

Él se la quedó mirando, indeciso.

—¿Quieres que pasemos la noche juntos?

—No puedo hacer sola lo que tengo pensado —le dijo. Lanzó una mirada significativa a su entrepierna y percibió la forma abultada del pantalón. En lugar de sentir miedo, experimentó una sensación de poder. Había perdido demasiado tiempo sintiendo lástima de sí misma, pensando que nunca volvería a su ser ni se permitiría la posibilidad de sanar.

Él la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se encontraron.

—Hunter.

—Quiero estar contigo otra vez —susurró—. Es lo único en lo que puedo pensar. Todas las noches.

Se inclinó y pasó el brazo derecho por debajo de sus piernas para alzarla con suavidad. Comenzó a caminar hacia la habitación de invitados mientras ella se agarraba a su cuello.

—No —le dijo—. Esta vez quiero hacerlo en mi cama.

—Yo quiero hacerlo en cada una de las habitaciones de la casa —respondió, subiendo las escaleras sin esfuerzo—. ¿Cuál es tu cuarto?

—La primera puerta a la derecha.

La dejó con cuidado sobre la cama y luego se sentó junto a ella, besándola suavemente. Natalie se dio cuenta de que ponía mucho cuidado en no avasallarla y le mordió el labio. No quería que actuara como si fuera a romperse.

—Ey —protestó Hunter, pero le devolvió el gesto cariñosamente. Estaba peleándose con los vaqueros de Natalie, que eran muy ceñidos. Ella alzó las caderas, tumbada sobre la cama y se los quitó a base de contoneos.

—Eres preciosa —le dijo, deslizando una mano por debajo de sus bragas y bajando. Luego, con la otra mano en el cierre del sujetador, añadió—: quítate esto también.

—Mejor no —respondió.

—¿Es por la cicatriz? —preguntó. Ella asintió.

—No quiero verla.

—Yo también tengo cicatrices —le dijo Hunter. Se quitó la camiseta para mostrar su pecho. Las pupilas de Natalie se agrandaron con deseo cuando vio sus músculos.

Hunter señaló una cicatriz que iba del músculo pectoral mayor al deltoides. Ella la recorrió suavemente con los dedos.

—¿Cómo te lo hiciste?

—Me caí de una bicicleta —dijo. Una clara mentira. La mano de Natalie descendió, haciéndole temblar de placer. Su índice se detuvo en otra cicatriz arrugada a la izquierda de su ombligo—. ¿Y esta? ¿También fue un accidente de bicicleta?

—Enséñame la tuya y te contaré las historias de todas mis cicatrices.

Los hombros de Natalie se encorvaron en actitud defensiva y le dio la espalda. La mano de Hunter fue detrás y rozó su hombro con delicadeza.

—Oye, Natalie. Mírame. Puedes dejarte puesta toda la ropa que quieras. Solo intento hacerte entender que yo... Que tus cicatrices no me importan. Pero me gustaría verte entera.

—¿Y si la encuentras tan repulsiva como la veo yo? —susurró Natalie. Su voz estaba teñida de un dolor infinito.

—Te prometo que no será así —dijo Hunter, bajando la mano para masajear su espalda con ternura.

Natalie soltó con soltura el cierre de su sujetador. Se giró para mirarle. No quería que se diera cuenta de lo mucho que le costaba mantener las manos a los costados y cuánto deseaba levantarlas para cubrir sus pechos.

Hunter la observó un momento y luego bajó la mirada hasta sus senos, redondos y firmes. Ella siguió su mirada, aunque ya sabía lo que vería. El pezón derecho estaba enhiesto; era el tejido que rodeaba al izquierdo, donde se había producido la herida. Aunque la marca del mordisco ya no era visible, el pezón de Natalie había sido prácticamente seccionado en dos.

Hunter se tomó su tiempo antes de volver a alzar la mirada a su rostro.

—Eres preciosa —le dijo y la abrazó.

Ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo en sus pulmones.

—Eres tú el que me hace sentir así.

Apretó la mano contra su bragueta. Una inhalación profunda le indicó que lo estaba haciendo bien. Bajó la cremallera con cuidado, deslizando tanto los vaqueros como los bóxers por debajo de su esbelta cadera. Entonces se percató de su enorme erección.

—Creo que quiero ponerme arriba otra vez —susurró.

—Puedes ponerte encima de mí todas las veces que quieras —le prometió Hunter. Se deshizo de los pantalones y los calzoncillos y se echó de espaldas en la cama. Cuando puso las manos detrás de la cabeza sus músculos se hincharon. Esta vez, Natalie no sintió el menor temor. Sabía que Hunter nunca la haría daño.

Recorrió su pecho, su vientre y los oscuros rizos que había más allá y rodeó su erección con la mano. Luego la deslizó hacia arriba y hacia abajo sobre su polla.

—Por favor, hazlo otra vez —suplicó él. Sus ojos ardían. No se movió ni dio empujones; se quedó muy quieto como si ella fuera a detenerse, pese a que era la última cosa que Natalie tenía en mente.

Ella buscó un preservativo en la mesilla de noche, se lo puso y luego montó a horcajadas sobre él. La sensación de su miembro frotándose contra su clítoris era maravillosa y repitió el movimiento una y otra vez. Hunter gimió como si experimentara dolor. Poco a poco, ella cedió al deseo y le permitió entrar. Se contoneó con las caderas, sintiendo cómo la penetraba y luego

empezó a moverse arriba y abajo, sin dejar de mirarle a los ojos. Había planeado hacerlo despacio, pero el orgasmo estaba llegando más rápido de lo que esperaba y no quería detenerse.

«Nos lo merecemos».

Fue como si su sexo le exprimiera mientras se corría, conduciéndole también al orgasmo.

Exhausta, se derrumbó sobre su pecho. Sus cuerpos aún seguían entrelazados.

—Ha sido... —dijo Hunter entre jadeos.

—Ha sido —corroboró ella y le besó en los labios. Luego le observó adormilada mientras se levantaba para deshacerse del preservativo. Subió de nuevo a la cama sin decir nada y la atrajo hacia sí. Ella se lo permitió. Reposó la cabeza sobre su hombro. Por una vez no luchó contra el sueño cuando este acudió.

Ni siquiera se sorprendió al despertar y descubrir que ya era de día. Se vistió con rapidez, con cuidado de no despertar a Hunter. Cuando llegó el momento de marcharse, se inclinó sobre la cama y le dio un beso en los labios carnosos.

—Buenos días —susurró.

—Muy buenos días —corroboró él mientras abría los ojos.

—Siento tener que irme corriendo, pero voy a llegar tarde a una reunión. Puedes marcharte cuando quieras, ¿vale? Ah, ¿y estamos los dos de acuerdo con lo del sábado? ¿Te recojo a las once de la mañana?

Él rio mientras se sentaba en la cama.

—Estamos de acuerdo. Siempre y cuando tus amigos no intenten darme una paliza.



## **Hunter**

Cuando Hunter pronunció esas palabras, no sabía que acabarían resultando proféticas. La mañana había empezado genial. En lugar de los pantalones kaki que Natalie solía llevar, se había puesto unos vaqueros ajustados que dejaban sus tobillos a la vista y le hacían un culo maravilloso. La visión de sus tobillos y de esas zapatillas planas de ballet estimuló su deseo, pero logró reprimirse. Sabía que Natalie quería llegar a tiempo a la barbacoa.

Decir que sus amigos le recibieron calurosamente sería exagerar, pero al menos nadie le soltó nada desagradable a la cara. Puede que Jake, el prometido de Helen, fuera el más simpático del grupo. Era un tipo de la ciudad que quizá no había oído la historia de Hunter, o puede que Helen le hubiera convencido ya de que no era cierta.

Jake le ofreció rápidamente una cerveza. Hunter se lo agradeció, pero la rechazó. Quería mantenerse alerta hasta el final del día.

—Como quieras, tío, pero sienta de maravilla con este calor —dijo Jake y procedió a dar un trago a su Budweiser. Hunter tenía la garganta seca. Vio una mesa larga surtida de jarras de cristal con dispensadores, que estaban llenas de agua y coloridas frutas de verano. Cogió un vaso sin saber muy bien qué hacer con él.

«Escoge una y usa el grifo pequeño, idiota».

Una rubia menuda se acercó a él. Hunter trató de recordar su nombre. No la reconocía de la época anterior a su entrada en la cárcel, pero la había visto en una ocasión desde que había vuelto y sabía que se trataba de una de las mejores amigas de Natalie.

—No hay fiesta de verano que se precie, que no tenga una buena selección de bebidas. ¿Qué te apetece, Hunter? —preguntó mientras leía las etiquetas escritas a mano—. ¿Prefieres infusión de agua de limón con menta o «sandía sorpresa»?

—Eh, creo que solo quiero agua, sin más.

—No vas a encontrar «agua sin más» en esta fiesta. Solo cosas más exclusivas.

Hunter se tensó. Sabía que le estaba hablando en código, pero no entendía una sola palabra de lo que decía.

—De verdad que solo quiero un vaso de agua.

Ella le dedicó una sonrisa radiante.

—Quizá pienses que soy muy poquita cosa, pero si le haces daño a Natalie, me aseguraré de que la cárcel se convierte en el menor de tus problemas.

—¿No eras... profesora de primaria?

Se rio con suavidad.

—Me gustaría verte sobrevivir un solo día en mi trabajo.

—No quería ofenderte. Me alegro de que Natalie tenga una amiga como tú.

—¿Sabes lo que dicen sobre la desconfianza? Cuando aparece...

—No voy a hacerle daño —dijo sosteniendo su mirada hasta que ella asintió por fin.

—Yo que tú, me decantaría por el agua de limón.

Dicho esto, se marchó tranquilamente. Llevaba unos shorts muy apretados que le hacían parecer más alta de lo que era en realidad y, aunque Hunter apreció sus piernas esbeltas, su cuerpo no reaccionó como lo había hecho con Natalie. Se preguntó dónde estaba y durante cuánto tiempo tendría que aguantar allí, antes de poder llevarla a un sitio para estar solos.

A Hunter le maravillaba que la gente viviera con tantos lujos. Aunque la casa que habían comprado Jake y Helen era grande, con ventanas que cubrían toda la pared, el edificio en sí no le

impresionó demasiado. Fue el jardín lo que llamó su atención, pues era lo bastante grande como para alojar un partido de fútbol americano. Natalie le había contado que Jake y Helen no se mudarían hasta después de la boda, pero aquel lugar ya lucía un aspecto imaculado.

«Al menos hasta que llegamos nosotros y nos pasamos el día pisoteando el césped».

Se dio una vuelta por ahí para echar un vistazo a los diferentes grupos de personas congregados. Así que esto era lo que hacía la gente normal durante los fines de semana. Ni siquiera eran conscientes de la libertad de la que estaban disfrutando. Un ruido a su izquierda le hizo fijarse en un joven que estaba dando un salto mortal para caer en la enorme piscina. Le vio desaparecer en el agua y esperó a que saliera, contando los segundos. Hunter había recibido formación de socorrista cuando tenía diecisiete años. Habían sido un par de buenos veranos. Sacudió la cabeza. Ahora, probablemente ni siquiera recordaba cómo nadar.

«Veintitrés, veinticuatro, veinticinco segundos».

Estaba empezando a preocuparse cuando el hombre salió del agua, tirando de la pierna de su amigo al mismo tiempo. Solo eran dos personas pasando un buen rato juntas.

Hunter sonrió y se preguntó si se pasaría toda la vida buscando problemas donde no había ninguno.

Vio a Natalie hablando con un grupo de mujeres, Helen entre ellas. Su vestido rojo, ceñido a sus curvas, le confería un aspecto adorable. También reconoció a una mujer que trabajaba en el banco. Había sido amable con su madre y con él durante su visita. Las mujeres estaban sonriendo y riéndose y no quería interrumpirlas. Apuró su vaso de agua y buscó en torno suyo un sitio donde dejarlo.

—Dámelo, yo me encargo —dijo una voz profunda. Hunter se giró buscando su origen. Pertenecía a un hombre corpulento con cejas espesas y barba a juego. Cogió el vaso de Hunter, que parecía pequeño entre aquellas manazas. Hunter se dio cuenta de que había unos cuantos hombres más detrás de él.

—¿Por qué no damos un paseo por el jardín? —dijo el hombre.

—¿No estamos ya técnicamente en el jardín? —preguntó Hunter.

—No seas listillo. Ven con nosotros.

Hunter suspiró. Podía haber llamado a Natalie, pero no le pareció la mejor forma de abordar el asunto. Este tipo de cosas iban a seguir sucediendo, le gustara o no... y tenía que aprender a vivir con ello.

Cuatro hombres le rodearon, incluyendo al gigante que había cogido el vaso. Le condujeron a un cobertizo cuya existencia no había advertido antes y cerraron la puerta tras él. Aquel lugar era bastante grande, pero no había sido pensado para albergar a cinco hombres adultos al mismo tiempo.

—Siéntate —ordenó el gigante, señalando una silla que había apoyada contra una de las paredes.

—Preferiría seguir de pie, si no te importa.

—Sí que me importa, capullo. Así que siéntate en la puta silla como te he pedido.

Hunter suspiró y se sentó. La silla crujió con su peso. No era de las que podían sobrevivir a un interrogatorio.

El hombre grande le evaluó con la mirada. Llevaba la cabeza afeitada, como Hunter cuando había estado en prisión, pero le dio la impresión de que en su caso no le quedaba mucho pelo que pudiera crecer.

—Me sorprende que hayas venido con nosotros —dijo por fin el hombre. Sus ojos brillaron con algo parecido al respeto.

—¿Qué esperabais que hiciera, pelearme en mitad de la fiesta? Sois cuatro contra mí.

—A juzgar por lo que veo, sospecho que ya te has visto en situaciones parecidas.

Hunter se encogió de hombros sin responder. Trataba de olvidar los recuerdos de peleas pasadas.

—¿Sabes dónde estamos? —el hombre grande alzó un puño amenazadoramente.

Hunter negó con la cabeza. Mantuvo los brazos caídos sin hacer ademán de protegerse.

—Te diré lo que sé. Sé que sois amigos de Natalie. Sé que estáis tratando de protegerla. No voy a discutir eso.

Se hizo el silencio. Hunter sostuvo la mirada del gigante. Por fin, el gigante se rio.

—Joder, me gustas —dijo ofreciéndole la mano a Hunter. Este la tomó, sorprendido. Había pasado bastante tiempo desde que alguien le había estrechado la mano—. Soy Adrian, el dueño del único garito decente en Sharp's Cove. También dirijo la brigada voluntaria de bomberos.

«Por eso no le recuerdo, es el dueño de un bar».

—Yo soy Tommy —dijo el hombre más bajito del grupo, saliendo de detrás de Adrian—, el primo de Helen. Conozco a Natalie desde que era una niña.

Los otros dos hombres se presentaron como Ray y Joe.

—Todos somos amigos de Natalie —dijo Adrian—. Ella dice que no has hecho nada y que ni siquiera tendrías que haber ido a la cárcel. Solo quiero asegurarme de que tengas claro lo que va a pasar si le haces daño a ella o a cualquier otra chica.

—No fui yo. Buscáis a otra persona. —Hunter estaba cansado de dar explicaciones, pero aquellos hombres eran amigos de Natalie.

—Si la haces daño, nosotros te lo haremos a ti —dijo Tommy. Su voz era un gruñido bajo.

—Creo que he captado el mensaje, gracias. —Todavía no estaba claro que tuvieran la intención de darle una paliza, así que Hunter se tomó su tiempo y paseó la mirada por el cobertizo, ofreciéndoles la oportunidad de decidirse.

Los antiguos propietarios de la casa debían de haber sido muy organizados. Las herramientas y los útiles de jardinería cubrían por completo una de las paredes. Cada uno de ellos tenía su correspondiente silueta dibujada en pintura amarilla brillante, por lo que era sencillo saber en qué lugar iba cada uno. El extremo más alejado estaba ocupado por pilas de leña para el invierno.

Oteando detrás de una de las pilas, Hunter vio algo que no habría visto si hubiera estado de pie. Era una llave inglesa. Volvió a mirar las herramientas. Había tres llaves inglesas, cada una en su espacio designado. No faltaba ninguna.

—¿Qué narices miras? ¿Acaso no nos estás escuchando? —dijo Adrian.

—Hay algo ahí.

—¿Qué...?

Hunter se dirigió al rincón y se arrodilló para mirar de cerca la llave inglesa. Los demás le imitaron.

—Joder, ¿eso es...?

—No lo toques —dijo Tommy—. Necesitamos guantes.

—A quien necesitamos es a Natalie —dijo Hunter.

Escuchó a alguien que salía corriendo del cobertizo y empezaba a llamar a Natalie, pero ni siquiera alzó la mirada para ver quién era.

Adrian se arrodilló junto a él, con la mandíbula apretada.

—¿Eso es sangre?

Entonces llegó Natalie.

—¿Estás bien, Hunter? —preguntó con recelo—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Solo echábamos un vistazo —dijo Hunter—. Pero hay algo ahí.

Natalie se puso a cuatro patas junto a él. Hunter trató de no pensar en lo increíble que era su culo mientras lo hacía.

—Es una llave inglesa. Puede que, simplemente, no esté en su sitio.

—Quizá. Pero mira las otras herramientas. Esta gente parece cumplir a rajatabla lo de «un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar».

—Natalie, esto parece sangre —le interrumpió Adrian.

Natalie sacó un par de guantes de su pequeño bolso y se los puso con un movimiento ágil.

—¿Qué? —preguntó, arqueando las cejas—. Jamás salgo de casa sin ellos. Nunca se sabe cuándo pueden resultar útiles. Antes de que la mueva, ¿puede alguno de vosotros tomar una fotografía?

Tommy asintió. Sacó su smartphone e hizo fotografías desde dos o tres ángulos distintos.

—Hecho.

Natalie cogió la llave inglesa y la metió en una gran bolsa con cierre hermético que le dio alguien.

Cuando Hunter vio las salpicaduras oscuras de la herramienta, no tuvo la menor duda de que acababan de encontrar el arma homicida.

—Todo el mundo fuera. No quiero que haya más gente paseándose por la escena. Necesito hablar con Jake y con Helen.

Jake y Helen ya estaban fuera del cobertizo. Alguien les había avisado de que estaba pasando algo.

—Esto estaba en vuestro cobertizo —dijo Natalie, mostrándoles la llave inglesa.

—Ni siquiera hemos entrado ahí desde que compramos... —dijo Helen.

—De hecho, yo sí —la interrumpió Jake, mirando a su prometida—. Para buscar pegamento termofusible. Pero no la había visto. ¿Qué problema hay? Solo es una llave inglesa. —Entonces el agente financiero respondió su propia pregunta—: joder, pensáis que es el arma homicida.

—¿Necesita un abogado, Natalie? —preguntó Helen. La expresión se congeló en su rostro.

—Yo no he hecho nada, Helen. ¿Por qué iba a necesitar a un abogado?

Helen lanzó una mirada significativa hacia Hunter.

Natalie sacudió la cabeza con cansancio.

—No quiero echar a perder tu fiesta de pedida, Helen, pero una joven ha muerto y otra se encuentra en el hospital. Esta llave inglesa bien podría ser el arma homicida, así que, sí, voy a tener que hablar con cualquiera que haya tenido acceso al cobertizo.

—Eso es un montón de gente, sheriff —dijo Helen—. Llevamos organizando la fiesta durante toda la semana. Hay personal del servicio de catering y decoradores yendo y viniendo a todas horas. Anoche tuvimos una sesión de fotos a la que acudieron incluso los invitados de la boda.



## Natalie

Natalie sacudió la cabeza, pero fue un error. Le dolía horrores; el tipo de dolor que empezaba justo sobre los ojos y acababa dando la vuelta completa.

Miró las fotografías que había colgadas en el extremo opuesto de su oficina. En alguna tenía que haber algo que le ayudara a identificar al asesino.

Alzó la vista de su escritorio justo cuando Rob aparecía en el umbral con su melena rubia y rizada.

—La sangre de la llave inglesa tiene dos tipos distintos. Uno es de Lanie y otro de Felicia.

—¿Eso es todo? ¿No hay más ADN?

—Solo el de las chicas.

«El asesino dejó la llave inglesa en el cobertizo, puede que con la esperanza de que alguien la encontrara. ¿Sabía que Jake y Helen estaban montando una fiesta? ¿Cómo entró en la caseta?».

—Felicia fue encontrada el miércoles. Estamos buscando a alguien que tuviera acceso al cobertizo entre ese día y el sábado.

Rob abrió su pequeño cuaderno. Natalie esperó pacientemente, sin molestarse en echar un vistazo. La escritura de Rob era ilegible; solo la entendía él.

—Veamos, eso sería... —Se detuvo consternado—. Eso sería la mitad de la ciudad, sheriff.

—¿Conseguiste la lista de personas que estuvo allí?

Rob asintió y empezó a recitar nombres.

—Y esa es solo la gente con un motivo lógico. Helen se apresuró a mencionar que el cobertizo no está cerrado con llave y que ni siquiera viven en la casa, así que cualquiera ha podido entrar en cualquier momento.

—Pero ha tenido que ser alguien que supiera que iban a celebrar la fiesta. De lo contrario, no tendría sentido haber elegido ese cobertizo.

«Se está riendo de nosotros».

—Los padres están asustados por sus hijas. Lllaman para preguntar cualquier cosa, pero lo que realmente quieren saber es si Sharp's Cove es un lugar seguro para ellas.

—Rob, tenemos que encontrar a este asesino. Cuando Susan y tú terminéis de hablar con toda esa gente, seguid tirando del hilo de los estudios de tatuaje, a ver si conseguís algo. Yo voy a coger el coche patrulla para volver al hospital con Felicia, a ver si recuerda algo más.

—Te informaremos si hay novedades, jefa.

—Perfecto. Ah, y ¿Rob? Llama al hospital para preguntarles por esa muestra de ADN, por favor. No sé por qué todavía no la hemos recibido.



Dos horas más tarde, el dolor de cabeza de Natalie estaba en pleno apogeo. Las buenas noticias eran que Felicia Robinson se encontraba mejor; las malas, que seguía sin recordar el ataque. Su memoria de aquella noche podía resumirse en tres palabras: oscuridad, miedo y pájaro.

De camino a la salida, Natalie paró en la sala del personal, con la esperanza de encontrar a la doctora Leroy. Quizá le pudiera dar unas pastillas de Tylenol. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

«Vaya suerte la mía».

Pensó en el triste botiquín de su casa. No le gustaban demasiado las pastillas y por eso apenas guardaba nada.

«Pasaré por la farmacia de camino a casa».

Natalie estaba a punto de darse la vuelta cuando salió el doctor Ford. Muy a su pesar, a Natalie le fascinaba la sonrisa del doctor. Era el tipo de hombre en el que no te fijabas hasta que sonreía y, de pronto, sus ojos parecían más brillantes y crecía la envergadura de sus hombros. Era algo que Natalie apreciaba desde una perspectiva casi «clínica».

—Natalie... Quiero decir, sheriff Bowmann —le dijo el médico, casi inclinando la cabeza. Era lo bastante alto para forzar a Natalie a estirar el cuello.

—Doctor Ford —le saludó, al tiempo que echaba un vistazo al interior de la sala del personal, que estaba vacía—. Buscaba a la doctora Leroy.

—Barbara se ha ido a casa. ¿Puedo ayudarla con algo?

—No es nada... Aunque supongo que usted sí *puede* ayudarme. Me duele la cabeza y quería un analgésico.

La evaluó con perspicacia.

—¿Los toma a menudo?

—De vez en cuando —le respondió, encogiéndose de hombros. No tenía ganas de explicarle cuándo había empezado—. No tengo migrañas con frecuencia, pero cuando las tengo son bastante fuertes —admitió.

—¿Lo ha hablado ya con alguien? Creo que debería acudir a mi consulta para que le eche un vistazo un día de estos. Quizá podríamos hacer un TAC para asegurarnos de que no hemos pasado nada por alto.

Natalie asintió, sin comprometerse a nada. Durante el tiempo que había estado trabajando como sheriff, había sido tratada de diversas lesiones, pero nunca la habían llegado a ingresar. Natalie tendría que sufrir una herida muy debilitante para que acudiera al hospital de nuevo. Odiaba aquel lugar.

El doctor Ford sonrió como si pudiera leerle la mente.

—Lo que quiere es que me calle y le dé algo para el dolor, ¿verdad?

Ella sonrió también. Después de todo, quizá aquel médico tan estirado tenía sentido del humor.

—Supongo que eso era lo que buscaba, sí. Pero pensaré en su oferta, si le sirve de algo.

—Es todo lo que le pido. —Escribió algo en un papel—. Tome, lleve esto a la farmacia de la planta baja. Le ayudará.

—Muchísimas gracias, doctor Ford. —Mientras cogía el papel, a Natalie se le ocurrió algo—. ¿Qué clase de medicación está tomando Felicia Robinson? —Cuando el hombre empezó a balbucear, Natalie alzó la mano—. Sé que no puede darme nombres, doctor Ford, solo quiero saber si algo de lo que está tomando puede estar afectando a su memoria.

Una ventana se cerró de golpe tras ellos. Natalie se dio cuenta de que el extraño sonido silbante que había estado escuchando era de hecho el viento.

«Parece que por fin ha remitido el calor».

—Tiene razón, sheriff, no puedo decirle qué está tomando. Pero nada en su medicación debería afectar a su memoria. En mi opinión profesional, su amnesia es simple y llanamente una consecuencia del trauma sufrido. Fue secuestrada y violada, temió por su vida. Todavía no entiendo cómo fue capaz de escapar...

—¿Cree que la recuperará pronto?

—Eso es lo que todos esperamos, sheriff, pero no hay nada que podamos hacer para acelerar

el proceso. ¿Tiene alguna otra pista? Las enfermeras han mencionado a un convicto que ha sido liberado hace poco.

Natalie le lanzó una mirada aguda.

—No puedo compartir los detalles de una investigación en curso —le dijo, devolviéndole el favor—, pero asumo que está usted hablando de Hunter Fowler. Tiene una buena coartada, por lo que ya no está considerado un sospechoso.

—Eso está bien, muy bien. En fin, si no hay nada más, sheriff, me marcharé a casa.

Natalie echó un vistazo al teléfono. Eran casi las seis. Ella también debería marcharse, quedaba demasiado trabajo por hacer.

—Yo vuelvo a la comisaría.

—No olvide pasar por la farmacia, de camino a la salida. No es seguro conducir con dolor de cabeza, sobre todo con el tiempo que hace.

Una vez que estuvo en el coche y con las pastillas en el bolsillo, Natalie se dio cuenta de que se estaba dirigiendo al norte, a las afueras de la ciudad, en dirección a la granja de Hunter.

Cuando llegó, vio una figura clavando a martillazos un poste nuevo junto a la entrada. Bajó la ventanilla del coche patrulla.

—Hunter... Perdón, Jesse. Hola. —Natalie le dedicó una sonrisa cansada. Se preguntó cómo había podido confundir a uno con el otro. A pesar de que tenía la misma estatura, la espalda de Hunter era más ancha y estaba más musculoso. Además, los ojos de Jesse eran como dos estanques de agua cristalina. No guardaban ni rastro de la oscuridad que ocultaban los de Hunter.

—Eres la sheriff —dijo Jesse—. La amiga de Hunter. Me lo ha contado todo sobre ti.

«Espero que no todo».

—Le voy a decir a Hunter que has venido —comentó mientras se alejaba a toda prisa—. ¡Se va a poner muy contento!

«Contento» no era la palabra que Natalie hubiera utilizado para describir a Hunter, pero, de hecho, cuando salió del granero y se acercó rápidamente al coche, parecía feliz de verla. Su pecho ancho y fornido estaba al descubierto. Aún seguía trabajando, a pesar de que eran casi las siete de la tarde.

—Natalie —le dijo—. ¿Va todo bien?

—Todo bien. ¿Aún sigue en pie lo de tomar algo?

Hunter desvió su mirada hacia la casa.

—Claro. Creo que mi madre está preparando la cena, podría...

Ella indicó con la cabeza en dirección al granero.

—Me refería a un vaso de agua —aclaró.

Los labios de Hunter se curvaron en una pequeña sonrisa.

«Bingo, ahí están los hoyuelos otra vez».

—Jesse, dile a mamá que cenaré cualquier cosa más tarde. Tengo que mantener una conversación con la sheriff.

—Hunter y la sheriff, sentados bajo un árbol... —comenzó a cantar su hermano.

—¡Para, Jesse! —dijo Hunter, haciendo esfuerzos por contener la sonrisa.

—Vale, pero ya no voy a trabajar más hoy. ¡Acaba tú de arreglar la valla! —El hombre salió corriendo hacia la casa.

—Es un buen chaval —dijo Hunter con tristeza. Ambos sabían que, con ese término, se estaba refiriendo a un hombre adulto. Luego le dijo a Natalie—. Pareces cansada. ¿Va todo bien? No habrá habido más...

Natalie sacudió la cabeza con rapidez.

—No, para nada. Pero me duele la cabeza. Cogí analgésicos en el hospital, así que, quizá me tome ese vaso de agua, si es que la oferta todavía sigue en pie.

—Lo siento —le dijo, apretando los labios.

—No te pongas tan serio.

—Es que no me gusta verte sufrir.

Estaban a punto de llegar al granero cuando el teléfono de Natalie comenzó a sonar.



## Natalie

Hunter sujetó la puerta del granero para dejarla entrar y escapar del ululante viento. Natalie contestó al teléfono al tercer timbrazo.

—¿Hola? —No reconocía el número.

—Natalie, ¿estás en la comisaría? —Era una voz gutural y desagradable. No le resultaba familiar.

«¿Quién puede ser?».

El instinto le hizo contenerse y evitó formular la pregunta.

—Sí, estoy allí —respondió sin ofrecer más detalles.

Hunter la miró con curiosidad.

—¿No sabes quién soy, Natalie? —La voz degeneró en una risa áspera. Se dio cuenta de que estaba utilizando un dispositivo para distorsionar la voz. Hoy en día, esos aparatos costaban unos cinco pavos en Amazon.

Natalie sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Se le erizó el vello de los brazos.

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó.

Cogió a Hunter del brazo y le hizo señas insistentemente en dirección a la camioneta.

—Deberías saber quién soy, Natalie. Después de todo, nos conocemos... y me refiero al sentido bíblico del término. —La obsequió otra vez con la misma carcajada áspera—. No creo que ninguna de las otras llegue nunca a satisfacerme tanto como tú. Aunque es verdad que entonces también era más joven.

Natalie presionó el botón de *mute*. Comprobó rápidamente que el pequeño icono estaba iluminado en rojo para asegurarse.

—Necesito tu camioneta, Hunter. ¡Ahora mismo! —gritó mientras echaba a correr.

Él corrió a su lado, adelantándola con facilidad gracias a sus largas piernas. Llegó a la camioneta antes que ella y se sentó en el asiento del conductor sin decir una palabra.

Aquella voz incorpórea seguía divagando. Natalie se obligó a escuchar, a pesar de que se estaba poniendo enferma.

—...el aroma de tu miedo fue... embriagador. Natalie, ¿aún estás ahí?

Natalie se sentó a toda prisa en el asiento del acompañante y cerró la puerta de golpe. El viento aullaba fuera, pero dentro de la camioneta el silencio era total. Presionó el botón del teléfono para activar otra vez el micrófono.

—Estoy aquí. ¿Qué quieres?

—He pillado a otra. Pero si estás muy ocupada trabajando, entonces...

—¿A quién?

—¿De verdad eso es lo que quieres saber? ¿No estás más interesada en lo que voy a hacer con ella?

—¡Déjala marchar!

—Lo haré, la dejaré irse. Pero esta vez será como con Lanie, me temo, y no como con Felicia. Quizá la encuentres flotando en el agua.

—Por favor, no lo hagas. No le hagas daño a nadie más —suplicó Natalie. Silenció el teléfono otra vez y habló con Hunter a toda prisa—. La próxima vez que silencie el teléfono, empieza a conducir y lleva la camioneta hasta la carretera principal. Quiere que vayamos a alguna parte.

—Y tú buscas ganar tanta ventaja como sea posible.

—¿Dónde estás? —Natalie le preguntó a la voz y acto seguido volvió a presionar el botón. Hunter no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Giró la llave para arrancar el vehículo y pisó a fondo el acelerador. La camioneta se deslizó sobre el barro y estuvo a punto de llevarse por delante la valla que su hermano y él habían estado arreglando, pero logró enderezarla en el último momento.

—No puedes hacer nada, estoy demasiado lejos. Incluso si te metes en el coche ahora mismo y te saltas todos los límites de velocidad, es imposible que llegues a tiempo.

Natalie le hizo una señal a Hunter y este detuvo el coche, apagando nuevamente el motor. Miró con preocupación la carretera tras ellos.

—Dime dónde estás. Conduciré hasta allí y hablaremos con calma —le dijo a la voz del teléfono. Sentía de todo menos calma en aquel momento.

—Me gustaría verte... No hablamos mucho la última vez que estuvimos juntos. Estabas demasiado ocupada chillando.

Natalie apretó las uñas contra las palmas de sus manos. Se estaba burlando de ella, lo sabía, pero no podía dejar que le afectara. Lo que había ocurrido trece años atrás no importaba. Lo que importaba era lo que estaba sucediendo ahora.

—¿Quién es la chica? —preguntó.

Mientras esperaba a que el hombre respondiera, envió un mensaje rápido a Rob.

«Lo tengo al teléfono. Dice que ha cogido a otra chica. ¿Alguien ha denunciado otra desaparición?».

—Natalie, eres muy predecible. Estoy en los acantilados, pero me habré largado antes de que llegues. No obstante, dejaré aquí su cadáver para ti.

Natalie colgó el teléfono. No necesitaba oír nada más de lo que le pudiera decir aquel enfermo.

Hunter giró a la derecha en el cruce, alejándose de la ciudad en dirección a los acantilados.

—Intenta no matarnos a los dos —le dijo, y luego añadió—: ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Le dijiste que estabas en la ciudad. Conducir hasta los acantilados te habría llevado treinta minutos. Desde aquí podremos llegar en quince. Catorce si te pones el cinturón.

—Mejor que sean diez. No sé cuánto tiempo tenemos.

Las manos de Hunter estaban blancas sobre el volante. Luchó contra la fuerza del viento, que amenazaba con lanzarlos hacia la cuneta.

—¿De verdad crees que ha sido él?

Ella asintió, temblando.

—No le has oído hablar. No era una broma telefónica. Era él.

El teléfono sonó otra vez. En esta ocasión, se trataba de Rob.

—Dime que tienes buenas noticias, Rob —dijo Natalie. Escuchó durante un minuto mientras Rob hablaba—. Mierda. No, no quiero que vengas aquí. Tienes que quedarte en la ciudad por si se trata de una trampa. Ve a la escuela e intenta descubrir qué ha pasado.

Golpeó el salpicadero antes de girarse hacia Hunter, que seguía con la mirada clavada en la carretera.

—¿Qué es lo que te ha contado Rob? ¿Hay otra chica desaparecida? —preguntó. Su voz era un gruñido bajo.

—Esta vez no se trata de una “chica”. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es Emma.

—¿Emma, tu amiga? Pero ella no...

—No encaja en el perfil de sus víctimas, estoy de acuerdo. No creo que esta vez la cosa tenga que ver con ella, sino conmigo. Por eso me ha llamado. Sabe lo mucho que me afectaría saber

que la ha atrapado. Voy a matar...

—Eso es lo que busca, Natalie. No entres en su juego.

Natalie se obligó a inspirar aire y a expulsarlo lentamente.

—Tienes razón, tienes razón. ¿Pero por qué me ha llamado? Sonaba satisfecho. No parecía querer entregarse.

—He conocido hombres como él —dijo Hunter—. Lo considera todo parte de un juego y no sería muy divertido, si tú no estuvieras allí para verlo.

—¿Cómo voy a salvar a Emma?

Sonó el teléfono. Otro número desconocido.

—Cógelo —dijo Hunter—. Hazle creer que estás destrozada, que has perdido el control. Veamos si comete un error.

Natalie asintió una sola vez.

—Hijo de puta —dijo.

La voz al otro lado del teléfono se quebró en una carcajada. Esta vez, sonaba más grave.

—Ah, así que te has enterado. ¿Quién lo ha descubierto? ¿Ha sido el bueno de Rob?

—Si le tocas un solo pelo a Emma, te juro que...

El hombre chasqueó la lengua.

—No me amenazas, Natalie. Solo por eso, igual le arranco una oreja.

—¡No! ¡Por favor, no le hagas daño! Deja que se ponga al teléfono. Necesito confirmar que está bien.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer. Nunca. Tú y esas otras putas vais a hacer lo que os diga y cuando os lo diga, ¿te queda claro?

Natalie apretó el teléfono con tanta fuerza, que empezó a dolerle la mano.

—Por favor, no le hagas daño a Emma. ¿Qué es lo que quieres?

—Ven a la zona norte de los acantilados. Sola. Tienes veinte minutos.

—Necesito veinticinco —dijo Natalie, mirando el reloj del salpicadero. Iban a llegar mucho antes.

—Tienes veinte. No llegues tarde o te perderás toda la diversión. —En esta ocasión fue él quien colgó.

—¿Hace cuánto ha desaparecido? —preguntó Hunter.

—Según Rob, hace una hora. Estaba en el colegio, preparando las cosas para el inicio del curso. El director fue al aula para preguntarle algo, pero ya no estaba. Había señales de forcejeo, por eso llamó a la comisaría.

—Entonces... aún no ha tenido tiempo de hacerle daño. Le gusta tomarse las cosas con calma —dijo Hunter.

—Solo intentas que me sienta mejor.

Él asintió.

—Pero además es verdad. No voy a volver a mentirte, Natalie, jamás —le prometió.

Natalie reprimió un sollozo.

—Siento haberte implicado en este asunto.

—Fue él quien me implicó, no tú. Y vamos a rescatar a Emma. Juntos.

Permanecieron en silencio durante un par de minutos. Hunter maniobraba el vehículo con dificultad a cada curva de la carretera. Natalie se alegró de viajar en la camioneta, mucho más robusta y pesada que su coche patrulla.

—¡Allí! Eso de ahí son los acantilados, Hunter. Déjame salir. Iré caminando desde aquí. No quiero que nos vea a los dos en el coche.



## **Hunter**

—**E**spera, no puedes ir andando sin más, con esta tormenta. Tengo una idea mejor. — Encendió las luces y condujo con lentitud, manteniendo el vehículo perpendicular a los acantilados.

—No hay nadie aquí —murmuró Natalie—. No va a venir.

Hunter no dijo nada. Nunca había dicho que fuera un experto en psicópatas, pero sabía lo suficiente para comprender que aquel loco se había llevado a Emma por un motivo. Quería que Natalie viera...

De pronto se fijó en una figura grande y jorobada que avanzaba con lentitud, enfrentándose al vendaval. Era un hombre con algo blanco a la espalda.

—¡Natalie, está ahí!

Un relámpago restalló, iluminando el fardo. Se trataba de una mujer rubia, aparentemente inconsciente. Sus piernas atadas asomaban por debajo del vestido blanco.

—¿Es Emma? —preguntó Hunter en voz baja.

Natalie asintió.

Hunter pisó el acelerador y encendió las luces del coche al mismo tiempo. El hombre se giró hacia ellos. Al principio dio la impresión de que no tenía rostro, pues su pasamontañas solo dejaba entrever sus ojos y su boca. Cuando sus miradas se encontraron, el tiempo pareció detenerse. Después, el hombre se irguió en toda su estatura y comenzó a avanzar con el fardo hacia el acantilado.

—¿Qué va a?...

El hombre había alcanzado el borde. Hunter observó con horror cómo alzaba el cuerpo inconsciente de Emma sobre sus hombros, como si la ofrendara a una deidad ancestral.

—¡No, no! —gritó Natalie mientras salía del coche.

Hunter dejó las llaves en el contacto y la siguió. La lluvia golpeó su rostro. Estaba sorprendentemente fría para tratarse de una tormenta de verano.

En un acto de fuerza increíble, el hombre arrojó el cuerpo de la mujer. Este ascendió primero en el aire y luego desapareció por el acantilado.

—¡Nooooo! —aulló Natalie.

El hombre lanzó una risotada y echó a correr hacia el bosque.

Natalie se quedó clavada en el sitio, con el rostro congelado en una expresión de horror. Hunter sabía que Emma podía haber muerto ya, pero solo había una forma de estar seguro.

Posó sus manos sobre los hombros de Natalie y la sacudió con delicadeza para sacarla de su estupor.

—¡Natalie, llama a Rob y pídele que venga! ¡Y luego baja hasta la playa! —gritó Hunter, para asegurarse de que le oía por encima del rugido del viento.

—¿La playa? ¿Cómo va a nadar hasta la playa? Tiene las piernas atadas... —En aquel momento comprendió lo que pensaba hacer y su cara demudó en una mueca horrorizada—. ¡No, Hunter, son cien pies!

Hunter apretó los hombros de Natalie durante un segundo. Luego la dejó allí y echó a correr hacia el punto en el que había visto desaparecer a Emma. Sus zapatillas chapotearon en el suelo embarrado mientras cogía velocidad. Apenas sentía la lluvia. La adrenalina y el miedo le sacudieron, mareándole.

Cuando era más joven, iba a menudo a lo alto de los acantilados para beber y fumar con sus

amigos. Su amigo Ray le había asegurado que había saltado en una ocasión, pero Hunter nunca se lo había creído del todo, ni se había sentido remotamente tentado de intentarlo por sí mismo.

Braceó para adquirir más velocidad. Aunque no sabía casi nada sobre saltar de acantilados, suponía que debía de alejarse tanto del borde como le fuera posible. Caer al agua desde aquella altura podía ser como chocar con un muro de cemento, pero era mejor que acabar pulverizado tras golpearse contra la pared rocosa.

El borde estaba cada vez más cerca. Justo antes de que el suelo desapareciera, Hunter saltó. Mantuvo su cuerpo recto como una vara. Tenía que entrar en contacto con el agua con los pies por delante. No necesitaba una licenciatura en Física para saber que, si empezaba a girar en el aire y acababa cayendo de cabeza, su cuello se quebraría como una rama.

El agua pareció alzarse para recibirlo. Él se tensó, apretó los brazos contra los costados y esperó el impacto. Cuando cayó, el dolor de sus piernas fue tan intenso que, por un momento pensó que había errado sus cálculos y había aterrizado sobre las rocas. Entonces se dio cuenta de que el suelo se movía. Estaba en el agua.

Hunter decidió que debía coger aire mientras aún tuviera oportunidad, pero cuando abrió la boca, solo entró agua. Se atragantó y se asustó al sentir que se hundía cada vez más. Sus pulmones ardían y la necesidad de respirar se volvió casi imposible de resistir, pese a saber que estaba bajo el agua.

«Puto imbécil. Como no te relajes, vas a acabar muerto».

Se obligó a detenerse y pensar. Entonces se dio cuenta de que todo se estaba ralentizando. Su descenso había concluido. Abrió los ojos bajo el agua. Todo estaba turbio, pero pudo identificar lo que creía que era la superficie. Movié las piernas con fuerza y se impulsó con los brazos.

Su pie derecho protestó, un dolor sordo que ascendía hasta la rodilla, pero no era el momento de pensar en ello. Sacudió la pierna derecha con más fuerza para compensarlo.

Por fin, cuando creía que sus pulmones estaban a punto de explotar, sus manos alcanzaron la superficie y después su cabeza hizo lo mismo. Por fin, Hunter pudo tomar una profunda bocanada de aire. Era la sensación más maravillosa del mundo.

De pronto, su cara volvió a encontrarse bajo el agua. Desorientado, su primer pensamiento fue que estaba hundiéndose otra vez, pero eso no tenía sentido. Luego la ola pasó sobre él y se descubrió sacudiendo las piernas para intentar mantenerse a flote.

Antes de que llegara la siguiente ola, Hunter miró a su alrededor, agradecido de que hubiera luna llena y al menos pudiera ver algo.

Buscó a Emma mientras las olas lo empujaban implacables hacia la pared del acantilado. Lo que parecía una pequeña tormenta desde arriba era una tempestad en toda regla en el agua.

No iba a ser capaz de nadar contra la corriente mucho más tiempo. Buscó desesperado algo blanco, pero no vio nada. Allí solo estaban el océano y él. Dio un giro de ciento ochenta grados.

«Si la corriente te está arrastrando hacia los acantilados, a ella le habrá pasado lo mismo».

Se dejó empujar por un momento, concentrándose en mantener la cabeza siempre por encima del agua. De pronto, una mano pálida apareció en la superficie. Hunter nadó en su dirección, con la esperanza de que sus ojos no le estuvieran jugando una mala pasada. Esta vez, la corriente le ayudó. En cuestión de segundos, llegó al lugar que pensaba que era el correcto.

No quería volver a bajar, pero sabía que la mujer no podía estar en otro sitio. Tomó una profunda bocanada, se sumergió y buceó con fuerza, agitando las piernas para avanzar más rápido. Estaba oscuro y turbio. Alargó las manos al frente y a los lados, pues el tacto era el único sentido que le quedaba.

Pronto, sus pulmones comenzaron a arder.

«Esto es imposible. Es como buscar una aguja en un pajar».

Palpó algo que parecía demasiado sedoso para ser un alga. Sus pulmones palpitaban. Tenía que salir a coger aire, pero si lo hacía, era posible que no la volviera a encontrar. Ignoró su instinto y se sumergió aún más. Tenía el pie izquierdo entumecido, pero aún podía bucear.

Y entonces encontró algo. Era pelo, no cabía duda. Tiró con fuerza, como si tratara de arrancar una zanahoria de la tierra y fue recompensado cuando el cuerpo flotó junto a él.

«¡Sí!».

Su visión se estaba volviendo borrosa por la falta de oxígeno. Se impulsó hacia arriba con sus últimas fuerzas y los dedos aún enganchados en el cabello de la mujer.

Por fin, su cabeza rompió la superficie. Sostuvo a la mujer contra su pecho mientras boqueaba como un pez, tratando de mantener su rostro lejos del agua. Las olas lo golpearon, pero Hunter se dejó arrastrar por ellas.

Con torpeza, apartó el pelo de su rostro con los dedos. No parecía Emma. La mujer que había conocido en la fiesta era vigorosa, vivaz y siempre estaba moviéndose. Ahora su cara estaba flácida, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo.

«¡No puedes morirte! ¡No es justo!».

Hunter recordó que Emma le había amenazado si hacía daño a Natalie y pensó en lo mal que lo pasaría esta si su amiga moría.

Le preocupaba Natalie. Confiaba en que no hubiera intentado perseguir a aquel loco, sin ayuda. Pero no podía preocuparse por eso ahora.

«Relájate. Sabes lo que tienes que hacer. Ha pasado mucho tiempo, pero es como montar en bicicleta».

Se puso al lado de Emma, sosteniéndola con el brazo y el hombro mientras agitaba las piernas para mantenerse a flote. Con el otro brazo liberó sus vías respiratorias y echó su cabeza hacia atrás. Una enorme ola los sepultó momentáneamente y Hunter escupió agua mientras recuperaba la posición. Volvió a liberar sus vías respiratorias y bloqueó su nariz con la mano izquierda antes de comenzar con la respiración artificial.

Contó hasta cinco en su cabeza y luego volvió a intentarlo. Tras cinco segundos más, empezó otra vez. De vez en cuando las olas trataban de sumergirles, pero él se debatía como pudo. Observaba el rostro de Emma en busca de una señal.

«Vamos, sigue».

Lo único que podía hacer era continuar con la respiración boca a boca. No podía realizar la reanimación cardiopulmonar mientras estaba en el agua. Repitió la respiración artificial y, súbitamente, Emma tosió y escupió agua.

«¡Sí!».

Emma le arañó el brazo. Trató de zafarse de él, hundiéndolo.

«Mierda. Más vale que recupere el control o vamos a ahogarnos los dos».

Acercó la boca a su oído.

—Emma, soy Hunter. No te va a pasar nada. No te muevas, voy a tratar de llegar hasta la playa. Natalie nos está esperando allí.

Fue la mención a Natalie la que obró el cambio. Emma cesó en sus forcejeos y permaneció inmóvil entre sus brazos.

—¿Natalie? —Hunter apenas podía oír su voz con el ruido del viento.

—Eso es. Va a reunirse con nosotros en la... ¡Joder!

Hunter se dio cuenta demasiado tarde de que las olas les estaban empujando directamente hacia las rocas. Trató de resistir la corriente, pero era demasiado fuerte y no pudo alterar su

rumbo.

Tuvo una extraña sensación de *déjà vu*. Se había encontrado con aquel mismo escenario durante sus clases de preparación para socorrista, quince años atrás. Por aquel entonces pensó que se trataba de un ejemplo bastante exagerado, pero recordaba bien la moraleja de la historia. El socorrista siempre debía posicionar a la víctima entre él y las rocas, porque, si estas lo golpeaban y se quedaba inconsciente, ambos morirían; en cambio, si era la víctima quien resultaba herida, aún podían tener una oportunidad.

Habían llegado casi a la pared del acantilado. La siguiente ola los empujaría directamente contra las rocas.

«Y una mierda».

Hunter dejó de resistirse y se dio la vuelta para que su espalda recibiera la fuerza del impacto. Se puso de lado para que fuera su hombro el que entrara en contacto con las rocas, en vez de su cabeza. Instantes más tarde, experimentó el primer golpe.

—¡Agh! —gruñó.

El dolor fue estremecedor, pero fue aún peor cuando sintió que su brazo simplemente dejaba de responderle.

Emma estaba murmurando algún tipo de plegaria, pero no podía oírla por encima del rumor de las olas. La sostuvo con el otro brazo, sabiendo que en cualquier momento chocarían con las rocas por segunda vez. No se sentía capaz de soportar otro impacto como el anterior y al mismo tiempo seguir manteniendo a ambos a flote.

Por fin, a pesar de la confusión que sentía, entendió las palabras de Emma. No estaba rezando, como había pensado en un principio, sino gritando algo sobre una «guarida».

—¿De qué estás hablando? —gritó a su vez.

Emma alzó la mano para indicarle el agujero en la pared.

—La Guarida de los Bucaneros.

Hunter estuvo a punto de echarse a reír. Se había olvidado de que estaba allí.

—Tenemos que subirte ahí —gritó, mientras nadaba con fuerza para no ser arrastrado. Al tener un brazo inutilizable, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Calculó el tiempo para que la siguiente ola lo ayudara a impulsarse hacia arriba y alzó a Emma tan alto como pudo con el brazo sano.

«Por favor, por favor, encuentra la forma de agarrarte a algo».

Si Emma volvía a caer al agua, ya no sabría qué hacer.

Aguardó un instante, pero Emma no cayó. Alzó la vista y la vio encaramada al saliente, tumbada boca abajo, mirándole. Estaba a salvo.

Hunter miró atrás, hacia la playa. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Nunca lograría atravesar aquella corriente, no en su estado actual.

«Es ahora o nunca».

Cuando llegó la siguiente ola, se lanzó hacia arriba con el brazo bueno. No llegó tan alto como había planeado. Rozó el saliente con los dedos, pero fue incapaz de agarrarse a él. Esperaba caer de nuevo al mar, pero algo lo sostuvo.

Parpadeó para desprenderse del agua salada y vio que Emma estaba sujetándole con todas sus fuerzas. Había rodeado su muñeca con ambas manos, pero Hunter seguía deslizándose hacia el borde.

«Vamos a acabar cayendo al agua los dos».

—¡Para, Emma! Peso demasiado.

—Agárrame, maldita sea —exclamó.

Hunter la miró a los ojos.

—Puedes soltarme. No pasa nada.

—Vete a la mierda. Si te suelto, Natalie me va a matar.

Y, tras decir esto, redobló sus esfuerzos y sus uñas se clavaron en su piel con ferocidad.

Gruñendo, Hunter logró alcanzar el saliente con el brazo derecho. Aquel miembro era como un peso muerto, pero al menos le sirvió para equilibrarse. Emma empujó hacia arriba, pulgada a pulgada, hasta que Hunter pudo pasar una pierna también y así impulsarse para encaramarse al saliente con el resto del cuerpo.

Rodó para alejarse del borde mientras respiraba con dificultad.

—Joder. Espero no tener que hacer algo así nunca más.

Se sentó y se frotó el hombro. Palpó una protuberancia en la parte delantera.

«Definitivamente, me lo he dislocado. Joder, cómo duele».

Emma permaneció donde estaba, observando el agua. Hunter la vio estremecerse.

«Probablemente va a entrar en estado de shock».

—¿Emma? Por favor, aléjate del saliente.

Emma le miró con ojos grandes y una expresión vacía.

—¿Dónde está? —preguntó. Las lágrimas se deslizaban por su rostro mojado.

—Se fue corriendo hacia el bosque.

—¿Has dejado a Natalie a solas con él? —le gritó.

—Fue a pedir ayuda. —Luego añadió—. Ya la conoces. Habría saltado detrás de ti si no lo hubiera hecho yo antes.

Emma asintió.

—Gracias.

Hunter se arrodilló para desatar sus piernas. La soga era muy áspera y le había despellejado sus tobillos. Debía de doler una barbaridad con el agua salada, pero Emma no dio muestras de ello.

—¿Te hizo algo? —le preguntó con voz tensa.

—No, al menos no lo que estás pensando. Me sacó de la escuela y me encerró en el maletero de su coche. Lo siguiente que recuerdo es que estaba cargando conmigo mientras estaba atada como un pollo.

Hunter dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—No tienes buen aspecto —le dijo Emma—. ¿Estás bien?

—Tú tampoco estás en tu mejor momento —respondió, riéndose.

—Me refiero a que no tienes pinta de poder ponerte en pie.

Hunter acunó el hombro con el brazo. También le dolía el pie. El dolor era lo bastante intenso para suponer que se había roto algún hueso al entrar en contacto con el agua, pero no quiso decírselo.

—No hay ninguna razón para levantarnos. Vamos a quedarnos aquí esperando hasta que Natalie venga a por nosotros.

—¿Y cómo va a venir? ¿Tienes un teléfono?

Hunter hurgó en su bolsillo y sacó un aparato rectangular y goteante.

—Pues sí, pero está empapado.

—¿No es sumergible? —le preguntó con curiosidad.

—Dímelo tú. Era el más barato de la tienda. —Suspiró—. No se me ocurrió preguntar.

Emma cogió el teléfono.

—¿Quién te vendió esto, Roger? Espero que te lo dejara regalado, porque de lo contrario fue

una estafa.

Hunter sonrió. Emma todavía estaba pálida, pero el color comenzaba a retornar a sus mejillas.

—Roger y yo jugábamos juntos al fútbol en el instituto. Me hizo una buena oferta.

—La próxima vez llámame e iré contigo. Esto no parece una buena oferta —le dijo mientras le devolvía el teléfono, que se había convertido en un trasto inútil.

—Quizá lo haga —dijo Hunter.

—Te debo la vida —respondió ella. Él se quedó callado.

—No me debes nada.

—Oye, no te asustes. No te voy a seguir por ahí para devolverte el favor, ni nada por el estilo. Pero estoy agradecida.

Él no dijo nada y, tras un momento, ella volvió a quedarse en silencio. Hunter se arrepintió de no haber hecho esfuerzos para que la broma durara un poco más.

—Todo va a salir bien, Emma. Natalie vendrá a por nosotros.

—Estuvo jactándose de lo que les hizo a esas pobres chicas. Dijo que yo era demasiado vieja y... —Su voz se quebró. Se estremeció y, en esta ocasión, no fue solo por el frío.

—Ven aquí —le dijo Hunter. Ambos estaban empapados, pero gracias a su mayor masa muscular, Hunter era capaz de generar más calor que Emma, que era mucho más pequeña. La rodeó con el brazo bueno y la atrajo hacia él.



## *Natalie*

Natalie corrió por el muelle de la playa y saltó al interior de la barca patrullera. Rob había hecho lo imposible por llevarla hasta los acantilados en un tiempo récord.

—Natalie, esto es una locura.

—Emma sigue ahí fuera —le recordó. La habitual expresión afable de Rob se endureció. Como casi todos los solteros de Sharp's Cove, había intentado conseguir una cita con Emma durante años. Por lo que Natalie sabía, ella siempre había dicho que no.

—¿De verdad, Fowler ha saltado tras ella? ¿Desde lo alto del acantilado? —preguntó Rob. Presionó con cuidado el mango del acelerador para meter la marcha.

Natalie asintió. Sabía que tendría pesadillas con aquello el resto de su vida.

«Dios, por favor, no permitas que se ahoguen».

Consultó su reloj. Habían pasado treinta minutos desde que Hunter se había lanzado al agua. Demasiado tiempo para que dos personas se mantuvieran a flote en mitad de una tormenta.

Recorrió con la mirada el agua espumosa que había a su alrededor.

—Tienes mala cara, Rob. Pensaba que eras un marinero nato —le dijo, intentando aligerar el ambiente.

—Supongo que es la cara que suelo poner cuando hago algo que me parece una locura. — Aunque resopló, estaba sonriendo—. Ahora en serio, Natalie. Esto no es seguro. La corriente nos está empujando contra las rocas.

Natalie miró en la dirección que le indicaba. En aquel momento escuchó algo, pero al principio era demasiado tenue y pensó que se lo estaba imaginando.

—Ssh, ¿oyes eso, Rob?

—No oigo nada.

Natalie aguzó el oído. Ahora tampoco lo escuchaba. Estaba a punto de dar la vuelta cuando las olas se calmaron un poco y un movimiento en las rocas captó su atención. Entonces lo oyó de nuevo. Era la voz de Emma.

—¡Están en la Guarida de los Bucaneros!

—¿Cómo demonios han llegado hasta allí?

—¡La corriente debe de haberles empujado! Vamos, tienes que acercarnos a la cueva.

—Acercarse a la cueva también implica acercarse a las rocas, jefa —le explicó Rob, con el tono que alguien emplearía para razonar con un niño de tres años—. Por si no te has dado cuenta, esto no es el Queen Mary. Esas rocas pueden romper nuestra barca como si fuera una cáscara de huevo.

—Solo un poquito, Rob, por favor. Para comprobar si se encuentran bien.

Rob resopló.

—De acuerdo, pero si la barca se acaba hundiendo te toca a ti explicárselo al alcalde.

Natalie asintió con impaciencia.

Por fin, se acercaron lo suficiente como para poder ver a las dos figuras que estaban sentadas en la entrada de la cueva. La más pequeña de las dos se levantó y saludó con la mano.

«Emma».

Natalie dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

Sentado junto a Emma, Hunter se cubrió la cara con el brazo derecho para proteger sus ojos de los focos reflectores de la barca.

—¡Emma! ¡Hunter! Vamos a sacarlos de ahí —gritó Natalie. Bajó la voz para que solo Rob

pudiera oírlos, pero aun así tuvo que hablar muy alto para competir con el rugido del viento—. ¿Cómo demonios vamos a hacerlo, Rob? Podrían estar heridos. Y no quiero esperar a que la tormenta amaine para volver a buscarlos, por si ibas a sugerir algo así.

Rob se encogió de hombros.

—Podría haberlo sugerido, sheriff, pero entonces ya sería demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Qué quieres decir?

—Ahora están a salvo, pero la marea está subiendo. En unos cuantos minutos la cueva en la que se encuentran estará bajo el agua.

Rob conocía aquellas aguas perfectamente. Si decía que la cueva iba a acabar sumergida, entonces tenían un problema.

«Mierda, qué mala suerte tenemos».

—En ese caso necesitamos llegar antes. Les lanzaremos una cuerda y les sacaremos de allí.

Rob sacudió la cabeza.

—Tendría que ser un lanzamiento espectacular, jefa.

—Deja de decirme todo lo que no podemos hacer y ayúdame, por favor —le suplicó. Sus ojos amenazaron con llenarse de lágrimas, pero las contuvo. No podía derrumbarse en aquel momento. Hunter y Emma necesitaban que Natalie siguiera de una pieza.

Rob suspiró. Sus grandes manos casi parecían delicadas mientras luchaba contra el temporal. No apartó la mirada del timón, pero alzó el hombro izquierdo.

—Ahí hay un salvavidas. Si lo atamos a la cuerda, será más pesada. Entonces solo nos queda confiar en que ambos puedan agarrarse a él mientras los sacamos del agua como a un par de caballas.

Natalie contuvo la risa. Ya contaba con que Rob saldría con una extraña analogía pesquera. Ató la cuerda al salvavidas con un nudo marinero. Que no le gustaran los barcos, no quería decir que no hubiera prestado atención en clase. Nadie salía de la escuela en Sharp's Cove sin aprender al menos ocho clases de nudos distintos. Tiró para ponerlo a prueba y ató el otro extremo a la barandilla, dejando libre la mayor cantidad de cuerda posible.

«Tendrá que servir».

Natalie se irguió.

—Déjame encargarme de esto, jefa. Trata de mantener la posición del timón, así.

Natalie asintió agradecida y le entregó la cuerda. Luego tomó posición frente al timón. A pesar de que estaba preparada, le sorprendió la rapidez con la que el mar trató de arrebatarle el control.

El agua la salpicaba inmisericorde, casi cegándola. Estaba más fría de lo que esperaba. Pensó en Emma, que había permanecido sumergida en el mar. Se sacudió el agua de los ojos y vio a Rob preparándose para lanzar la cuerda. Cuando flexionó sus poderosos brazos, Natalie dio gracias por todas las tardes que el hombre se había ido antes del trabajo para entrenar en el gimnasio. La cuerda abandonó sus manos. Deseó en silencio que alcanzara a Hunter y a Emma, pero cayó sobre el océano con un golpe decepcionante.

—Fallé.

Natalie apretó los dientes mientras se peleaba con el timón. Había pasado muy poco tiempo, pero ya sentía palpitaciones en los brazos.

—Ha estado cerca. Inténtalo otra vez.

Le pareció que Rob tardaba una eternidad en estar listo de nuevo, pero probablemente fue cuestión de unos pocos segundos. En esta ocasión ni siquiera vio el lanzamiento. Mantener el bote perpendicular al oleaje requería toda su atención.

—¡Sí! —gritó Rob—. ¡Hunter la ha cogido!

Natalie lanzó una rápida ojeada a la cueva, iluminada por el brillo amarillo del foco. Hunter estaba erguido, alzándose con sus seis pies y dos pulgadas de altura. Su brazo izquierdo colgaba de forma extraña, como si tuviera un problema en el hombro y su rostro carecía de expresión, mientras permanecía allí con el salvavidas en la mano.

Natalie sintió cómo el timón giraba. Incluso cargando todo su cuerpo sobre él, no fue capaz de estabilizarlo.

—¡Rob, no puedo mantenerlo recto! —gritó.

Rob corrió hacia ella y puso sus manos sobre las suyas. El agua goteaba desde sus rizos oscuros hasta sus mejillas.

—De acuerdo, chiquilla, no pasa nada. Te tengo.

—Espero que estés hablando a la barca —le amenazó Natalie.

—Créeme, jefa, estoy hablándole a la barca. Es la que necesita calmarse. Y ahora, ¿cómo planeas traer a esos dos hasta aquí?

—Van a tener que saltar al agua.

Natalie se deslizó hasta llegar a la barandilla, golpeándose en el codo casi sin darse cuenta. Toda su atención estaba centrada en Hunter y en Emma que, a juzgar por la expresión de esta última, parecían mantener una intensa discusión.

—¡Saltad! —gritó Natalie, tan fuerte como pudo, confiando en que su voz se escuchara por encima del bramido del viento—. ¡Saltad y tiraremos de vosotros!

Emma no se limitó a sacudir la cabeza. Sacudió todo el cuerpo.

—¡Tienen que saltar ya, Natalie! —gritó Rob con los dientes apretados.

—¡Emma, Hunter! ¡Saltad ahora! —gritó Natalie. Ya no intentaba disimular el pánico. Vio a Emma gritándole algo a Hunter. Por un momento, le preocupó que la discusión entre ambos se reanudara.

Entonces Hunter se encogió de hombros y con un movimiento fluido empujó el salvavidas a través de la cabeza de Emma y se aferró con el brazo a la parte exterior del anillo. Antes de que Emma pudiera pronunciar una sola palabra más, Hunter la alzó con el brazo derecho y saltó. Ambos cayeron por el borde.

—¡Rob, están en el agua!

Natalie vio a Hunter y a Emma desaparecer tras una ola y resurgir de nuevo. Emma escupió agua, aterrorizada, con el cuerpo atrapado en el interior del salvavidas. Hunter, colgado del brazo derecho, pateó con gran esfuerzo para acercarlos al bote.

Natalie empezó a tirar con todas sus fuerzas. La cuerda le quemaba las palmas, pero ignoró el dolor y siguió poniendo una mano delante de otra. Durante mucho tiempo le pareció que no se estaban acercando, pero de pronto estaban allí, al lado del barco.

Justo en ese momento una ola golpeó la barca, levantándola durante un lapso de tiempo imposible. Natalie se aferró a la barandilla, esperando a que llegara la caída.

—Mantenla tan firme como puedas, Rob, ya están casi en la popa.

—Descuida, jefa. ¡Pero diles que se den prisa!

Natalie no tuvo problema en interpretar las expresiones de los rostros de Emma y de Hunter. La cara de Emma estaba teñida por el miedo y Hunter tenía una expresión glacial, con la mandíbula apretada. Empujó a Emma hacia adelante hasta que llegaron junto a la barca. Luego soltó el salvavidas. Con el brazo derecho, la alzó hasta la escalerilla del casco.

Emma intentó subir, pero su cuerpo respondió con un movimiento descoordinado. Natalie comprendió que tenía demasiado frío para ascender por la escalerilla sin ayuda. Se inclinó, la

agarró del hombro y luego tiró con todas sus fuerzas. Sus palmas laceradas y los músculos de sus brazos protestaron, pero no dejó de tirar hasta que dejó de sentir el peso de Emma y esta se desplomó, temblando empapada a su lado sobre la cubierta.

—¡Emma! Estás bien, estás bien —dijo Natalie, dándole torpes golpecitos en el hombro.

—Ayuda a Hunter —gimió Emma—. Me ha salvado la vida.

Natalie volvió a mirar al agua, sintiéndose culpable. Se había sentido tan aliviada de que Emma estuviera sana y salva que se había olvidado de Hunter por unos momentos.

Hunter aún sujetaba la cuerda con el brazo derecho. Emma le miró mientras la soltaba, se agarraba a la escalerilla y empezaba a impulsarse hacia arriba. Subió empleando las piernas; abrazaba la escalera con el brazo derecho antes de pasar al siguiente peldaño. Su brazo izquierdo colgaba flácido a su costado.

Natalie quería agarrarle, pero no sabía cómo ayudarle sin hacerle más daño.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —gritó.

—Hombro... dislocado —gruñó.

Por fin logró encaramarse a la cubierta. Se dejó caer de espaldas, respirando trabajosamente.

—Guau, hacía tiempo que no iba a nadar. —Se puso serio—. ¿Emma está bien?

—Diría que va a estar bien, gracias a ti —dijo Natalie. Se inclinó sobre él para acercar la boca a su oreja. No quería que nadie más la escuchara—. Estás como una puta cabra.

Hunter logró ponerse en pie con dificultad. Observó el trasero curvilíneo de Natalie mientras entraba en la cabina y volvía con una pequeña manta térmica de salvamento para ponérsela a Emma sobre los delgados hombros.

—Todo en orden, Rob, ¡vámonos de aquí!

—Ya era hora —dijo Rob con voz ronca—. ¿Emma está bien?

Emma se acercó al timón. Parecía muy pequeña, cubierta por la manta de color azul marino.

—Realmente se alegra mucho de que estés bien —susurró Natalie.

—Estoy bien, Rob —le dijo—. Hunter dijo que vendríais, pasara lo que pasase, pero podríais haber muerto.

Rob apretaba las manos sobre el timón. Cerró los ojos con fuerza, como si le doliera, pero no dijo nada.

—¿Qué fue lo que pasó, Emma? —le preguntó Natalie—. ¿Puedes hablar de ello? Cualquier detalle que recuerdes podría ayudarnos.

—Todo ocurrió muy rápido, Natalie. Estaba en el colegio, preparando el material y otras cosas del aula. Reynolds, el director, estaba allí. Pensé que no había nadie más en el edificio, pero entonces escuché un ruido extraño.

A Natalie no le gustaba la expresión asustada de ojos abiertos en el rostro de su amiga. Se odió a sí misma por forzarla a revivir esos momentos, pero tenía que hacerlo.

—¿Viste su cara?

—Vi... una figura. Era un hombre grande. Pero se cubría la cara con algo, así que no pude verle. Solo le oí susurrar de forma horripilante. Me metió en el maletero, Natalie. Dijo que iba a matarme.

—Shh, no te va a pasar nada.

—Hace tanto frío —dijo Emma, temblando.

Natalie la condujo a la pequeña cabina y la dejó sentada en un catre. El mobiliario era muy sencillo, pero estaba limpio y al menos allí dentro todo estaba seco.

Salió otra vez para ver a Rob.

—¿Necesitas algo? —le gritó.

—¡Solo que pare el viento, sheriff! Deberíamos estar de vuelta en quince minutos. Ya me he comunicado por radio con el hospital. Habrá alguien esperándonos cuando lleguemos.

—¡Gracias, Rob!

Natalie se dirigió hacia Hunter, que estaba justo donde lo había dejado. Contemplaba el infinito, con expresión fría.

—¿Por qué no vas dentro con Emma? Al menos está seco —le dijo.

Él sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—¿Te duele mucho?

—He pasado por cosas peores. Pero creo que tendré que ver a un médico.

—Rob ya ha contactado con el hospital. Habrá un médico esperándonos en los muelles.

Hunter asintió con la mirada perdida en el mar. Natalie comprendió que necesitaba algo de tiempo para procesar lo que había ocurrido. La gente normal no pasaba de rescatar a alguien que se había caído al agua, a seguir con su vida unos minutos más tarde. Eso solo ocurría en las películas. Iba a llevarle algo de tiempo sentirse normal otra vez.

—¿Por dónde se fue? —preguntó.

Natalie se sentó junto a él, ignorando la lluvia.

—Corrió hacia el bosque. Quería perseguirle, pero decidí hacerte caso. Llamé a Rob y le pedí que trajera el bote a la playa y se reuniera conmigo.

Hunter asintió.

—Hiciste lo correcto. Ese tipo es peligroso. Ató a Emma antes de tirarla al agua. Sabía que sería incapaz de nadar.

—Se está arriesgando mucho. Debe de saber que, tarde o temprano, lo atraparemos.

—Es un hombre grande. Tan alto como yo o más. Eso debería servirnos para acotar la búsqueda.

—No es tan ancho de hombros como tú. Pero es alto —corroboró Natalie—. Ojalá pudiera acordarme. Si fuera capaz de recordar lo que pasó la noche que fui atacada... ¿Lo conocía? ¿Cómo me convenció de salir por la puerta trasera del bar con él? Pero mi mente está en blanco hasta que llegó tu hermano.

—Tienes que dejar de torturarte.

—Hemos llegado —dijo Rob, acercándose a ellos.

Natalie alzó la vista y vio a Barbara Leroy esperando en el muelle, vestida con un gran impermeable morado, cerrado hasta la barbilla.

—Oye, Barbara —dijo Natalie—. Pensé que era tu fin de semana libre.

—El doctor Ford no estaba disponible y la verdad es que yo no estaba haciendo nada del otro mundo. Desde luego, nada comparado con lo que habéis estado haciendo vosotros. ¿Podéis caminar?

Hunter saltó de la barca y se acercó con cuidado hacia Barbara. Natalie quería tocarle la cara para comprobar si su piel estaba tan fría como parecía, pero no estaba segura de que agradeciera el gesto.

—¿El hombro otra vez, Hunter? —le preguntó la doctora Leroy—. Lo de vernos así se está convirtiendo en una costumbre.

Natalie se giró para ayudar a Emma a descender, pero Rob ya estaba allí, llevándola en brazos. La doctora Leroy dirigió su atención hacia ella de inmediato.

—¿Cómo te encuentras, Emma? Póngala ahí, agente Hope, deje que le tome la tensión.

Natalie sabía que lo de la tensión solo era una excusa para meter a Emma en la ambulancia.

—No pienso entrar ahí —dijo Hunter, mirando el vehículo. Por primera vez, su expresión

demudó en algo que parecía miedo.

Natalie enarcó una ceja en su dirección.

La doctora Leroy los miró desde la parte trasera de la ambulancia, donde estaba apretando el brazalete del aparato de la tensión en el brazo de Emma. Elevó ligeramente los hombros.

—¿Por qué no le llevas en mi coche, Natalie?

—Puedes usar el coche patrulla —dijo Rob, mientras le daba las llaves a Natalie—. Yo voy a volver a casa caminando. Necesito algo de tiempo para relajarme.

Natalie apretó las manos de Rob.

—¡Gracias! No podría haber hecho esto sin ti.

Una sonrisa iluminó el rostro del hombre.

—Desde luego, esta noche nos hemos ganado el jornal, ¿verdad?

—Ya te digo, Rob. Ya te digo.

—Espero que el alcalde recuerde esto la próxima vez que quiera bajarnos el sueldo.

Natalie sonrió.

—Vamos, Hunter. Te llevaré al hospital.



## *Hunter*

—¿Por qué no quisiste entrar en la ambulancia? ¿Has tenido una mala experiencia? —le preguntó Natalie. El viento comenzaba a amainar y ya había oscurecido por completo. Natalie concentraba toda su atención en la carretera.

—No me gustan las ambulancias —dijo Hunter—. Y ya que estamos, tampoco los coches de policía.

—Parece que la doctora Leroy y tú tenéis una relación muy estrecha.

Algo en el tono de Natalie hizo que Hunter la lanzara una mirada cautelosa.

—Trabajaba como voluntaria en la prisión, una vez por semana. Me ayudó un par de veces cuando estaba herido, nada más.

No quería entrar en detalles. Ni siquiera quería recordarlos y mucho menos hablar de ellos.

—Lo siento. No pretendía cotillear.

—Puedes preguntarme lo que quieras. Puede haber cosas que no quiera mencionar, pero hablaba en serio cuando dije que no pienso volver a mentirte jamás, Natalie.

Ella asintió.

—Yo tampoco voy a volver a mentirte, Hunter. Lo que hiciste esta noche fue muy valiente, o quizá muy estúpido.

—Sabía que nos encontrarías —dijo con una pequeña sonrisa confiada. Un momento después la perdió cuando movió el hombro y siseó.

—Joder, eso duele.

—He visto que también cojeas.

—El agua estaba dura como el cemento, pero aún puedo caminar, así que no creo que sea muy grave.

Natalie condujo en silencio durante varios minutos antes de entrar en el parking del hospital. En lugar de aparcar en el área para las visitas, siguió el cartel de neón de las emergencias.

—Hemos llegado. Espera, te ayudaré a salir —dijo mientras abría la puerta. Él permitió que le ayudara a bajar del coche. Natalie se puso al lado derecho de Hunter y pasó su brazo alrededor de su cintura. Solo había dado un par de pasos cuando se percató de lo mucho que necesitaba su apoyo. El subidón de adrenalina que le había mantenido activo en el mar comenzaba a disiparse y Hunter se sentía tan débil como un gatito recién nacido.

Entraron cojeando al hospital, caminando juntos como una criatura de tres piernas. Una enfermera los estaba esperando.

—Diríjase a la sala tres, señor Fowler. La doctora Leroy está atendiendo al otro paciente, pero el doctor Boyle estará en breve con usted.

—¿La doctora Leroy está con Emma? —preguntó Natalie.

La enfermera asintió.

—Me sorprende que no esté el doctor Ford —dijo Natalie, mirando a su alrededor.

—A mí también. —La enfermera resopló—. Había despejado su agenda este fin de semana y no hemos podido localizarle. Probablemente esté pescando. Pobre hombre, es su única debilidad. El lunes se va a enfadar mucho cuando se entere de lo que ha pasado.

Hunter se dejó caer sobre la camilla.

—¿Conoces al doctor Boyle? —preguntó—. Su nombre no me suena.

Natalie asintió.

—Es joven, pero muy competente. Es un cirujano de traumatología.

—Entonces me parece que nos va a venir bien.

—Creo que debería esperar fuera —dijo Natalie.

Hunter comenzó a asentir, pero su boca parecía tener una opinión distinta.

—¿Puedes quedarte? —le preguntó, y luego admitió—: La verdad es que no me gustan los médicos.

—Por supuesto —dijo Natalie, sentándose en una silla que había en un rincón.

El médico llamó a la puerta brevemente antes de abrirla. Llamarle «joven» era quedarse muy corto: parecía un adolescente enorme de camino a una fiesta de disfraces. Hunter se dio cuenta de que le había visto antes. Seguramente en la barbacoa a la que había ido con Natalie; parecía que la mitad de la ciudad hubiera estado allí.

El doctor se puso las gafas, lo que por algún motivo le hizo parecer todavía más joven.

—¿Señor Fowler? He oído que esta noche salió a darse un baño.

Hunter le miró impasible hasta que el joven se aclaró la garganta.

—Bien. Entonces, manos a la obra. Puedo apreciar por la caída de su hombro que la cabeza humeral probablemente se ha salido de la cavidad glenoidea. —Sacó unas tijeras enormes y cortó la parte frontal de la camiseta de Hunter—. Efectivamente, se trata de una luxación anterior. Podemos arreglarlo. ¿Es la primera vez que le ocurre?

Hunter sacudió la cabeza.

—La segunda. Ya me pasó una vez, hace casi diez años. Pero después dediqué un montón de tiempo a fortalecer los músculos.

El médico presionó y toqueteó la articulación. Hunter se mareó por el dolor.

—Vale, eso es bueno. ¿Hay algo más que deba saber? —preguntó—. Mientras tanto, le voy a tomar la temperatura. A juzgar por el aspecto de sus labios, diría que padece una ligera hipotermia.

—Mi pie derecho —dijo Hunter—. Sentí algo raro cuando caí al agua.

El doctor enarcó una ceja, la cual apareció cómicamente por encima de sus gafas.

—Eso no es muy común. ¿Desde qué altura saltó?

—Como unos cien pies —dijo Natalie desde el rincón.

—Bueno, entonces supongo que puede ocurrir. ¿Es usted aficionado a saltar desde los acantilados, señor Fowler?

De forma inexplicable, aquel doctor tan joven comenzó a caerle bien.

—Por favor, llámame Hunter. Y no, es la primera vez que hago esto y espero que también sea la última.

El doctor Boyle asintió.

—De acuerdo, tu temperatura es un poco más baja de lo normal. Técnicamente, es hipotermia, pero no es grave. Solo tenemos que mantenerte seco y caliente y no te pasará nada. Ahora permíteme quitarte el zapato y echar un vistazo a tu pie.

Hunter apretó los dientes mientras le quitaba la bota. El doctor le hizo rotar el tobillo un par de veces y luego asintió.

—Definitivamente, aquí pasa algo, pero voy a necesitar una radiografía. No podremos hacerla hasta mañana. En cuanto arreglemos lo del hombro, puedo ofrecerte una habitación y ponerte en lista para hacértela mañana por la mañana. ¿Qué te parece?

Hunter reaccionó de forma evidente a estas palabras.

—¿Podría irme y volver?

—Bueno, pues sí, pero ¿por qué ibas a querer hacer eso?

—A Hunter no le gustan los hospitales, doctor Boyle.

El doctor Boyle sonrió.

—Un hombre que es capaz de saltar al mar desde cien pies de altura, pero al que no le gustan los hospitales... —Alzó las manos en un gesto de derrota—. Muy bien. Puedes irte a casa, Hunter, siempre y cuando alguien esté contigo en todo momento. En cualquier caso y con toda la medicación que voy a administrarte, vas a dormir como un bebé.

—Nada de calmantes —dijo Hunter. Odiaba el tono plañidero de su voz—. Por favor.

—¿Quieres añadir algo más? ¿Vas a seguir diciéndome cómo hacer mi trabajo?

—Perdona. No es eso lo que... Ha sido una noche muy larga y preferiría venir mañana por la mañana para hacerme la radiografía.

—Yo me quedaré con él —dijo Natalie. El médico arqueó una ceja de nuevo.

—Vale, te haré una reducción cerrada del hombro y podréis marcharos. Ya me contarás mañana si sigues pensando lo mismo de los analgésicos, ¿vale?

Hunter apretó la mandíbula para no gemir cuando el médico dobló su brazo y comenzó a rotar su hombro, manteniendo la mano sobre la cabeza humeral. El dolor creció. Sintió una gran presión mientras el médico lo encajaba de nuevo con firmeza y entonces el dolor desapareció por completo. Experimentó tanto alivio que le pareció que iba a desmayarse.

El doctor trajo un cabestrillo.

—Vamos a inmovilizarte el brazo en una posición de rotación externa. Mi consejo profesional es poner hielo en el hombro, mantenerlo inmovilizado y seguir tomando antiinflamatorios para reducir el dolor y la hinchazón. Si no quieres tomar la medicación, al menos haz las otras dos cosas.

Hunter asintió.

—Eso haré.

—No quiero seguir manipulando tu pie hasta que vea las radiografías, mañana. Mientras tanto, trata de no cargar peso sobre él.

—Así que nada de caminar —dijo Natalie. Hunter se estaba empezando a arrepentir de haberle pedido que se quedase.

—Efectivamente. La enfermera de guardia te prestará una muleta. Trata de dormir un poco, aunque dudo que puedas, si no cambias de opinión con respecto a los analgésicos. Te veré mañana por la mañana.

—Gracias, doctor —dijo Hunter. Bajó de la camilla con cuidado y apoyó el pie izquierdo.

Natalie cogió la otra bota del suelo y caminaron hacia la puerta. Justo antes de salir, el médico habló otra vez:

—Me gustaría que algún día me hablaras de ese salto. Soy amigo de Emma y doy gracias de que estuvieras allí —admitió, abandonando por un momento su fachada profesional.

Hunter asintió y saltó torpemente sobre un pie.

Cinco minutos después, la enfermera le había proporcionado la susodicha muleta y lo había enviado a casa. Hunter comenzó a avanzar con dificultad por el pasillo, antes de percatarse de que Natalie se había detenido.

—¿Enfermera Ward? —preguntó Natalie—. Creo que una de mis agentes, Susan Lopes, ha estado aquí en un par de ocasiones preguntando por los resultados de un test. ¿Sabe usted si ha podido hablar con el encargado?

La enfermera asintió y contrajo el gesto, una expresión que daba a entender que Susan había estado allí en más de «un par de ocasiones».

—Ya se lo dije a su agente, sheriff. Aquí no tenemos laboratorio. Cualquier muestra que haya que analizar se la enviamos al hospital de la ciudad. Los resultados aparecen online, así que no

hay papeleo entre nosotros.

—Comprendo. ¿Y sabe si se hacía igual hace trece años?

—Eso no lo sé, porque aún no trabajaba aquí.

—Hablaré con Susan. En cualquier caso, gracias por su ayuda. —Natalie se dio la vuelta. Tenía la mandíbula apretada.

—¿Estás bien? —le preguntó Hunter.

—Solo frustrada. Y cansada. Y feliz de que esta noche no haya sido mucho peor y de que Emma y tú vayáis a recuperaros.

—Gracias por llevarme a casa.

—No te llevo a casa. No puedes subir la escalera del granero en tu estado. Vamos a ir a la mía.

Hunter podría haber dormido en la casa de su madre, pero deseaba pasar la noche con Natalie, más que nada en el mundo, así que no lo dijo. Trató de convencerse de que solo era para asegurarse de que ella se encontraba bien.

—Si seguimos haciéndolo, la gente se enterará de que estamos juntos.

—¿Eso te supone un problema, Hunter? —preguntó.

Rio con sequedad.

—Para mí, no, sheriff. Para mí, no.

—Estupendo. Yo no pienso esconderme y tampoco pienso permitir que lo hagas tú.

Cuando llegaron a su casa, había una camioneta oscura en el camino de entrada.

—Mierda —dijo Natalie en voz baja.

—¿Debería estar preocupado?

—La verdad es que no —admitió con voz cansada—. Solo es mi padre.

«Genial, uno de mis mayores admiradores».

El sheriff jubilado les esperaba en el porche.

—Papá, ¿cuánto tiempo llevas esperando aquí? Tienes llave. ¿Por qué no has entrado?

—¡Natalie! —La arruga en la frente del viejo desapareció en cuanto vio a su hija—. Estás bien, gracias a Dios.

—Estoy bien, sí. Solo cansada.

La arruga volvió con toda su intensidad cuando vio a Hunter cojeando tras ella.

—¿Qué está haciendo *él* aquí?

—Hunter va a pasar la noche conmigo, papá —dijo Natalie. Sus ojos azules se enfrentaron a los de su padre, que eran del mismo color.

Pareció que el viejo iba a decir algo, pero luego se lo pensó mejor.

—He oído que hoy le salvó la vida a Emma. Pero esa no es razón para abrirle tu puerta...

La voz de Natalie se endureció.

—Ni siquiera voy a preguntarte quién te ha contado eso. De hecho, Hunter no solo va a pasar la noche aquí. Estamos *juntos*, papá, así que vas a tener que acostumbrarte.

—¿Juntos?

—Eso he dicho.

—Pero él...

—No fue él quien me asaltó, papá. Lo hizo otra persona, la misma que trató de matar a Emma. Y voy a descubrir quién es. Pero es la una de la madrugada y ha sido una noche muy larga, así que tendremos que dejar esa conversación para otro momento —dijo en un tono que no dejaba lugar a réplica—. Eres libre de entrar, pero nosotros nos vamos a la cama.

Su padre se apartó para dejar pasar a Natalie, sorprendido.

—No, me iré...

Hunter decidió intervenir.

—Señor, le dije que no le haría ningún daño a su hija. Hablaba en serio.

El viejo lo miró de arriba abajo como si tratara de averiguar sus intenciones.

—Rob me ha contado lo que hiciste esta noche. Además, confío en el criterio de mi hija. Pero si descubro que le has hecho el menor daño, te prometo que esta vez ni siquiera llegarás a pisar la cárcel.



## *Natalie*

Natalie se sirvió una taza de café. Alzó la vista para mirar a Hunter, que estaba sentado en uno de los taburetes altos.

—No has dormido bien, ¿verdad?

—Lo suficiente. Disfruto viéndote dormir —dijo en voz baja—. Me gustaría hacer algo más que mirar, la verdad.

Natalie sintió cómo el rubor teñía sus mejillas.

—Para el carro, Hunter. Todavía tiene que pasar un tiempo antes de que podamos hacer algo que no sea dormir juntos.

Él resopló, dejó la taza de café en el fregadero y cogió la muleta. Lo cotidiano de la escena la sorprendió. Era algo que ella nunca había imaginado que viviría en su futuro.

—Puedo dejarte en el hospital. ¿Estarás bien? —preguntó Natalie. Los ojos grises de Hunter se oscurecieron. Parecía avergonzado de los miedos que le había confesado la noche anterior.

—Estaré bien.

—De acuerdo. Voy a volver a los acantilados con Rob y Susan. Quizá encontremos algo que hayamos pasado por alto.

—Natalie, ten cuidado, por favor. Ese hombre... está obsesionado contigo. Le dijo a Emma que ella no le interesaba. Solo quería averiguar cómo actuarías si te enteraras de que la había matado...

—Tendré cuidado, Hunter.

De camino a los acantilados, tras dejar a Hunter, recibió una llamada de Susan.

—Susan, estoy de camino.

—Hemos conseguido los resultados, sheriff. Los habían almacenado con un número de caso erróneo durante todos estos años. Les ha llevado horas localizarlos, pero por fin los tengo. A mí me parecen un galimatías, por supuesto.

—Dejarán de serlo si no conseguimos una muestra con la que compararlos —dijo Natalie.

«Necesitamos esa muestra».

Natalie tomó nota mental de volver a hablar con el alcalde.

Rob ya se encontraba junto al acantilado, observando atentamente la zona en la que el asesino había arrojado a Emma. Natalie maldijo la tormenta. Cualquier huella de pisadas hacía mucho que habría desaparecido.

—¿Has hablado con Emma? —preguntó—. Iban a darle el alta a lo largo del día.

Rob enrojeció. El rubor se extendió desde sus mejillas hasta el cuello de la camisa.

—No quería molestarla. Le envié un mensaje de texto.

—Deberías llamarla. Le gustará escuchar la voz de uno de los héroes que orquestó su rescate.

—Hablando de héroes, ¿cómo está Fowler?

—Tiene un hombro dislocado y probablemente también se ha roto algo en el pie, pero se pondrá bien.

—Menudo salto —dijo Rob con la voz teñida de respeto—. Jefa, si dices que él no lo hizo, me lo creo.

—Gracias, Rob. Significa mucho para mí.

—Ahí está Susan. Veamos si podemos descubrir lo que ese cabrón estuvo haciendo aquí anoche.

Dos horas más tarde, los tres tuvieron que admitir la derrota. No había señales de aquel

hombre, ni ninguna razón que explicara por qué había traído a Emma hasta allí. Como era de esperar, todo rastro había sido borrado por la tormenta.

«Pero él no sabía que iba a llover tanto. Corrió muchos riesgos para traerme aquí».

Fue Rob quien dijo la frase que ella no se había atrevido a pronunciar.

—No la violó. Gracias a Dios. Por algún motivo te llamó antes de hacerlo.

—Dijo que era demasiado mayor. —Vio cómo Rob apretaba los puños con rabia. Sus uñas debían de estar clavándose en la carne.

—Cuando le cojamos, voy a...

—Vamos a arrestarle, Rob. Eso es lo que vamos a hacer. Y luego se pasará la vida en la cárcel.

«Pero primero tenemos que encontrarlo».

Durante todo el camino de vuelta a la ciudad, Natalie reprodujo en su cabeza la conversación que iba a mantener con el alcalde. Por fin, aparcó en la plaza principal, a las puertas del ayuntamiento. A aquel pequeño edificio de dos pisos, la palabra «ayuntamiento» le quedaba grande.

—Buenos días, Sheryl. He venido a ver al alcalde Hutchins —le dijo Natalie a la secretaria, convencida de que el alcalde se encontraba tras aquella puerta y podía escucharla perfectamente desde su silla.

—Buenas tardes, sheriff. Ya es la una —respondió con delicadeza. Sheryl era esbelta y refinada, una de esas mujeres que se volvían más atractivas con la edad. A sus cincuenta y cinco años vestía con el mismo estilo clásico que había llevado cuando tenía treinta, pero de algún modo, ahora le quedaba todavía mejor. Algo similar ocurría con sus tirabuzones de un rojo brillante, que llevaba recogidos con pericia sobre su cabeza, prendidos con dos lápices.

—¿El alcalde ya se ha ido a comer? —preguntó Natalie. No lo había pensado y no quería esperar una hora para hablar con él.

—Todavía está aquí. Tiene previsto comer más tarde. Puede recibirme ahora —dijo Sheryl amablemente.

Natalie suspiró de alivio y se preparó para la conversación.

El alcalde Hutchins era un hombre de negocios de sesenta años, reconvertido en político. Su familia poseía tierras por todo el Estado, pero habían decidido establecerse en Sharp's Cove desde hacía varias generaciones. Había sido alcalde desde que Natalie tenía memoria y era lo bastante popular como para seguir siéndolo hasta que muriera.

Hutchins sonrió con amabilidad cuando entró, pero Natalie le conocía lo suficiente como para no bajar la guardia. A veces, hablar con él era como maniobrar un tanque por un campo de minas.

—Sheriff Bowmann, Natalie... Me alegro de que esté bien. He oído que tanto usted como su ayudante hicieron un trabajo magnífico anoche. ¡Enhorabuena!

—Muchas gracias. Se lo haré saber a Rob. Tuvimos suerte de que nadie acabara herido de gravedad.

—Y la mujer, la profesora, ¿se encuentra bien?

—Le darán el alta esta tarde.

—Excelente, gracias por informarme.

—Le vi, señor Hutchins. Ese hombre arrojó a Emma delante de mí, desde lo alto del acantilado.

—¿No lo reconoció? Ya se lo he comentado antes, podría no ser de la ciudad.

—Quizá. Pero todas las víctimas viven aquí —dijo Natalie, obstinada.

—Sheriff, ¿a qué ha venido, en realidad?

—Quiero comparar la muestra de ADN que recogieron durante mi incidente de hace trece años, con las de los residentes varones de Sharp's Cove.

El alcalde Hutchins suspiró y se acomodó en el asiento. La vieja silla de cuero chirrió.

—Otra vez no, Natalie. Sabes que no podemos. ¿Tengo que convocar a Charles Doll de nuevo? Te volverá a decir lo mismo. Va en contra de los derechos constitucionales de todos. Mira, eres la sheriff más joven que hemos tenido...

«Otra vez con eso».

—Hablé con una psicóloga especialista en perfiles del FBI, señor Hutchins... y me dio la razón.

—Pensaba que ya no los llamaban así —dijo con sequedad.

—Entonces parece saber mucho más que yo. Pero, se llame como se llame, me ayudó a hacer un perfil del asesino. Es el mismo hombre que me asaltó hace trece años. Buscamos a un varón de entre treinta y cincuenta. Alguien que ya ha matado a una mujer y ha hecho daño a otras tres. No me cabe duda de que los hombres de la ciudad harían cualquier cosa para mantenerle alejado de nuestras calles. Puedo preparar un comunicado público para anunciarlo mañana y decir que usted va a predicar con el ejemplo.

—Incluso si aceptara ese plan loco tuyo, ¿cómo propones que hagamos frente al gasto? —Los ojos del alcalde centellearon—. Costará mucho dinero.

—¿Y cómo pagaremos las cosas si no vienen turistas durante el otoño y la mitad de los negocios de la ciudad terminan cerrando?

—Pero eso es ridículo —balbuceó—. Si acaso, la gente acudirá en masa a visitarnos.

—Lo que le pido hará que se sientan seguros, señor Hutchins. —Hizo una breve pausa y luego añadió las «palabras mágicas»—. La gente sabrá que la situación está siendo gestionada de forma correcta.

«Gestionar» era la palabra favorita del alcalde. Por un momento, pensó que se había excedido, pero luego el amplio pecho del hombre se hinchó y Natalie comprendió que había ganado.

—Lo cierto es que queremos que los ciudadanos sepan que gestionamos este asunto de forma proactiva.

—Nos aseguraremos de que todo el mundo se entere de que la idea proviene de usted, señor Hutchins.

Él se rio.

—Ahora estás siendo demasiado obvia, chiquilla. Recuerda que soy mucho más viejo que tú.



## **Hunter**

Hunter se quedó al fondo del gimnasio, por segunda vez en poco más de una semana, a la espera de que Natalie empezara. La sala volvía a estar hasta los topes.

El alcalde había hablado durante unos minutos. Había empleado muchas palabras, pero no había dicho gran cosa. Hunter tenía claro que la gente quería que Natalie entrara en escena.

Se apoyó contra la pared. Su pie estaba embutido en una férula que le llegaba casi hasta la rodilla y palpitaba de dolor desde que el doctor Boyle había recolocado su hueso calcáneo. Al menos estaba agradecido de no haber necesitado cirugía.

Apretó los dientes y dirigió su atención otra vez a la parte delantera de la sala, donde Natalie se estaba despidiendo del alcalde con un gesto de la mano.

—Gracias por sus palabras, señor Hutchins. Ahora responderé a cualquier pregunta que les haya podido surgir —dijo Natalie. Su voz reverberaba con claridad en el gimnasio lleno a rebosar. Sus ojos azules parecieron dirigirse a cada uno de los individuos por turno, pero se detuvieron un poco más al llegar a la tía de Felicia y a los padres de Lanie.

Hunter examinó el gimnasio desde la parte trasera y echó cuentas del número de hombres que tenían la misma altura que el que habían visto en los acantilados.

«¿Está aquí? ¿Ha venido a regodearse?».

—Va a actuar de nuevo, ¿verdad, sheriff? —preguntó una mujer.

—¿Cómo van a protegernos?

—Dicen por ahí que le vieron en los acantilados y le dejaron escapar. ¿Es cierto? ¿Significa eso que saben quién es?

La última pregunta era de James Brody, que la había planteado en su habitual tono agresivo.

Natalie no pareció intimidada por todas aquellas preguntas. Tomó un rápido sorbo de agua antes de contestar.

—Me alegro de que planteen estas cuestiones. Somos nosotros quienes debemos protegernos y el señor Hutchins y yo hemos tenido una idea, para que podáis ayudarnos. —Hizo una pausa—. Algunos habréis escuchado que estamos trabajando con el FBI. Tenemos motivos para creer que el artífice de los últimos tres ataques es la misma persona que me asaltó y violó hace trece años.

El silencio en el gimnasio podría haberse cortado con el filo de un cuchillo.

—Pensamos que aquel fue su primer crimen y que cometió un error: dejó una muestra de ADN que podemos utilizar para identificarlo.

—¿Cómo va a ayudarnos una muestra de ADN de hace trece años?

Natalie asintió.

—Nos gustaría que todos los ciudadanos varones de Sharp's Cove de entre treinta y cincuenta años vengan al hospital a lo largo de la semana, para ofrecer una muestra de ADN.

—¿Todos? ¡Eso es una locura, sheriff!

—¡No sabéis dónde buscar!

—¡No podéis obligarnos! ¡Va contra nuestros derechos constitucionales!

Por un momento, Hunter pensó que podía perder el control de la situación. Sin embargo, cuando empezó a hablar otra vez, la gente quedó prendada de sus palabras.

—Tranquilícense. Nadie va a forzarles a nada, pero me gustaría que todos entreguen su muestra de ADN voluntariamente. Piensen en lo que está en juego. Habrá un trabajador del hospital dedicado al asunto durante toda la semana. El señor Hutchins acudió esta misma mañana

y fue el primero en ofrecer su muestra.

Tras ella, el alcalde sonrió beatíficamente a pesar de que su edad excedía bastante el límite que habían establecido en el perfil.

—¿Va a pasarse el convicto también por el hospital?

—Asumo que habla usted de Hunter Fowler. Aunque ha sido declarado inocente de los tres crímenes, sí, también entregará una muestra de ADN.

Unas cuantas voces se alzaron entre la multitud, protestando.

—Piensen en sus hijas —dijo Natalie. De nuevo, eso pareció acallar a la gente.

—Creo que es muy buena idea, sheriff. —Un hombre alto en la tercera fila se puso en pie. Hunter tardó un momento en reconocerlo sin su bata blanca, pero luego se dio cuenta de que era el doctor Ford—. Estaré encantado de participar.

—Muchas gracias, doctor Ford —dijo Natalie y le dedicó una amplia sonrisa poco habitual en ella.

—Usted prácticamente vive en el hospital, doctor Ford. ¡No le cuesta nada!

—Si alguien tiene problemas para venir al hospital, podemos ir a su casa o a su trabajo para hacerle la prueba. Necesitamos que todos participen.

—¿Eso es todo lo que pretenden hacer, sheriff? Perdóneme, pero no parece gran cosa. —Era la voz de Helen.

—Gracias por la pregunta, Helen. No se preocupen, estamos siguiendo varias líneas de investigación y esta es solo una de ellas. Pero quiero asegurarme de que cualquiera que tenga alguna preocupación la manifieste ahora.

—Me dan miedo las agujas —dijo un hombre mayor.

—Gracias por compartirlo con nosotros, Roy. Seguro que encontramos una alternativa. Podemos resolver los problemas individuales uno por uno. ¿Alguien más tiene alguna pregunta que nos concierna a todos?

No hubo más preguntas, así que Natalie dio por finalizada la reunión. Mantuvo la compostura hasta que la mayoría de la gente hubo abandonado el gimnasio y solo entonces dejó entrever su agotamiento.

Hunter cojeó hasta el escenario. Natalie sonrió, jovial.

—Hunter, ¿qué tal el pie? —preguntó Rob. A Hunter le sorprendió que no hubiera hostilidad en su voz. Sonrió y señaló la férula que le había puesto el doctor Boyle.

—Es una pequeña fractura. No podré correr durante las próximas seis semanas. Escucha, yo... quería darte las gracias, Rob, por lo que hiciste. No puedo imaginarme lo que fue mantener la barca firme en mitad de esa tormenta.

Rob se hinchó de orgullo.

—Siempre le dije a Natalie que necesitaba un marino como yo, alguien que conociera el mar. Pero creo que debería ser yo el que te diera las gracias por saltar detrás de Emma. Se habría ahogado si no hubieras estado allí.

Hunter asintió, incómodo con el elogio.

—¿Estás bien, Natalie? —le preguntó al notarla distraída.

Ella asintió despacio.

—Me preguntaba qué posibilidades hay de que esto funcione.

—Voy a ir ahora al hospital para que tomen mi muestra y me llevaré al señor «me dan miedo las agujas», para que se la tomen también —dijo Rob—. Susan y yo estaremos muy pendientes de la gente que se presente.

—Gracias, Rob, Susan. Informadme si hay alguna novedad. Voy a pasar por el hospital para

recoger a Emma y llevarla a casa. ¿Necesitas que te lleve, Hunter?

Él sonrió a modo de disculpa mientras se miraba la pierna y asintió.

—Te lo agradecería.



## **Natalie**

Emma ya estaba vestida cuando Natalie entró en la habitación del hospital. Su top de un púrpura intenso y los pantalones verdes con motivos florales —los cuales Natalie había recogido del apartamento de Emma, la tarde anterior— creaban un fuerte contraste con la habitación blanca y estéril del hospital.

—Siento llegar tarde, Em —dijo Natalie mientras irrumpía en el cuarto.

—No pasa nada, Natalie. Gracias por venir a recogerme. Me he enterado de la reunión. ¿Cómo ha ido?

—Las noticias vuelan rápido.

—Pues sí. Al parecer, la mitad de los hombres de la ciudad se han ido conduciendo directamente al hospital.

Natalie sonrió.

—Me alegra oírlo.

—¿De verdad les pediste a todos que se hicieran la prueba?

—Así es.

—¿Crees que eso os ayudará a atraparlo?

—No lo sé, Em, pero tenemos que emplear cualquier medio a nuestro alcance.

—Me he estado comiendo la cabeza, tratando de recordar algo más sobre él. Un olor, algo relacionado con su voz... Pero no hay nada. Estaba tan asustada que es como si mi cerebro estuviera dormido. Lo siento.

—No lo sientas. Yo soy la que lo siente.

—¿Qué tal está Hunter? El doctor Boyle me dijo que se rompió algo en el pie.

—Va a ponerse bien. Es un milagro que tú no te rompieras nada cuando caíste al agua.

Emma levantó su camiseta para mostrarle a Natalie el costado, teñido de negro y azul.

—Barbara cree que el hecho de que no estuviera completamente consciente cuando entré en contacto con el agua me ayudó.

—Fuera lo que fuese, lo agradezco. Creo que nunca he estado tan asustada como cuando le vi lanzarte al agua.

—Era fuerte. Volé por el aire como si no pesara nada.

La doctora Leroy entró en el cuarto empujando una silla de ruedas. Estaba muy guapa, como si hubiera dormido durante toda la noche y hubiera prestado especial atención a su maquillaje. Natalie se preguntó si había empezado una relación con alguien nuevo.

—Sheriff. Emma, ¿estás lista para irte a casa?

Emma observó la silla, con cautela.

—¿Es realmente necesaria, Barbara?

—Lo siento, es la política del hospital. Solo hasta que estemos fuera.

Al salir al pasillo se toparon con el doctor Ford. Se daba aires como un gran pavo real, disfrutando de que el hospital se hubiera convertido en el foco de los cotilleos de la ciudad.

—¡Sheriff, me alegro de que esté aquí! Desde que entregué mi muestra de ADN esta mañana, hemos estado trabajando sin descanso en el laboratorio. Brian, el técnico que ha venido desde el hospital de la ciudad, cree que puede llevarse un refrigerador lleno cuando vuelva por la tarde. Vendrá mañana a primera hora para seguir trabajando.

—Eso es estupendo, doctor Ford, me alegra oírlo. ¿Podría preguntarle a Brian cuánto tiempo le llevará procesar las muestras, por favor?

—¡Es muchísimo trabajo! —dijo alzando la voz—. Le estoy pidiendo a la gente que, ya que están aquí, aprovechen para donar sangre. Así haremos un doble servicio a la comunidad, ¿no cree? Jajaja.

Su mirada se dirigió hacia Emma. La enorme silla de ruedas le hacía parecer más una niña que una mujer adulta.

—Emma, siento muchísimo no haber estado el sábado cuando viniste. Pero dada la situación, la doctora Leroy era la persona perfecta para atenderte.

—Gracias, doctor Ford. Me siento muy afortunada de que estuviera Barbara.

—Bien, diría que espero veros pronto por aquí, pero a la gente no le gusta esa expresión —soltó una estentórea carcajada, riéndose de su propia broma—. ¡Quizá nos veamos por la ciudad!

Emma asintió, pero Natalie vio sus hombros caídos. Su amiga estaba agotada y comprendió que para ella suponía un esfuerzo enorme mantener aquella conversación inane.

—Será mejor que te lleve a casa, Emma —le dijo.

El doctor Ford asintió con rapidez mientras se pasaba la mano por el cabello rubio.

—Por supuesto, por supuesto. Necesita irse a casa y descansar. Y yo debo volver abajo para ver cómo van las cosas.

Una vez en el coche, Emma recuperó un poco la compostura. Sin embargo, aún parecía pálida y desanimada y estaba muy lejos de volver a ser la mujer extrovertida a la que Natalie estaba acostumbrada.

—¿De verdad, Hunter está bien? Ayer, en la Guarida del Bucanero, le dolía mucho.

—Está bien. Se ha dislocado el hombro y se ha roto un hueso del pie, pero no es nada comparado con lo que podría haberos pasado.

—Me salvó la vida.

—Lo sé —Natalie se detuvo un momento y luego prosiguió—. Ha pasado la noche en mi casa.

—Me alegro de que os hayáis conocido y os tengáis el uno al otro.

—Yo también. ¿Seguro que quieres que te deje en casa, Emma? ¿No preferirías quedarte conmigo esta noche?

—¿Y hacer de sujetavelas? Ugh, no, gracias.

—No, me refería...

Emma rio.

—Sé a lo que te referías. Solo bromeaba. Pero no, prefiero irme a casa. Quiero retomar mi vida. No pienso permitir que ese hombre me arrebate nada más.

Diez minutos después llegaron al apartamento de Emma, que se encontraba en un edificio de dos plantas sin ascensor, justo al lado de Main Street, en una de las calles más concurridas. Natalie ayudó a Emma a subir las escaleras despacio. Antes había pasado por el supermercado para llenar la nevera de su amiga y colocado unas flores frescas sobre la mesa de la cocina.

Los ojos de Emma brillaron con lágrimas no derramadas.

—Muchísimas gracias, Natalie. Tengo suerte de tenerte como amiga.

—No solo a mí, ¿sabes? Helen también quiere venir a verte y ha estado llamando un montón de gente.

—Quizá mañana. Esta noche me gustaría darme un baño y ver una película. —Emma abrió la puerta del congelador y lo cerró antes de que se escapara el frío—. La única decisión que me gustaría tomar es si de postre tomo helado de galleta o de brownie de chocolate.

Natalie se rio.

—De acuerdo. Pero si necesitas algo, sabes que puedo estar aquí en diez minutos. A

cualquier hora del día o de la noche.

—Lo sé. Pero voy a estar bien. Y ahora vete a pasar algo de tiempo con Hunter, ¿vale?



Suspiró con alivio al comprobar que no había coches aparcados en su entrada. No le habría extrañado volver a ver a su padre por allí y estaba demasiado cansada para defender otra vez su relación con Hunter.

Mientras entraba en casa y se quitaba la pistolera, repasó su lista mental. Dejó el arma en el cajón junto a la entrada y lo cerró con cuidado. Necesitaba hablar con la tía de Felicia y los padres de Lanie, para informarles personalmente de cuál era el estado de la investigación. También quería hablar con el laboratorio para preguntarles a qué velocidad podían obtener los resultados.

Se dio una ducha rápida y se puso unos vaqueros cómodos y una de sus camisetas favoritas. Tendría que haberse sentido mejor, pero sus niveles de estrés todavía eran muy altos. No le sorprendió cuando descubrió que estaba de nuevo en la cocina, su habitación favorita de la casa. El contenido de su frigorífico era tan deprimente como siempre. No había pensado en comprar nada para ella, cuando había pasado por el supermercado para coger las cosas de Emma. Estaba a punto de resignarse a otra cena de comida precocinada, cuando de pronto se encontró con tres limones en bastante buen estado al fondo de la nevera.

Y sin más, decidió hacer un pastel de limón. Era una receta que su madre había preparado una vez por semana durante sus primeros quince años de vida. A pesar de que llevaba muerta aún más tiempo, mientras Natalie lo preparaba todo, descubrió que su memoria aún funcionaba muy bien. Por fortuna, los limones eran el único ingrediente fresco del pastel. Todo lo demás lo podía encontrar en la despensa.

Veinte minutos más tarde, el pastel estaba en el horno. A Natalie le dolía el brazo tras hacer la mezcla, pero se sentía más relajada de lo que había estado en mucho tiempo.

Se preguntó si Hunter aparecería aquella noche. No tenía experiencia con las relaciones y no sabía cuánto espacio debían darse el uno al otro, pero estaba dispuesta a llamarle tan pronto como el pastel estuviera horneado.

En ese preciso momento, sonó el timbre.

«Hunter».

Corrió a abrir y se sintió decepcionada como una tonta cuando vio a Stephen Ford al otro lado de la puerta. Trató de cambiar su expresión a una que esperaba que fuera neutral y profesional.

—Sheriff, siento molestarla. ¿Estaba esperando a alguien?

—Doctor Ford. No, no pasa nada. ¿Va todo bien? —dijo Natalie y echó una ojeada tras él. Parecía haber venido solo.

Hinchó el pecho y por segunda vez, la imagen de un pavo real sobredimensionado acudió a su cabeza.

—He parado de camino a casa. Quería informarla de que ya hemos realizado los test de unas cien personas —dijo con una amplia sonrisa. Sus dientes eran sorprendentemente blancos.

«Ha venido hasta aquí solo para presumir».

Natalie asintió, tratando de no dejar entrever su cansancio.

—Son excelentes noticias. Gracias por decírmelo, doctor Ford.

—Stephen, por favor. Le he pedido varias veces que utilice mi nombre de pila, sheriff. —

Con un gesto muy teatral, el médico olisqueó el aire como un sabueso—. Mmm... Ese olor... ¿Qué es?

Natalie intentó olvidar todos los pensamientos desagradables que se le pasaban por la cabeza y abrió a regañadientes.

—Tengo un pastel de limón en el horno —dijo—. Ya debería de estar listo... ¿Quiere un poco?

El doctor cargó su peso en un pie y luego en el otro.

—Bueno, iba de camino a casa para cenar, pero el pastel de limón es mi favorito. Quizá solo un pedacito.

Ella se hizo a un lado para permitirle entrar. Al verle bajo el marco de la puerta se dio cuenta de lo grande que era en realidad. Quizá incluso más que Hunter.

Natalie condujo al doctor Ford —era difícil pensar en él como Stephen— a través del salón hasta llegar a la cocina.

—Tiene una casa muy acogedora —dijo mientras asentía con aprobación.

Ella se apresuró a sacar el pastel del horno. En circunstancias normales lo habría puesto a enfriar durante una hora antes de cortarlo, pero, aunque no quería ser descortés con el médico, tampoco quería alargar esta situación. Quería relajarse y hablar con Hunter. Lo sacó de la fuente, sorprendida de que no se pegara al fondo y cortó una generosa porción para el doctor, que se había sentado a la mesa de su cocina.

—Parece tan delicioso como huele. No sabía que le gustara hornear, sheriff. ¿Le importaría ofrecerme también un vaso de agua? Me he pasado todo el día hablando con gente y empiezo a notarlos en la garganta.

—Por supuesto. —Natalie fue hasta el fregadero y llenó dos vasos. Dejó uno delante de él y otro frente a ella.

—Delicioso. ¿Quizá un poco de mantequilla para acompañar al bizcocho, si no es mucha molestia?

Natalie trató de no mostrar su impaciencia mientras cogía la mantequilla de la nevera y la dejaba sobre la mesa. Esperaba que no estuviera rancia.

El doctor Ford untó el pedazo de pastel con la mantequilla y le dio un mordisco, asintiendo con entusiasmo.

—Es uno de los mejores pasteles de limón que he probado. En serio, sheriff —le dijo y luego engulló un trozo muy grande—. En fin, volviendo al tema. Como le comentaba, hoy le hemos realizado la prueba a un centenar de hombres, incluido el alcalde y yo mismo. Si seguimos a este ritmo, habremos terminado con toda la ciudad en menos de una semana.

Ella asintió y dio un sorbo al vaso. Se preguntó cuándo había sido la última vez que había cambiado el filtro del grifo. Le parecía que hacía solo dos meses, pero detectó un ligero sabor mineral, así que puede que hiciera más tiempo.

—¿Le dijo el técnico cuándo tendría los resultados?

—Fue algo ambiguo, pero creo que podrían tardar en torno a una semana. No pasa nada. Conozco a alguien en el laboratorio. Le llamaré mañana e intentaré que se apresuren un poco para tenerlos antes. Eso ayudaría, ¿no?

—Cuanto antes, mejor.

Había algo que le molestaba. Se dio cuenta de que no había visto su coche en el camino de entrada cuando había echado un vistazo tras él.

«Dijo que iba de camino a casa. ¿Dónde ha aparcado?».

Natalie bajó la vista al vaso otra vez. Se había bebido la mitad y ahora sentía aquel extraño

sabor mineral en la lengua con más fuerza.

—Estaba usted sedienta —dijo el doctor, agitando en el aire el tenedor lleno de pastel de limón antes de llevárselo a la boca.

«Esto no es normal. Puedo oírle masticar».

Le pareció que sus sentidos estaban sobreactivados. Se levantó para llenar de nuevo el vaso, pero todo comenzó a dar vueltas y tuvo que apoyarse en la mesa.

—Me siento...

—Seguro que sí, sheriff, seguro que sí —dijo el doctor Ford, terminándose el pedazo de pastel de limón con calma.

Natalie sentía la lengua pastosa y le resultaba difícil pronunciar las palabras.

—Necesito agua —dijo por fin con voz ronca, sujetándose aún a la mesa de la cocina para no caer.

—Te acercaría un vaso, pero *realmente* no te va a ayudar. La medicación que te administré es para relajarte. Todo será más fácil si dejas que haga efecto, te lo prometo.

—¿Medicación? —farfulló.

—En el agua. Solo unas gotas, mientras ibas a por la mantequilla. De verdad, sheriff, esperaba que fueras mucho más cautelosa, después de todo lo que has vivido.

«Voy a vomitar».

—Yo no me preocuparía, sheriff. —Natalie se dio cuenta de que quizá había pronunciado aquel último pensamiento en voz alta—. Ya está en tu organismo, no puedes hacer nada.

El doctor Ford pasó a su lado y lavó y secó el vaso y el plato con mucha calma. Luego los guardó otra vez en el armario. Después volvió a la mesa y dispuso un plato separado con algunas migajas. Natalie supuso que con esto pretendía ocultar sus acciones—. Esto ya está. Volvamos al salón para hablar un poco, ¿de acuerdo?

La tomó de la mano y tiró de ella. Natalie estaba gritando por dentro, pero su cuerpo carecía de energía y se dejó llevar como una marioneta.

—¿Por qué no te sientas en el sofá mientras hablamos? Quiero que estés cómoda, ángel mío.

«Ángel». Cuando susurró aquella palabra, a Natalie le pareció que unas arañas correteaban sobre su piel. Recordó que la había llamado así años atrás, en un callejón oscuro.

Un fuerte sonido se abrió paso a través de su mente confusa y aterrorizada. Le llevó un rato comprender que se trataba del timbre.

«¿Desde cuándo hace tanto ruido mi timbre?».

El doctor Ford se acercó a la ventana, rápido como una serpiente.

—Es ese capullo de Fowler —susurró.

Natalie sintió un asomo de esperanza.

«Gritaré...».

El doctor Ford se acercó tanto a ella que sus narices acabaron a pocas pulgadas de distancia.

—Si le haces entrar, le cortaré las pelotas y te obligaré a servírselas para cenar. Soy médico. Puedo hacerlo. —En sus manos tenía un cuchillo enorme.

—Ese cuchillo no es mío.

—No, ángel. Este lo he traído de casa. Ya ves, no te veía pinta de cocinera.

Sonrió. Luego tocó el pulgar de Natalie con la punta del cuchillo y vio cómo aparecía una gota de sangre. Se sentía ajena a aquella mancha de color rubí. Sabía que era su pulgar, pero era como si viera la escena en televisión.

—¿Me has entendido? —dijo el doctor Ford, agarrándola de los brazos y sacudiéndola—. Líbrate de él si quieres que siga con vida.

La empujó hacia la puerta y se quedó a un lado, donde Hunter no podía verlo.

Natalie sintió una extraña sensación de calma. No iba a permitir que le ocurriera nada a Hunter. Abrió la puerta, pero solo un resquicio.

—¿Hunter? Hola —dijo despacio. Hablaba a través de la rendija y su propia voz le resultaba extraña.

—Natalie, ¿va todo bien? —Hunter llevaba vaqueros y una camiseta negra. Parecía relajado y seguía tan atractivo como siempre.

Natalie asintió, pero no abrió la puerta. Vio cómo su mirada de ojos grises demudaba en una expresión de sorpresa.

—Lo siento, debería haber llamado antes. Pero quería verte. —Señaló con su brazo sano en dirección a la puerta, que seguía sin abrirse. Su otro brazo estaba en cabestrillo—. ¿Quizá no es un buen momento?

Su expresión parecía alternar entre dolida y desconcertada.

«Debería buscar la forma de decírselo».

Pero Natalie estaba atontada. Era como si nadara corriente arriba a través del fango. Tras ella, Stephen Ford realizó un movimiento amenazador con el cuchillo, como si cortara algo. Natalie tragó saliva con fuerza.

—Ha sido un día muy largo, Hunter. Estaba a punto de irme a dormir.

—Vale, claro. —Su expresión se volvió indescifrable, pero aún podía percibir el dolor en sus ojos gris oscuro—. ¿Nos vemos mañana?

Natalie asintió. Estaba aliviada de que Hunter fuera a seguir con vida y al mismo tiempo, le producía una tristeza infinita saber que no iba a volver a verle jamás. Trató de memorizar cada uno de los rasgos de su rostro.

—Cierra la puerta con llave cuando me vaya, ¿vale? —le pidió—. Quiero que estés a salvo.

Natalie estuvo a punto de dejar escapar un gemido, pero logró convertirlo en un asentimiento tembloroso.

—Buenas noches, Hunter —dijo cerrando la puerta.

—Lo has hecho bien, sheriff —dijo el doctor Ford. Su voz era poco más que un susurro—. Ahora haz lo que te ha dicho y cierra la puerta con...

La puerta salió volando, rompiendo los goznes y ahogando las últimas palabras del médico.



## ***Hunter***

Hunter arremetió contra la puerta con el hombro de su brazo sano, cargando en él todo su peso. No pensó antes de actuar. Sabía que, de haber seguido la lógica y el sentido común, habría vuelto al coche y habría conducido hasta la granja, pero algo en la expresión apática de Natalie hizo que el sentido común dejara paso al instinto. Era la misma clase de instinto que le había resultado tan útil en prisión.

La puerta cedió con el primer golpe y Hunter se encontró volando a través del umbral en dirección al salón. Pasó girando junto a Natalie, que lo observaba con la boca abierta y aterrizó en el suelo a su lado.

—¡Hunter! —gritó Natalie horrorizada. Y entonces él vio al hombre que estaba detrás de Natalie con un cuchillo de caza en la mano. El doctor Stephen Ford.

La sorpresa fue reemplazada por rabia. Hunter se puso de rodillas, dispuesto a luchar por Natalie. Con más rapidez de la que esperaba, Ford dio una patada a su férula. El dolor del talón le hizo caer otra vez al suelo. Ford prosiguió el ataque bajando el cuchillo.

Hunter sabía que sería incapaz de levantarse lo bastante rápido para evitarlo. Cambió de estrategia y rodó hacia un lado. Sintió cómo el cuchillo pasaba a escasas pulgadas de él. De haberse quedado donde estaba, le habría abierto en canal.

Lanzó otra mirada rápida a Natalie. Mantenía la misma extraña expresión adormecida de antes, pero sus ojos azules estaban abiertos de par en par a causa del miedo.

«¿Qué le ha administrado?».

Hunter rodó una vez más y se agarró con las manos, ignorando el dolor del hombro. Si quería tener una oportunidad de sobrevivir, tenía que ponerse de pie.

—¡Vamos! —le provocó Ford. Agitaba el cuchillo en el aire con una pericia que sorprendió a Hunter.

Se concentró en los movimientos de sus manos. No pensaba jugar limpio. En cuanto la mano de Ford volvió a descender, simuló un gancho. Ford saltó hacia atrás para evitar el impacto y le otorgó el espacio que necesitaba; Hunter dio un paso al frente y le golpeó en la frente. El médico se tambaleó.

Encadenó el golpe con un puñetazo, que impactó en su estómago con un satisfactorio «uff». El médico gimió, pero no se desplomó. Hunter olvidó su lesión por un momento y se echó hacia atrás para evitar el cuchillo. Se apoyó sobre su tobillo herido y gritó de dolor.

Ford aprovechó la oportunidad para lanzar un puñetazo en su hombro débil que le hizo ver las estrellas.

—Parece que aún no estás al cien por cien, ¿no es así, Fowler? —le provocó.

Natalie gritó, pero era demasiado tarde. Hunter vio cómo la pesada lámpara se dirigía hacia su sien un instante antes de sumirse en la oscuridad.



## **Natalie**

Las lágrimas caían por las mejillas de Natalie.

—Hunter...

Ford aún se agarraba el vientre allí donde Hunter le había golpeado, pero corrió hacia la puerta, que se había salido de sus goznes. No iba a poder arreglarla, pero volvió a colocarla en su lugar sin demasiado esfuerzo. A menos que alguien intentara abrirla, probablemente nadie en el exterior se daría cuenta de lo que estaba pasando.

—El imbécil de tu novio es más listo de lo que pensaba —gruñó Ford. Su cara se contrajo en una máscara de furia. Natalie se preguntó cómo no se había fijado antes en los ojos de loco de aquel hombre.

—Por favor, no le hagas daño —le dijo. Estaba gritando por dentro, pero las palabras surgían de sus labios muy despacio.

Ford hizo una mueca.

—No esperaba tener público, pero puedo adaptarme. Siéntate y espérame —dijo el médico mientras la empujaba sobre el sofá—. Voy a investigar.

Natalie trató de mover los músculos, pero era como si su conciencia estuviera enterrada profundamente en su cuerpo. La medicación estaba haciendo su efecto y a cada minuto que pasaba le resultaba más difícil moverse.

Ford irrumpió de nuevo en el salón poco después.

—Qué bien que tengas una habitación de invitados en la planta baja, sheriff. La verdad es que quería hacer esto en tu cuarto, pero no me apetece andar arrastrando a este desgraciado por las escaleras. Espera aquí, ángel mío. Voy a prepararle y enseguida estaré contigo.

Ford tarareó una canción desentonada mientras agarraba a Hunter por la pierna y lo arrastraba sin esfuerzo por el suelo de madera hacia la habitación del fondo.

Natalie se encontró de nuevo sola en el salón.

«Tienes que salir de aquí y buscar ayuda».

Trató de convencerse a sí misma de que iba a ponerse en pie y movió las piernas, pero acabó desplomada sobre la alfombra. Pulgada a pulgada, se impulsó hacia la puerta con los codos. La alfombra le arañó la piel, pero Natalie agradeció el dolor. Cualquier cosa era mejor que la sensación de desapego que estaba experimentando.

Alzó la vista. La puerta aún estaba lejísimo.

Un momento más tarde, escuchó pasos. Ford se encorvó sobre ella y la observó con desdén.

—Desde luego, sheriff, eres insistente. Con la dosis que has ingerido, deberías estar sentada justo donde te dejé. Y sin embargo aquí estás, tratando de huir de mí.

La levantó con facilidad y se la echó sobre el hombro. Natalie subía y bajaba con cada paso. Las náuseas amenazaron con manifestarse, pero logró contenerse.

Ford la depositó sobre la colcha gris. Apretó los párpados con fuerza, deseando que el mundo dejara de girar y abrió los ojos de nuevo. Ford había arrastrado el sillón desde la esquina del cuarto y ahora estaba centrado frente a la cama. Hunter estaba atado sobre él, con los brazos a la espalda y las piernas sujetas a las patas de madera. Su cabeza colgaba y la barbilla tocaba su pecho; aún estaba inconsciente.

De pie al lado de Hunter, Ford estudiaba la escena.

—No está mal, la verdad, teniendo en cuenta que he improvisado. Nunca había tenido público antes, pero creo que esta vez voy a disfrutarlo. Hunter y yo tenemos una relación, por así

decirlo.

—¿Una relación? —dijo Natalie con voz débil.

—Fue a prisión por mí. Eso crea un lazo entre dos hombres. Y cuando hayamos terminado aquí, parecerá que hemos sido compinches. Una colaboración que ha salido mal. Es bastante poético.

—No te... saldrás con la tuya.

—De hecho, creo que sí, ángel mío. —Echó un vistazo al reloj—. ¿Puedes tratar de levantar el brazo para mí? La medicación ya ha debido de hacer efecto por completo.

Muy a su pesar, Natalie se dio cuenta de que intentaba hacer lo que le pedía, pero no pudo separar la muñeca de la colcha.

—Perfecto. Disfruto mucho más cuando no tengo que ataros.

—¿Por qué? —preguntó Natalie. Sentía la lengua pastosa al contacto con el cielo de la boca.

—Esa pregunta lleva trampa, mi ángel. ¿Intentas distraerme? ¿O solo es curiosidad profesional?

—¿Por qué yo? —murmuró.

—Ah, esa es una pregunta mucho mejor y además tiene una respuesta sencilla. Tú fuiste la primera.

Se quitó la camisa, la dobló pulcramente y la dejó junto al vestidor. Sin ella, Ford tenía la constitución de un defensa de fútbol. Sus brazos y hombros eran anchos y fuertes y tenía unos pectorales impresionantes. Debía de pasar un montón de tiempo en el gimnasio. Su vientre era la única parte de su cuerpo que estaba algo más fofa. Allí, Natalie vio un gran moratón que comenzaba a extenderse, consecuencia del enfrentamiento con Hunter. Sobre él vio también el tatuaje de un pájaro, que parecía burlarse de ella.

—Me he mantenido en forma todos estos años, solo por ti. —Ford rio—. La última vez llevaba máscara, pero admito que casi me decepcionó que no me recordaras después, cuando estuviste en el hospital. Vi el potencial del asunto cuando ese idiota fue a prisión en mi lugar.

Natalie notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas otra vez.

Ford se quitó el cinturón y los pantalones. Sus piernas eran musculosas. Natalie se percató de que carecía de vello en todo el cuerpo.

«Se afeita por completo. Por eso nunca hemos encontrado ADN».

De momento, Ford seguía llevando puestos los calzoncillos blancos y Natalie agradeció no tener que mirar la erección que crecía entre sus piernas.

—Ahora es tu turno —dijo Ford y cogió el cuchillo—. No te muevas, o acabaré rajándote a ti también antes de tiempo.

Natalie se estremeció mientras el cuchillo descendía despacio por su cuerpo, rasgando su camiseta en dos mitades simétricas y perfectas. Ford la movió a la fuerza para deshacerse de los jirones de ropa y procedió a romper el sujetador, revelando sus senos.

—Dios, he soñado con tus tetas durante años. Tenía muchas ganas de ver el recuerdo del momento que compartimos. Confiaba en que te sometieras a una cirugía plástica para arreglarlo, pero luego me di cuenta de que querías mantenerlo para no olvidarme. —Ford se frotó la entrepierna con una mano y pellizcó su pezón cicatrizado con la otra hasta que Natalie siseó de dolor. Su reacción incrementó el tamaño de su erección.

—Ahora veámoslo todo —dijo, al tiempo que le bajaba los vaqueros y la ropa interior. Luego palpó su estómago y sus nalgas, como si Natalie fuera ganado.

—Aquí has engordado un poco —dijo mientras le pellizcaba el vientre—. Tu estómago, antes era casi plano. No me malinterpretes, no está mal para tu edad, pero yo las prefiero más

jovencitas.

—Capullo —soltó Natalie.

Hunter gimió. Estaba empezando a recuperar la consciencia.

—Ah, perfecto. Pensé que íbamos a tener que empezar antes de que despertara la bella durmiente.

—¿Natalie? ¿Qué...? —Los ojos de Hunter chispearon de furia cuando comprendió la escena que se desarrollaba ante él. Forcejeó moviendo el pecho contra las cuerdas y las venas de sus brazos se hincharon por el esfuerzo. Pero las ataduras no cedieron.

—¡Ford! ¡Suéltala!

—Sabes —Ford sonrió—, creo que voy a disfrutar con esto.

—Podemos hablarlo, Stephen. No quieres hacerme daño. La otra vez me dejaste marchar.

Ford explotó en una fuerte carcajada.

—Un error de novato. El idiota de su hermano apareció por allí y no pude terminar lo que había empezado. No cometeré el mismo error dos veces. —Se relamió—. Pero, ángel mío, si me haces pasar un buen rato, te prometo que será rápido. Por los dos. ¿Qué, hay trato?

A Natalie le llevó un momento acumular suficiente saliva. El escupitajo cayó sobre la rodilla desnuda de Ford. Su respuesta fue inmediata, un revés que cruzó la cara de Natalie con inesperada violencia. Después le agarró del pelo para levantar su cabeza. Natalie chilló con aquel estallido súbito de dolor. Ford le agarró del pezón con la mano libre y lo retorció salvajemente.

—Da gracias de que no esté usando el cuchillo. Ahora aprenderás a complacerme, o empezaré a arrancaros pedacitos a los dos. —Las manos de Ford se deslizaron entre las piernas de Natalie—. Oh, cariño, estás seca. Justo como me gusta.

Natalie apretó los dientes para no chillar. Miró hacia Hunter. Estaba lívido. Continuó luchando contra sus ataduras, pero por su expresión de derrota comprendió que seguían sin ceder.

La boca de Ford estaba lo bastante cerca de ella para poder oler su aliento fétido. El olor conjuró otro horrible recuerdo de aquella noche, años atrás. Justo cuando estaba a punto de desaparecer en la oscuridad, algo la trajo de vuelta. Ya no era una niña. Era la sheriff de Sharp's Cove y tenía que empezar a comportarse como tal. Comenzó a abordar la situación con frialdad analítica.

«Por eso la idea de ir al hospital me ponía enferma. No era por el hospital. Era por él».

Era un descubrimiento significativo, pero llegaba demasiado tarde. Natalie siempre lo había considerado una debilidad, pero en realidad, tanto su cuerpo como su mente habían estado tratando de advertirla sobre algo, pero ella había sido demasiado estúpida para comprenderlo.

Ford pellizcó otra vez su pezón cicatrizado y Natalie gritó.

—No, ángel mío, ¡no puedes irte! No me divierto cuando me dejáis solo. Necesito que te quedes aquí conmigo todo el tiempo. Así que mírame o te arrancaré un ojo. ¿Te gustaría?

Natalie intentó sacudir la cabeza, pero no pudo moverse. Formó la palabra «no» con la boca. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Un movimiento súbito desde un lado del cuarto atrajo la atención de Natalie. Vio cómo Hunter hacía oscilar el sillón hacia atrás una y otra vez, hasta que cayó al suelo. Aterrizó con todo el peso sobre los brazos y aulló de dolor.

Ford se apartó de Natalie para ocuparse de él. Su cuerpo tonificado hacía que la ligera barriga cervecera destacara todavía más.

—Eres un idiota y un fracasado, Fowler. ¿De verdad pensabas que podrías escapar? —dijo con desdén.

Ford se inclinó para comprobar sus ataduras y Hunter se echó hacia adelante, asestándole un cabezazo en la frente. Ford gritó y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando se llevó las manos a la cara y saltó hacia atrás.

—Voy... a... desgarrarte... el... bazo —dijo Ford, puntuando cada palabra con una patada rápida contra el costado de Hunter. El ataque era de una violencia inimaginable.

Natalie no entendía el plan de Hunter. Todavía estaba atado al sillón y no parecía que lo tuviera más fácil liberarse.

Ford se movió para golpear el rostro desprotegido de Hunter.

—¡Implorarás clemencia! —gritó con rabia. Hunter gruñó, pero no dijo nada—. O te haré lo mismo que aquellos hombres, hace tantos años, cuando eras un caramelo recién llegado a la cárcel. ¿Te sorprende que lo sepa? ¿Acaso pensabas que era un secreto?

Natalie se quedó sin aliento cuando descubrió el significado de las palabras de Ford. Miró a Hunter, tratando de averiguar si era cierto y sus ojos grises y fríos le devolvieron la mirada. A pesar del ensañamiento que estaba sufriendo, tenía una expresión tranquila y, de pronto, Natalie comprendió que no estaba intentando desatarse, o rescatarla. Le estaba dando la oportunidad de que se rescatara a sí misma.

«Pero no puedo moverme. ¿Cómo voy a lograr salir contigo de aquí?».

Natalie no estaba dispuesta a dejar a Hunter atrás. No importaba cómo lo hiciera.

Sacudió la cabeza de pura frustración. Luego la sacudió otra vez, sorprendida. El hecho de que fuera capaz de hacer aquel gesto implicaba que la medicación estaba empezando a dejar de hacer efecto. Su mente comenzó a trabajar, presa de la excitación. Quizá no había tomado una dosis tan alta como Ford pensaba. Se quedó muy quieta sobre la cama, tratando de no atraer la atención, mientras hacía esfuerzos para mover las manos.

Al principio, su muñeca izquierda solo se levantó unas pulgadas del colchón, antes de caer de nuevo. Era diestra, así que lo intentó con la mano derecha. Fue capaz de flexionarla y moverla algo más. Lo tomó como una pequeña victoria.

«Pero el proceso es demasiado lento».

Miró de nuevo a Ford. Aquel monstruo seguía golpeando a Hunter.

«Si no hago algo ahora mismo, Hunter va a morir».

Natalie alzó los brazos sobre su cabeza y volvió a bajarlos, para presionar con los codos contra el colchón. Se apoyó sobre los brazos y fue capaz de sentarse en la cama.

«No te caigas hacia atrás, no te caigas hacia atrás. Debes ser sigilosa como un gato».

El curso que habían tomado sus pensamientos estuvo a punto de hacerla reír en voz alta. Natalie jamás había sido «sigilosa». Logró poner las piernas a un lado de la cama, sorprendida de que Ford aún no hubiera mirado en su dirección. La creía indefensa y se lo estaba pasando en grande golpeando a Hunter.

Natalie se percató de que Ford había dejado su cuchillo descuidadamente sobre la mesilla que había junto a ella. De pronto se envalentonó.

«Ese error le va a costar muy caro».

Ahogó un gemido de frustración cuando, en un primer momento, sus piernas no respondieron.

«Coge ese cuchillo ahora mismo o Hunter va a morir».

Aquel pensamiento la horrorizó de tal forma que logró el impulso que necesitaba para mover los brazos hacia el cuchillo. Los latidos de su corazón tamborileaban en sus oídos. Esperaba ser la única que pudiera oírlos.

Se puso en pie despacio. Se sentía torpe y aún le parecía que estaba desconectada de su

cuerpo, pero al menos este volvía a pertenecerle y podía darle órdenes. Dio un paso en dirección a ambos hombres.

Vio a Hunter, pero tuvo que volver a mirarlo para confirmar que era él, pues su rostro estaba casi irreconocible. Uno de sus ojos estaba completamente cerrado por la hinchazón y la sangre fluía libremente desde el otro ojo y la nariz por el resto de su cara. Su ojo abierto estaba fijo en ella y parpadeaba repetidamente. Miró hacia la entrada del cuarto y luego parpadeó otra vez.

Natalie no necesitaba leerle la mente para comprender lo que Hunter decirle. Le estaba pidiendo que corriera hacia la puerta. Pero también sabía que, si hacía eso, estaría firmando su sentencia de muerte.

Tomó una profunda bocanada de aire para tranquilizarse antes de moverse de nuevo. No hacia la puerta, sino en dirección a Ford.

Hunter gimió.

—Por favor, Ford, para —le suplicó—. Me estás haciendo daño.

—¡Por fin! ¿Crees que voy a detenerme? Tus súplicas solo van a hacer que lo disfrute más — Ford se regodeó. Luego tiró con violencia de Hunter para dejarlo sentado y patearlo de nuevo.

Natalie avanzó otro paso. Ya estaba lo bastante cerca para alargar los brazos y tocar a Ford.

«Solo vas a tener una oportunidad».

Aun así, vaciló. Sabía que no podía apuñalarle por la espalda. Había bastantes posibilidades de que el cuchillo quedara atrapado en una de sus costillas y apenas causara daño. En ese preciso momento Ford se echó hacia adelante y comenzó a estrangular a Hunter.

De pronto, Natalie recordó su viejo libro de anatomía de la universidad. El movimiento había dejado su axila expuesta a un ataque. Sin pensarlo dos veces, alzó el cuchillo y lo hundió en la axila de Ford. Sintió que la hoja se quedaba enganchada y empujó con más fuerza, empleando todo el cuerpo. Mientras Ford aullaba, Natalie tiró del cuchillo hacia ella.

Durante un momento no sucedió nada y pensó que había fracasado. Pero luego la sangre comenzó a chorrear de la herida. Al menos le había perforado la arteria axilar.

Ford gritó. Se olvidó de Hunter y se giró para mirarla mientras presionaba la axila izquierda con su mano derecha. La sangre seguía deslizándose entre sus dedos. Su rostro adoptó un tono ceniciento.

—Voy a matarte, puta —dijo Ford, pero su última amenaza carecía de fuerza.

Natalie observó fascinada cómo la sangre formaba un charco a los pies de Ford. Le vio tirar de las sábanas y enrollar con pericia una venda improvisada alrededor de su axila y su brazo.

«Mierda, ¿será capaz de contener la hemorragia?».

Un momento después se tranquilizó al ver que la sábana blanca se tornaba carmesí.

La cara de Ford era la vívida imagen del terror.

—¡Corre, Natalie, ahora!

Natalie ignoró a Hunter. Agarró el cuchillo con tanta fuerza que sus dedos se pusieron blancos. Zigzagueó para evitar a Ford y acercarse a Hunter. Se quedó sin aliento cuando pudo apreciar la magnitud de sus heridas.

Por fin, Hunter dejó de insistir en que se marchara.

—No pasa nada, Natalie. Ponte detrás de mí y corta la cuerda de mis muñecas.

—Está muy apretada —protestó—. Te voy a hacer daño sin querer.

—No te preocupes por eso. —Su voz resultaba tranquilizadora—. Simplemente, hazlo.

Natalie lanzó otra mirada hacia Ford. El médico estaba tumbado boca abajo. Aún no había muerto. Lo sabía porque el charco de sangre seguía extendiéndose a su alrededor.

Sus dedos temblaron. Se aferró al hombro de Hunter, lo que provocó un gemido de dolor por

su parte.

—Lo siento —se disculpó.

—No pasa nada.

Le cortó en dos ocasiones antes de lograr liberarle. Hunter se estremeció en un gesto de dolor cuando por fin pudo estirar los brazos. Natalie se dio cuenta de que su hombro derecho había vuelto a dislocarse.

—Tu hombro...

—Da igual. Dame el cuchillo —le pidió. Usó la mano izquierda para cortar la cuerda de sus piernas y luego se lo devolvió—. Tenemos que salir de aquí.

Natalie tembló y bajó la mirada. Había olvidado por completo que estaba desnuda. Observó sin emoción cómo Hunter se quitaba la camisa y se la ponía sobre los hombros. Estaba ensangrentada y le llegaba casi a las rodillas, pero aún conservaba su aroma.

Hunter intentó abotonar la camisa, pero fue incapaz.

—No te preocupes —le dijo—. Yo la mantendré cerrada.

Hunter avanzó primero. Se plantó delante del cuerpo de Ford y lo sacudió con el pie.

—¿Está muerto? —preguntó Natalie.

—Tiene toda la pinta —respondió Hunter.

Natalie se arrodilló junto a Ford. Se obligó a tocar su cuello para buscarle el pulso.

—Apártate, Natalie —dijo Hunter. Cuando escuchó esas palabras, el vello de sus brazos se puso de punta.

—No puedo sentir... —empezó.

Ford saltó hacia arriba como un tiburón. Su palma ensangrentada se dirigió hacia el rostro de Natalie. Ella gritó. De pronto, Hunter se encontraba entre ella y Ford para protegerla del golpe.

Vio a Ford agarrar el hombro dislocado de Hunter y empujarlo hacia arriba.

Hunter rugió de dolor y cayó al suelo.

Ford se puso en pie. Aunque se tambaleaba por la pérdida de sangre, aún podía resultar peligroso. Ignoró a Hunter y se dirigió directamente hacia ella. Blandía un cuchillo en la mano. Natalie miró a su propia mano, que estaba vacía. Había dejado caer el arma cuando se había arrodillado para tomarle el pulso.

«Menudo error de novata».

Ford tenía el rostro contraído por la furia. Avanzó con pasos lentos y cuidadosos hacia ella.

—Ojalá hubiéramos pasado más tiempo juntos... pero, en cualquier caso, clavarte esto en el corazón va a ser agradable.

Natalie quería apartarse, pero su cuerpo todavía no respondía como debería. Vio el arco que hacía el cuchillo en el aire mientras se dirigía hacia ella, pero se detuvo cuando la mano de Hunter se cerró sobre la muñeca de Ford. Se había interpuesto de nuevo.

Pulgada a pulgada, Hunter empujó el brazo de Ford. Durante un instante pareció que iba a poder apartarlo, pero sus dedos se deslizaron en la sangre de Ford y la punta del cuchillo se abrió camino hasta su hombro.

—¡No! —gritó Natalie. Cogió la pesada lámpara de la mesilla de noche y golpeó con ella a Ford en la cabeza. Una. Dos. Tres veces.

Ford se derrumbó como una secuoya gigante y cayó de bruces.

Natalie gateó hacia Hunter, que estaba bocabajo. Estuvo a punto de resbalar en la sangre, pero recuperó el equilibrio en el último momento y siguió avanzando hasta alcanzarle.

—¿Hunter? Oh, Dios.

Sus párpados se abrieron.

—¿Está... muerto?

—No lo sé, creo que sí. Vamos, levántate.

—No sé si puedo —dijo él.

—No te hagas el perezoso ahora —le pidió, deslizándolo los brazos bajo él y tirando.

—No vas... No vas a dejarme aquí, ¿verdad? —protestó. Su voz sonaba débil. Natalie no estaba acostumbrada.

—Cargaré contigo si es necesario —le dijo.

—¿Es una amenaza o una promesa?

—Vamos —dijo tirando con fuerza—. Levántate.

Natalie ignoró la mueca de dolor de Hunter al intentar hacer lo que le pedía. Por fin se puso de pie, con las rodillas rígidas. Ella dobló un poco las piernas para cargar con todo el peso posible.

—Estoy bien —le dijo.

—¿Lo dices para convencerme a mí o para convencerte tú mismo? —bromeó Natalie—. Toma, presiona tu hombro con esto. Está sangrando un montón.

Por la forma en que se movía, Natalie supuso que también tenía un par de costillas rotas. Les llevó tres minutos llegar a la puerta del cuarto, un trayecto que en circunstancias normales les habría costado treinta segundos.

Natalie se miró el cuerpo desnudo y sopesó volver para vestirse con su ropa, pero decidió no hacerlo. No podía soportar la idea de pasar otra vez junto a Ford, incluso si estaba muerto. El alivio y el horror la golpearon al mismo tiempo, provocando temblores en todo su cuerpo. El abrazo de Hunter se hizo más fuerte.

—Voy a ponerme bien —le dijo.

—Mi teléfono... —dijo Natalie—. Necesito mi teléfono.

Hunter lo encontró en el sofá y se lo dio. Natalie lo apretó con fuerza, como si fuera un salvavidas.

—No tengo las llaves del coche —susurró.

—Usaremos mi camioneta —dijo Hunter mientras rebuscaba en el bolsillo de sus pantalones.

—Debería conducir —dijo Natalie, pero sus manos temblaban tanto que no sabía si podría hacerlo.

—Puedo conducir —dijo Hunter—. Tú haz las llamadas.

Natalie sostuvo el teléfono, pero sin presionar aún el botón verde.

—He matado a un hombre —dijo.

—Has matado a un monstruo. Y nos has salvado la vida a ambos —replicó Hunter.

Dio marcha atrás en el camino de entrada. Conducía con la mano derecha apoyada sin demasiada fuerza en el volante. Su brazo izquierdo descansaba inerte sobre su regazo.

Durante un segundo, Natalie se preguntó a qué número debía llamar. El instinto se impuso y llamó primero a su padre.

—Natalie. —La voz de su padre sonó feliz al tener noticias suyas—. Estaba pensando que...

—¿Papá? —gimió.

Su padre se puso alerta de inmediato.

—¿Qué ocurre, Natalie?

—Estoy bien —le dijo—. ¿Puedes venir al hospital? He sido atacada.

—¿Atacada?

—Era Ford, papá.

—¿Stephen Ford? ¿El doctor Ford?

—Sí. Fue él desde el principio. Me sorprendió en casa. Creo que lo he matado.

—¿Dónde estás, Natalie? ¿Estás conduciendo?

—Vamos de camino al hospital. Conduce Hunter.

—Dile que se quede contigo. Voy para allá.

Natalie suspiró. Tenía que hacer otra llamada.

—Rob, necesito que tú y Susan vayáis a mi casa. De camino avisad al FBI. Vamos a necesitar su ayuda.

—¿Qué ocurre? —La voz de Rob sonaba cansada, como si acabara de despertarse.

—El hombre que estábamos buscando era Ford. Acabo de matarle. Hunter y yo estamos yendo al hospital.

—¿Estás herida? ¿Necesitas algo? —Lo cierto es que Rob no se alteró un ápice al recibir la noticia.

—Estamos bien. Solo necesito que vayas a mi casa y confirmes si está muerto.

—Llamaré a Susan y nos reuniremos allí. Y, ¿jefa? Me alegro de que estés bien.

—Gracias, Rob. No digas una palabra de esto mientras puedas evitarlo. La prensa se va a poner las botas con el asunto.

Hunter condujo directamente hasta el área de emergencias.

—¿Qué? —preguntó—. A mí esto me parece una emergencia, sheriff.

El padre de Natalie ya estaba en el hospital cuando aparcaron. Debía de haberse saltado todos los límites de velocidad de la ciudad para llegar tan rápido. Abrió la puerta del acompañante. Sus ojos azul celeste se enturbiaron cuando vio las magulladuras del rostro de Natalie y la camiseta que llevaba puesta.

—¡Natalie!

—Estoy bien, papá —dijo ella. Dejó que la envolviera entre sus brazos y se acurrucó contra él.

—Gracias a Dios —dijo su padre y la apretó con suavidad.



## ***Hunter***

Hunter gimió cuando salió del coche. Intentaba moverse muy despacio, pero le dolían todos los músculos.

El padre de Natalie alzó la cabeza para confrontarle. Los ojos experimentados del viejo evaluaron sus heridas de un solo vistazo.

—La protegiste —dijo Aaron Bowmann.

Hunter empezó a reír, pero su risa se truncó de inmediato por un gruñido.

—Su hija no necesita protección de nadie, señor. Nos salvó a ambos, así que me alegro de haber estado allí para ayudarla.

El viejo sonrió con orgullo.

—Esa es mi hija. ¿Estás segura de que ese cabrón está muerto, Natalie?

Natalie se acercó a Hunter y volvió a rodearle con el brazo. Estaba claro que estaba a punto de desfallecer, así que se aseguró de no cargar su peso sobre ella.

—Papá, ¿podrías hacerme un favor?

—Lo que quieras, Nat.

—¿Podrías ir a casa a ver cómo van Rob y Susan? Ya deberían de haber llegado.

—Por supuesto. —El hombre cuadró los hombros—. ¿Seguro que estás bien? ¿No debería quedarme hasta que te vea un médico?

—Estaré bien, papá. Es solo que... necesito saberlo.

—No hay problema.

—Y ten cuidado, papá. Si no está muerto, es muy peligroso.

Hunter se concentró en la entrada que había frente a él, visualizando la sala de emergencias del otro lado. Apretó la mandíbula y notó que tenía dos dientes sueltos.

—Solo un par de pasos más, Natalie —la animó. Tres personas llegaron corriendo. La primera fue Barbara Leroy. Bajo la bata de médico llevaba ropa amarillo neón y zapatillas rosas. Tras ella, dos enfermeras empujaban sendas sillas de ruedas. Hunter suspiró, aliviado. Les habían estado esperando.

—Sheriff, Hunter. Por favor, sentaos.

—¿Es necesario? —preguntó Natalie.

—No me lles la contraria, sheriff. Me ha llamado tu ayudante. Solo tenemos unos minutos antes de que llegue la prensa.

Hunter apretó a Natalie con el brazo para guiarla hasta la primera silla de ruedas.

—No quiero estar sola —susurró.

—Me quedaré contigo —le prometió Hunter. Miró a la doctora Leroy, retándola a llevarle la contraria, pero la mujer parecía reflexiva, sumida en sus pensamientos.

La doctora Leroy le llevó en la silla detrás de Natalie.

—¿De verdad era él? ¿Stephen? —le preguntó en susurros para que solo él pudiera oírla.

Cuando Hunter asintió, su cara, ya de por sí blanca, palideció aún más.

Una vez dentro, todo se aceleró. Ambos fueron examinados a conciencia. La doctora Leroy se hizo cargo de Natalie personalmente y no dejó que nadie más se acercara a ella. Hunter se lo agradeció. Empezaron a tratar sus heridas, primero una enfermera que le limpió la mayor parte de la sangre y luego el doctor Boyle, que volvió al hospital para verle, a pesar de que su turno había terminado hacía mucho.

—Puedo volver a colocarte el hombro otra vez, Hunter —comenzó el doctor Boyle—, pero

es probable que después de esto necesites cirugía. Sabremos algo más cuando baje la hinchazón. Además, tienes dos costillas rotas. Si miras aquí —le dijo mientras le indicaba la radiografía— la costilla desplazada está cerca de los pulmones. Tienes suerte de que no te perforó el pulmón, pero habrá que vendarte y mantenerte en observación esta noche. Además, quiero que veas a un oftalmólogo, porque me preocupa esa herida del ojo.

Dada su condición, Hunter no respondió con un encogimiento de hombros, pero lo cierto es que aquellas noticias no le importaban gran cosa. Un hombro dislocado, algunas costillas rotas e incluso los posibles daños en el ojo no eran un precio demasiado alto por la vida de Natalie. Habría estado dispuesto a ofrecer mucho más.

—¿Estás segura de que no pasó nada más, Natalie? —le preguntó la doctora Leroy.

La voz de Natalie vaciló.

—¿Me estás preguntando si fui violada?

La doctora Leroy asintió.

—No, no llegó a hacerlo.

De pronto, sonó el teléfono de Natalie.

—Lo siento, doctora, tengo que coger esta llamada. ¿Rob? ¿Está mi padre contigo? ¿Qué ocurre?

Hunter no necesitaba escuchar la otra parte de la conversación para comprender que no eran buenas noticias. Natalie se agarró a la camilla con la mano izquierda. Su cuerpo osciló levemente.

Hunter se acercó a ella y posó su enorme mano sobre la de Natalie, mucho más pequeña.

—¿Estás seguro? —preguntó Natalie—. De acuerdo, gracias, Rob. Procesa todas las evidencias y cierra la puerta cuando te marches. Bueno, ignora la puerta. No pasa nada.

Colgó el teléfono y se quedó mirando a Hunter con los ojos brillantes por el miedo.

—No estaba.

—¿Qué quieres decir con que «no estaba»? Había tres o cuatro charcos de sangre en el suelo. Es imposible que se haya levantado y se haya marchado andando.

—Eso es exactamente lo que hizo. —Natalie retiró la mano, con furia—. Tendría que haberme asegurado.

Él la observó en silencio. Detestaba verla sufrir así.

—Le encontraremos —dijo.

—No sé, Hunter, Ford era demasiado listo para no tener un plan B. Es posible que se haya esfumado.

Hunter la tomó de la mano con mucha delicadeza.

—Esté donde esté, le encontraremos y se lo haremos pagar.



## *Natalie*

A lo largo de la semana, Natalie pudo confirmar su corazonada. Tras el ataque, se obligó a volver al trabajo a la mañana siguiente, poco después de pedir el alta en el hospital. Su contacto del FBI había conseguido, por fin, crear bastante interés en el caso y desde allí enviaron a un equipo de dos investigadores a Sharp's Cove. Recorrieron la ciudad y las zonas aledañas, pero no encontraron absolutamente nada.

Una tarde, Natalie se fue pronto de la comisaría y cruzó la ciudad. Había algo que necesitaba hacer en persona. Subió el tramo de escaleras y llamó a la puerta del piso de Emma.

—¿Sí? —preguntó una voz suave al otro lado. Natalie se clavó las uñas en las palmas de las manos. No podía soportar que ahora su amiga tuviera miedo a abrir la puerta.

—Soy yo, Em —dijo en voz muy alta.

—¡Nat! Espera un segundo.

Natalie aguardó pacientemente mientras Emma abría al menos dos cerraduras y retiraba un pestillo. Por fin, su amiga abrió la puerta.

—Nat, qué alegría verte —dijo Emma. Tiró con fuerza de ella para darle un abrazo. Natalie se encontró sollozando sobre el cabello de su amiga.

—No hemos sido capaces de encontrarle —le dijo.

Emma se echó hacia atrás y mantuvo a Natalie a un brazo de distancia para mirarla a los ojos.

—¿Eso quiere decir que habéis dejado de buscar?

—Nunca dejaré de buscar —le prometió Natalie, sombría.

—Eso pensaba.

—Pero tuve la oportunidad de detenerle. Si hubiera vuelto a la casa...

—Puede que Hunter y tú también hubierais muerto, Natalie. Escúchame: gracias a ti sabemos la clase de monstruo que es Ford. Hay una orden de arresto federal con su nombre.

—Lo sé, pero yo...

—Para, Natalie, por favor. Sé que quieres atraparlo, pero no podemos permitir que Ford arruine ninguna vida más.

Natalie estaba a punto de preguntarle a Emma por qué, entonces, había instalado dos cerraduras y un pestillo en su apartamento, pero se detuvo a tiempo. Emma tenía que procesar lo que había pasado, a su propio ritmo. De momento, a Natalie le bastaba con que su amiga no la culpara.

—Gracias, Emma —susurró y se inclinó para recibir otro abrazo.

—¿No deberías ir a ver cómo está Hunter? He oído que salía hoy del hospital.

—¿Lo has «oído»?

—Vale, me lo ha dicho Barbara. Pensábamos que irías a recogerle —dijo Emma con toda la intención.

Natalie inhaló despacio. No había nada que deseara más que reunirse con Hunter en el hospital.

—¿Tengo que llevarte al hospital yo misma? —preguntó Emma, sacudiendo sus rizos rubios.

—Ni siquiera tienes coche —respondió Natalie entre risas.

—Es verdad. Entonces quizá deberías usar el tuyo.

Y en ese preciso instante, Natalie se quedó sin excusas. Se despidió a toda prisa de Emma, condujo directamente al hospital y subió las escaleras hasta llegar a la habitación de Hunter. Pero estaba vacía. Ya le habían dado el alta.

El corazón de Natalie dio un vuelco.

—Sheriff —dijo una voz tras ella. Natalie se giró y se encontró con la doctora Leroy.

—Doctora... Barbara. He llegado demasiado tarde, ¿no?

La mujer la miró con ternura.

—Si estás buscando a Hunter, probablemente está en el baño, cambiándose de ropa.

Natalie sonrió, avergonzada.

—No se me ocurrió mirar. ¿Puede irse a casa ya?

—Sí, en cuanto esté listo. Ah, ahí está —dijo la doctora, sonriente—. Os dejaré solos para que podáis hablar.

Cuando la vio, los labios de Hunter se curvaron en una sonrisa.

—Natalie —le dijo. Tras la pelea con Ford, su voz aún estaba ronca, pero por fin podía abrir el ojo herido; el negro que lo rodeaba había empezado a dar paso al amarillo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Natalie sabía que todavía no había recuperado por completo la visión, ni tampoco el uso del brazo. Esperaba encontrar ira o reproche en sus ojos grises, pero, sorprendentemente, no parecía preocupado por su estado físico. Su mirada parecía... esperanzada. Natalie habría sido capaz de hacer cualquier cosa por mantener aquella esperanza viva.

—He venido para llevarte a la granja.

—Gracias —dijo él, mientras metía las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. Es un detalle.

Natalie condujo despacio.

—¿Has memorizado todos los baches que hay entre el hospital y la granja? —le preguntó Hunter con curiosidad.

«Quizás».

—Solo estoy conduciendo con cuidado, no quiero hacerte daño.

—Jamás me harás daño, Natalie.

Ella quería decirle muchas más cosas, pero no sabía cómo hacerlo.

—Hemos llegado —dijo por fin. Detuvo el coche. Esperaba que su madre y su hermano salieran a recibirles, pero no apareció nadie. Su mirada se dirigió hacia el edificio principal.

—Están en una excursión con la iglesia. Fui yo quien les pedí que fueran.

—¿Necesitas ayuda con algo? —le dijo Natalie. Se preguntó si sería evidente que intentaba demorar el momento de su partida.

—¿Me ayudarás a hacer el equipaje? —le preguntó. Se señaló el hombro herido.

«¿Se marcha?».

—¿Equipaje? ¿A dónde vas? —le preguntó, tratando de no manifestar su abatimiento.

Hunter cogió las manos de Natalie. Aún tenían las marcas de su lucha con Ford. Natalie reflexionó sobre cómo lo había arriesgado todo para salvarla. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Él las limpió con gentileza con la yema del pulgar.

—Me mudo a la ciudad. Quiero estar más cerca de ti. Quiero estar contigo.

—¿Te mudas a la ciudad? —repitió ella.

—Voy a buscar trabajo. Conseguiré el dinero que necesitamos para arreglar la granja y podré volver los fines de semana para ayudar a mi madre y a Jesse. Pero quiero vivir más cerca de ti.

Su corazón golpeó con fuerza contra su pecho.

—¿Ya has encontrado un sitio?

—Aún no. Quería que fueras la primera en saberlo. Pero debería ser muy fácil. Mis estándares no son difíciles de satisfacer. En cuanto a otras cuestiones —le dijo guiñando un ojo

— soy algo más exigente.

Se inclinó para besarla en los labios. Ella abrió la boca para dejarle entrar. Sentaba bien. Había sido tan amable con ella desde el ataque, pero deseaba... No, necesitaba estar más cerca de él.

Se apartó un poco al darse cuenta de que aún no le había dicho lo que estaba pensando.

—Oye, Hunter.

—¿Sí? —preguntó él. Parpadeó, aturdido.

—¿Qué te parecería mudarte a mi casa?

—¿Tu casa?

—Sí, mi casa. Conmigo.

Su boca se abrió con sorpresa.

—Natalie, ¿va en serio?

—Más en serio que nunca. Tú quieres mudarte a la ciudad para estar más cerca de mí. Y yo también quiero estar más cerca de ti.

Los ojos de Hunter se pusieron vidriosos por las lágrimas.

—Yo... no sé qué decir.

—Te quiero, Hunter, por si no te habías dado cuenta.

—Yo también te quiero, Natalie.

De pronto se percató de que no había pensado para nada en Ford durante la última hora. La búsqueda de aquel monstruo aún no había terminado, pero comprendió que Ford no tenía ningún poder sobre Hunter ni sobre ella. Ahora estaban juntos, y juntos podían hacer frente a cualquier cosa.

-- -- -- -- --

Espero que hayas disfrutado con la historia de Hunter y Natalie. Si te ha gustado y tienes un par de minutos, por favor, deja una reseña. ¡Las leo todas y las agradezco más de lo que puedo expresar!

Si sigues leyendo, encontrarás un adelanto del segundo libro de la saga de Sharp's Cove.

¡Gracias por leerme!

JR

## **ADELANTO: LIBRO 2 DE SHARP'S COVE**



## **Emma**

Emma recorrió la sección de vinos del supermercado mientras trataba de aparentar tranquilidad. En honor a la verdad, no sabía nada de vinos, más allá del hecho de que prefería el tinto al blanco y de que quería —olvida eso, *necesitaba*— una botella para esa noche. Por un momento valoró la posibilidad de llevarse una de las botellas mágnium que había en el estante más alto.

«¿Cuánto es eso, como dos botellas normales enteras?».

Sacudió la cabeza y descartó la idea con rapidez. Quería olvidar lo ocurrido hacía un año, no acabar de nuevo en el hospital, esta vez con un coma etílico.

Ignoró también el resto de las botellas de aquel estante. No estaba dispuesta a gastarse cien dólares en vino; su salario de maestra no se lo permitía. El estante del medio parecía más prometedor. Pasó unos cuantos minutos observando las etiquetas. Quizá no sabía nada de vino, pero sí sabía algo de arte y le encantaba mirar los dibujos que utilizaban las bodegas para representar su marca. Pensó con nostalgia en su caballete y en sus útiles de pintura, que acumulaban polvo en un rincón de su diminuta habitación para invitados.

Odiaba a Stephen Ford. Por lo que le había hecho a su mejor amiga, Natalie; por lo que les había hecho a esas pobres chicas, Felicia y Lanie; por lo que había intentado hacerle a ella. Deseó que estuviera muerto y pudriéndose en el infierno.

Sacudió la cabeza, furiosa consigo misma. Cuando Hunter, Natalie y Rob le habían salvado la vida el verano anterior, se había prometido que no permitiría que su asaltante le quitara nada más. En cambio, allí estaba, un año después, todavía mirando por encima del hombro al girar una esquina y, más importante aún, incapaz de ponerse a pintar.

A Emma siempre le había encantado el verano. No porque quisiera alejarse de los niños, como asumían sus padres, sino porque tenía tiempo para crear. Todos los veranos pintaba la vida de Sharp's Cove tal y como la veía. Vivía para sus acuarelas... o al menos así era antes. Lo único que había hecho este verano era sentir lástima de sí misma. Ni siquiera el hecho de que solo quedaran unas semanas para el inicio del curso escolar había bastado para que cogiera los lápices.

Todavía enfadada, Emma agarró una botella de vino al azar y pagó rápidamente en la caja de autoservicio.

Salió a Main Street, donde brillaba el sol. Hurgó en su bolso, tratando de meter la botella y sacar las gafas de sol al mismo tiempo. Sus ojos color avellana eran sensibles a la luz y empezaban a humedecerse un poco.

Absorta como estaba en ambas tareas, no escuchó el motor que rugía acercándose hacia ella. Solo cuando notó que una sombra enorme le cubría el cielo, alzó súbitamente la cabeza y vio la camioneta negra que estaba a punto de atropellarla.

Desde ese punto, todo ocurrió como a cámara lenta. Emma abrió la boca para gritar, pero solo exhaló un gemido. La botella de vino resbaló de su mano y pareció flotar en el aire. Y durante todo ese tiempo, la camioneta se acercaba a ella más y más.

«Debería cerrar los ojos».

Algo la golpeó desde un costado, con una fuerza brutal y la envió volando hacia el escaparate de la tienda. Lo único que le resultaba extraño era que, fuera lo que fuera, lo había hecho desde la izquierda y no desde donde venía la camioneta. Oyó el sonido del metal triturado.

«Esto va a doler».

Emma esperó pacientemente a estrellarse contra el suelo. Cuando lo hizo, le sorprendió

comprobar que este era blando. No blando como una nube, que era lo que había imaginado que sentiría al morir, sino más bien blando como una almohada. Una almohada con un olor extraño, masculino. Alguien gruñó. Cuando abrió los ojos, descubrió que de la almohada salían unos brazos, que en ese momento acunaban su cabeza y la parte superior de su cuerpo.

A pesar de que solo quería quedarse allí, se obligó a alzar la mirada. Se encontró contemplando directamente los ojos profundos y verdes de Rob Hope. Y en aquel momento, esos ojos brillaban con preocupación.

«Vaya».

De toda la gente que podía salvarla, tenía que ser Hope, el ayudante de la sheriff.

Se había arrodillado, pero aún la acunaba con cuidado en su regazo. Emma se dio cuenta de que la manga izquierda de su camisa kaki estaba rota. Hilillos de sangre resbalaban desde su fuerte antebrazo hasta la muñeca.

Sus labios se movían y Emma sintió que tenía la obligación de prestarle atención.

—¡Emma! ¡Emma! ¿Estás bien?

Alzó la mano para retirar los mechones rubios que le caían sobre los ojos. A Emma no le gustaba aquella expresión de angustia.

—Estoy... bien —dijo con voz ronca, sorprendida al descubrir que decía la verdad. Esperaba estar muerta o herida de gravedad, pero no sentía ningún dolor. Hizo algo de fuerza con los brazos para tratar de sentarse.

—Espera, quizá no deberías moverte —la advirtió Rob, pero la presión de sus brazos cedió un poco.

Aún temblorosa, Emma se puso de rodillas. Se giró para mirar la parte frontal de la camioneta, que ya no parecía un vehículo, sino una masa de metal destrozada contra una farola. Emma tragó bilis. Ella había estado plantada justo al lado de esa farola. Si la camioneta la hubiera golpeado, la habría pulverizado.

—¿Estás bien, Emma?

—Parece que sí, gracias a ti.

La sonrisa de Rob iluminó su rostro como si fuera un árbol de navidad. Se dio cuenta de que ella misma le devolvía aquella sonrisa que parecía ser contagiosa.

—¿No me oíste? Te estaba gritando desde el otro lado de la calle.

Emma sacudió la cabeza, todavía confusa.

—¿Podrías llamar a Alma, a la comisaría, para que nos traigan una ambulancia? —preguntó Rob, poniéndose de pie.

—No necesitamos...

Se calló cuando vio que Rob se dirigía con determinación a la camioneta. No había pensado en el conductor, pero obviamente, Rob sí lo había hecho. El agente Hope era la persona más considerada y desinteresada que conocía, una de las razones por las que nunca había salido con él. No parecía que las cosas fueran a acabar bien entre ellos y no quería ser ella quien le hiciera perder su eterno optimismo.

Hizo la llamada, a toda prisa y colgó antes de que Alma pudiera sonsacarle más información. Caminó temblorosa hasta el otro lado de la camioneta, donde Rob forcejeaba con la portezuela destrozada. Los gruesos músculos de su brazo se tensaron, pero la puerta no cedió.

Emma se percató de que había un charco bajo el depósito de la parte trasera de la camioneta, que se estaba haciendo más grande. Había visto las suficientes películas para saber que no era una buena señal.

—Oye, ¿Rob? —gruñó.

Rob alzó la mirada y siguió la dirección de su dedo. Su reacción fue instantánea.

—¡Sal de aquí, Emma! ¡Échate hacia atrás! —gritó y redobló sus esfuerzos con la puerta, golpeando el cristal con el puño—. ¡Vamos!

Emma sacudió la cabeza. Rob era más alto que ella y probablemente pesaba el doble. No creía que sus músculos fueran a ayudar en esta ocasión, pero tenía que haber algo que pudiera hacer. Miró alrededor, buscando un objeto afilado al que utilizar como palanca. Pero no había nada en el suelo.

Soltó una risita histérica.

«¿Por qué Main Street tiene que estar tan limpio?».

Entonces se le ocurrió algo. Volvió corriendo hasta el lugar donde había dejado el bolso, manchado de rojo por el vino y buscó sus llaves, con cuidado de evitar los cristales rotos.

«¡Sí!».

Su amiga Natalie, que también era la sheriff de la ciudad, le había regalado un llavero multiusos las pasadas Navidades. Emma volvió corriendo hasta la camioneta, con el martillo en miniatura en la mano. Natalie le había asegurado que podía romper un cristal de seguridad en caso de emergencia. Envío una plegaria muda.

«Creo que esto puede considerarse una emergencia».

—¡Rob! —gritó.

El hombre frunció el ceño, contrariado. Emma agitó el llavero frente a su cara.

—¡Prueba con esto!

Él cogió el martillo y golpeó el cristal, con fuerza. Un golpe. Dos golpes. Al principio no ocurrió nada.

«Natalie, vas a tener que pedir que te devuelvan el dinero».

Tras el cuarto golpe, una tela de araña se dibujó en la ventana. Al principio era tan pequeña, que Emma pensó que se lo estaba imaginando, pero creció de tamaño con rapidez, hasta cubrir casi todo el cristal. Rob se echó hacia atrás, golpeó con el hombro en mitad de la grieta y logró abrir un orificio. Utilizó el pequeño martillo para agrandar el agujero, hasta que tuvo el tamaño suficiente para poder introducir la parte superior de su cuerpo.

—Por favor, Emma, retrocede. Te lo suplico —dijo Rob, devolviéndole el pequeño martillo antes de atravesar la ventana para llegar hasta la figura que estaba en el asiento del conductor.

De puntillas, Emma estiró el cuello para echar un vistazo al interior. Reconoció a Old Joe, un pescador local. Yacía inconsciente con la frente apoyada sobre el volante. Aún llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Emma tomó el llavero que le había devuelto Rob y extrajo la pequeña navaja que parecía diseñada precisamente para aquella situación. Se la entregó de vuelta a Rob, que la miró con sorpresa.

—Eres como MacGyver —dijo Rob y luego volvió a introducirse en la camioneta.

Algo hizo que Emma mirase detrás de ellos, justo en el momento en el que el rastro de combustible se incendiaba, a unos pies de distancia. Observó hipnotizada cómo el fuego atravesaba la carretera en dirección a la camioneta.

—¡Fuego! ¡Sal de ahí ahora mismo, Rob! —gritó, tirando del cinturón del agente Hope. No iba a permitir que muriera abrasado.

Rob tiró del pescador inconsciente y trató de sacar su corpachón a través de la ventana. El espacio era muy justo y Emma temió que no pudiera conseguirlo. Por fin, logró salir. Rob dobló las piernas antes de erguirse de nuevo, cargando al hombre inconsciente sobre el hombro. Exhortó a Emma, que iba por delante de él, mientras se alejaba de la camioneta.

—¡Corre, Emma!

Solo habían dado unos cuantos pasos cuando Emma sintió que salía despedida por segunda vez aquel día. En esta ocasión cayó sobre algo duro y se raspó la mejilla contra el suelo. Oyó la explosión y esperaba sentir el calor en su espalda. Sin embargo, una gran figura se desplomó sobre ella.

—Emma, no te levantes —susurró Rob detrás suyo con un gemido de dolor.

Emma abrió los ojos. Joe estaba boca abajo en el suelo, junto a ella. Seguía inconsciente y su rostro curtido estaba más pálido que nunca. A su alrededor, vio cómo llovía fuego y fragmentos de metal, pero Rob se aseguró de que nada los golpeará. Emma apretó los párpados con fuerza. Por fin, sintió cómo el peso que sentía en la espalda desaparecía.

—¿Emma, estás bien? —preguntó Rob, levantándola con cuidado.

Emma asintió. Se tocó la cabeza y encontró unas hojas atrapadas entre sus rizos. Sintió el deseo irresistible de echarse a reír.

—Creí haberte pedido que te echaras hacia atrás —le dijo. Sus labios carnosos estaban apretados, formando una delgada línea.

—Ya... y yo vi que no necesitabas mi ayuda para nada —murmuró mientras trataba de recuperar el aliento.

—No he dicho eso —dijo Rob—. Antes debería haberte dado las gracias.

Rob se inclinó para tomarle el pulso a Joe.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Emma. Le daba miedo la respuesta.

—Está vivo —dijo Rob con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Dónde está esa ambulancia?

«Ha recuperado el optimismo».

Como si hubiera sido invocada por la voz de Rob, la ambulancia apareció en Main Street. El conductor y Rob subieron a toda prisa a Joe a la camilla. Emma se quedó allí, con los restos de su bolso empapado por el vino en la mano. No sabía muy bien qué hacer. Unas cuantas personas empezaron a pasearse por la zona, pero ninguno se acercó a ella.

«Supongo que parezco una persona que acaba de esquivar la muerte dos veces en los últimos diez minutos».

Por fin, la ambulancia se fue. Rob se acercó con grandes zancadas.

—¿Va a ponerse bien Joe? —preguntó Emma.

—Eso espero. Parece que ha sufrido un ataque al corazón cuando estaba al volante y ha perdido el control de la camioneta. Sabremos más cuando lo vea el médico.

—Espero que se ponga bien. Deberíamos llamar a su hijo —dijo Emma. Todo el mundo de esa ciudad, si tenía oídos, sabía que el hijo de Old Joe trabajaba como profesor de lengua y literatura en la costa oeste.

—Alma le llamará. Ven conmigo, te llevaré al hospital.

—¿Al hospital? —preguntó, sorprendida—. No necesito ir al hospital.

Si alguien tenía que ir, pensó, era él. Aparte de la sangre seca de su brazo, Rob ahora tenía nuevas manchas de sangre en la camisa, de cuando había atravesado la ventanilla del vehículo.

—Solo para que te echen un vistazo. Hazlo por mí, ¿vale? —dijo tratando de sonar esperanzado.

Emma estuvo a punto de iniciar una discusión, pero decidió seguirle la corriente.

—Vale, pero estoy bien.

—Perfecto. Vamos a llevarte al hospital para que la doctora Leroy pueda confirmarlo.

—Iré contigo, pero con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Rob, con recelo.

—Que te examinen a ti también, por supuesto —dijo ella.

—Pero yo estoy...

—Bien. Sí, lo sé. Yo también. —Le dedicó una sonrisa radiante.

La risa de Rob era un sonido fuerte, pero hermoso.

—¿Qué estabas haciendo aquí a esta hora? —le dijo.

—Comprando algo de cena.

Rob alzó una ceja en dirección a la botella de vino hecha añicos y la evidente ausencia de otros alimentos.

—La cena, ¿eh?

—La cena —repitió ella con cabezonería.

«Genial. Ahora va a pensar que me alimento solo de vino».

Los ojos verdes de Rob se encontraron con los de Emma durante un momento, como si tratara de analizarla. Ella mantuvo una expresión neutra. Por fin, cejó en su empeño, se giró y empezó a caminar hacia el coche patrulla. Se le encogió el estómago cuando vio las quemaduras de su camisa, allí donde algo había golpeado su espalda.

Abrió la puerta del asiento del pasajero y entró con rapidez antes de que Rob pudiera ayudarla. No se veía capaz de aceptar más gestos amables de aquel hombre.

Encendió el motor muy rápido.

—Sabía que todo iba a salir bien —dijo ella.

—¿Lo sabías? —dijo sorprendido.

—Por supuesto: Después de todo, eres «Lucky Rob», ¿no?

Aunque solo trataba de aligerar el ambiente, la mirada de Rob perdió el brillo cuando oyó la mención a su viejo apodo de instituto. Emma bajó la vista y se concentró en sus manos, odiándose por ello.



## **Rob**

Tan pronto como la puerta de la comisaría se hubo cerrado tras él, Rob bajó la guardia y empezó a gemir. Alma solo trabajaba durante las mañanas y Susan debía de estar fuera patrullando, así que no esperaba encontrarse a nadie allí.

Renqueó hasta su escritorio. En los buenos viejos tiempos, cuando acababa de unirse al Departamento del Sheriff de Sharp's Cove, Aaron Bowmann siempre guardaba una botella de whisky barato en el cajón de su mesa. Pese a que en aquel momento a Rob le apetecía un trago, sabía que no encontraría nada allí, desde que Natalie Bowmann, la hija de Aaron, había sido nombrada sheriff y se había hecho cargo del departamento, unos años atrás.

«Natalie, antes tendría un lagarto vivo en ese cajón, que una botella de whisky».

El pensamiento le hizo sonreír un poco, pero Rob sabía perfectamente el motivo por el que Natalie no bebía. Había sido asaltada en una ocasión cuando era joven al salir de un bar. En aquella época, Rob todavía era un novato. Había sido su primera escena del crimen y nunca la olvidaría. Catorce años después, Rob todavía no era capaz de entender cómo Aaron Bowmann no había perdido la cabeza, tras encontrar a su hija en aquel callejón oscuro.

Desde luego, cuanto más pensaba en ello, más respetaba Rob a aquel hombre. Los errores que se habían cometido en aquel caso no habían sido culpa del sheriff, aunque Rob aún se preguntaba si había algo que él hubiera podido hacer para evitar los malentendidos y los errores que se habían producido en ese caso.

Solo podía alegrarse de que aquellas equivocaciones hubieran sido enmendadas el año pasado y que Natalie y Hunter Fowler, el hombre que al principio había sido condenado por el crimen, estuvieran de luna de miel en Santa Lucía y a pocos meses de traer un niño al mundo.

Rob se sentó y la vieja silla crujió. Aún le faltaban unos meses para cumplir treinta y cinco, pero ya se sentía como un viejo.

—¿Un día interesante, Rob? —dijo Susan Lopes, saliendo de la cocina. Llevaba una taza humeante en la mano, pese a ser la primera hora de la tarde. Susan, la agente más reciente del departamento, había llegado a Sharp's Cove solo un año y medio antes, pero su adicción a la cafeína ya se había vuelto legendaria en la ciudad. Tenía el pelo liso y negro, una piel que se bronceaba con facilidad y un ligero acento musical, que Rob sabía que protegía con celo, pues era un recuerdo de su madre mexicana.

—Ha estado bien —dijo despacio y sonrió—. ¿Qué estás haciendo aquí, Susan?

—Terminé mis rondas y volví para rellenar los datos de unas cuantas multas de aparcamiento. He oído que te peleaste con una camioneta.

«Así que la historia se está propagando por la ciudad».

—También he oído que Emma estaba allí —le dijo. La voz de Susan adoptó un tono inocente y ella guiñó sus ojos oscuros. Sabía perfectamente lo que Rob sentía hacia Emma.

—Oyes un montón de cosas, Susan.

—¿Por qué no te quitas esa camisa rota y ensangrentada? Vamos, tiene que haber algo en tu taquilla que te valga.

Rob permitió que Susan le llevara hasta su taquilla. Allí guardaba una camisa extra. Puede que, si se cambiaba, dejara de sentirse como el superviviente de alguna suerte de catástrofe natural.

—Toma —dijo Susan y le ayudó a quitarse la camisa—. Guau.

Rob bajó la mirada para ver a qué se estaba refiriendo. No vio nada fuera de lo normal, más

allá de una pequeña sección bajo sus costillas, donde se había hecho una herida con un cristal roto, que había precisado de algunos puntos de sutura. Pero eso no parecía ser lo que estaba mirando Susan.

—Unos abdominales impresionantes, señor Hope. Creo que tendrías mucha más suerte con Emma si te quitaras la camisa de vez en cuando, ¿no crees? No sabe lo que se está perdiendo.

—Dame eso —dijo cogiendo la camisa limpia. Después de ponérsela, cerró los botones a toda prisa.

—Relájate, Rob, no eres mi tipo —le dijo—. A mí me van los chicos malos y me temo que tú eres todo lo contrario. Pero eso no significa que también sea ciega.

—Vuelve al trabajo, agente Lopes —dijo Rob, ahora riendo—. Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

El teléfono móvil de Rob sonó mientras él volvía a su escritorio. Era del hospital para informarle de que Joe se había despertado y se iba a recuperar por completo. Rob sonrió al escuchar las noticias.

Su alegría palideció tras pasar la mayor parte de la tarde lidiando con el papeleo del incidente de la mañana. Por fin, justo antes de irse a casa, llamó al concesionario de Jimmy.

—¡Agente Hope! ¡Me alegro de hablar con el héroe del día! —Jimmy gritaba para hacerse oír por encima del ruido de un motor. Rob apartó el teléfono de su oreja.

—Qué tal, Jimmy. Solo te llamaba para preguntarte cómo van las cosas.

—Van bien. Hemos limpiado todo y remolcado la camioneta, o lo que quedaba de ella, de vuelta al local. ¿Cómo está Joe? ¿Se va a poner bien?

—Eso creo. Probablemente no esté muy contento con el estado de su vehículo.

—¡No lo dudes! —dijo Jimmy soltando una risa—. Pero la alternativa sería mucho peor.

—Desde luego —convino Rob—. Gracias por hacerte cargo del asunto con tanta rapidez, Jimmy.

Colgó y se reclinó en la silla. Al hacerlo, sintió cómo cada uno de los músculos de su espalda protestaba.

Confiaba en que nadie llamaría a la sheriff para informarle del incidente. Le había prometido a Natalie que se haría cargo de todo durante un par de semanas, mientras Hunter y ella disfrutaban de su luna de miel. Y quería hacer honor a su promesa.

Volvió a pensar en Emma. Esperaba que no estuviera tan dolorida como él. Había mantenido su parte del trato al permitirle que la llevara al hospital, pero se había ido antes de que a Rob le dieran el alta. Aún estaba algo enfadado con ella, por su negativa a apartarse cuando se lo había pedido. Sin embargo, también sabía que, si Emma le hubiera hecho caso, tanto Joe como él podrían haber muerto.

Sonó el teléfono. Durante un momento, jugueteó con la absurda idea de que podía tratarse de Emma. Justo antes de que su mano se dirigiera al aparato, se fijó en la pantalla y vio que se trataba de un número desconocido.

«No es Emma».

Maldiciéndose por su estupidez, pulsó el botón verde.

—Al habla Hope —dijo con voz grave.

—Rob. —A pesar de que no habían hablado en más de nueve meses, reconoció la voz áspera de Lorraine Vasquez. Se inclinó hacia delante en la silla mientras, de pronto olvidó todos sus dolores. La psicóloga del FBI no iba a llamarle, a menos que hubiera ocurrido algo importante.

—Lorraine —dijo a modo de saludo. Luego esperó a que la mujer hablara. En las conversaciones que habían mantenido en el pasado habían acabado tratándose de tú a tú. Estas

habían estado centradas en la búsqueda del doctor Stephen Ford, el violador que se había transformado en asesino, había aterrorizado a todo Sharp's Cove y había estado a punto de matar a Emma, hacía un año.

—Siento llamarte de pronto, sin más, pero Natalie me dijo la semana pasada que por fin se iba de luna de miel y que, si algo pasaba, tenía que hablar contigo.

—Has hecho bien. ¿Qué pasa, Lorraine?

Su voz sonaba tranquila, pero en su interior estaba gritando. Apretó el teléfono con tanta fuerza que lo escuchó crujir. Supo lo que iba a decir, antes de que las palabras salieran de su boca.

—Lo hemos encontrado, Rob. —Lorraine tragó saliva antes de volver a hablar—. Hemos localizado a Ford.

## AGRADECIMIENTOS

Dicen que hace falta todo un pueblo para educar a un niño y quizá debería decirse lo mismo sobre la escritura de un libro.

Lo primero, gracias a todas mis lectoras, por leer todas mis historias, y por animarme a traducirlas. Sin vosotras, esto no sería posible.

A mis lectoras beta, ¡gracias por llevar a cabo una lectura tan minuciosa! Me ayudáis a que cada libro sea mejor que el anterior.

Gracias a V. Sellés por la fabulosa traducción, y a Ana Vacarasu por su experta labor de edición y sus comentarios esclarecedores.

A Maria Spada, de *Maria Spada Book Cover Design*, gracias por la increíble portada.

Cualquier error que aún persista es responsabilidad mía, como siempre.